

iNi Se te
ocurra!



Gema
Samaro

¡NI SE TE OCURRA!

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, mayo, 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: ARG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Bárbara le comunica a su jefe que en un mes deja su trabajo de ortodoncista porque se muda a Perth, Australia, donde va a casarse con Alex.

Desde ese instante, Gustavo, su jefe, sabe que tiene exactamente treinta días de plazo para evitar que Bárbara se case.

Y no porque la necesite como el aire en su clínica dental de Madrid, que también, sino porque la noticia de la boda hace que se percate de algo que siempre se ha negado a reconocer.

Gustavo ama a Bárbara...

Le ha costado un poco pillarlo, así como unos cuatro años, pero por fin lo tiene clarísimo y está dispuesto a todo para evitar que Bárbara se case, desde lo más humillante hasta lo más ridículo.

Bárbara estuvo enamorada de su jefe, pero ya solo quiere poner tierra de por medio.

Y no se va sola porque Laura, la higienista, también ha pedido la baja voluntaria.

En el caso de Laura el problema se llama Rufus, un camarero con el que pasó cuatro días de amor loco en Belfast, y que se ha plantado en Madrid con la intención de empezar una nueva vida junto a ella.

A Laura le gusta Rufus, si bien como es más de no terminar lo que empieza y adora todo lo que acaba mal: le falta tiempo para comprarse otro billete para Australia.

¿Lograrán el doctor y Rufus que las chicas no se suban al avión?

El amor tiene la respuesta...

Capítulo 1

Con la primavera recién estrenada, y justo antes de que llegaran los primeros pacientes, Bárbara se presentó un viernes en el despacho de su jefe con un par de folios en la mano y una sonrisa enorme.

Tan enorme que su jefe pensó que lo que había impreso eran un par de entradas para algún concierto cañero o incluso una reserva para una casa rural perdida en un monte.

Y es que a pesar de que llevaban distanciados desde julio, Gustavo no había perdido la esperanza de que Bárbara entrara en razón.

Así pues, convencido de que estaban a punto de volver a las andadas, le pidió con su mejor cara de idiota que se sentara en la silla que estaba frente a él:

—Cuéntame...

Bárbara se sentó y le tendió un folio sin dejar de sonreír, feliz porque de alguna manera con esa carta ya estaba empezando su nueva vida en otra parte.

—Toma. Es para ti.

Gustavo respiró hondo y agarró el folio sin poder dejar de pensar en todas las canciones que iban a cantar a grito pelado, en los paseos por el campo, en los chuletones que se iban a zampar a dos carrillos y sobre todo en los besos que esa mujer le debía, y que eran infinitos.

Y todo por culpa de ese arrebató, por llamarlo de alguna manera, que a Bárbara le entró después del verano...

Pero él no era rencoroso y estaba dispuesto a retomar las cosas justo donde lo habían dejado hacía meses.

Vamos, que vaya si estaba dispuesto que agradeció que llevara puesta la

bata blanca para que ella no se percatara de cuán grande era su emoción.

—Gracias —le dijo Gustavo, con el mismo brillo en los ojos del que se aferra a un billete premiado de lotería.

Bárbara sintiendo que estaba haciendo lo mejor para los dos, y algo ansiosa, replicó batiendo las manos:

—Lee, lee, por favor.

Gustavo entendía perfectamente que estuviera ansiosa, porque él también se moría de ganas de volver a hacerlo hasta encaramados a las lámparas.

Si bien, prefirió no decir nada y leer lo que parecía una carta de lo más adorable escrita a doble espacio en Times New Roman, 14:

Estimado Sr. Padilla:

Por la presente le comunico con un mes de antelación, conforme al convenio colectivo, la decisión de causar baja voluntaria en la clínica dental Padilla por motivos personales y profesionales.

Asimismo, le agradezco todo lo aprendido y le deseo lo mejor para el futuro.

Atentamente:

Bárbara Guzmán

Gustavo sin dar crédito, leyó la carta un par de veces más y luego le preguntó tras arrojarla sobre la mesa:

—¿Me quieres explicar qué mierda es esta? ¿Cómo que te vas?

—Lo que pone en la carta: me voy por razones personales y profesionales.

En la cabeza de Gustavo no cabía que Bárbara pudiera estar haciéndole eso, así que preguntó:

—¿Es por tu familia? ¿Están bien? Siempre te digo que tanta petanca y tanto dominó no pueden ser buenos...

—¡Calla, anda! Mi familia está bien... Ese no es el motivo por el que me voy.

Gustavo se encogió de hombros y replicó para que viera la realidad tal cual era:

—¿Dónde vas a estar mejor que aquí? No soy un jefe cabrón, haces lo que te da la gana, te agencias las botellas de whisky y las cañas de lomo que me regalan los pacientes, pago tan bien que te puedes pasar quince días de vacaciones en Formentera a todo trapo...

—Era un hotel de tres estrellas, tampoco te pases —le interrumpió, Bárbara.

—En temporada alta.

—Sí, bueno, deja de ponerte medallas. Me voy porque me caso...

Gustavo se echó la mano a la oreja y preguntó, pues estaba seguro de que no había escuchado bien:

—Que ¿te qué?

—Que me C-A-S-O. Todo empezó en Formentera... Ya te dije que allí conocí a Alex.

En su día, a Gustavo no le hizo ninguna gracia que tuviera un rollo de verano con ese tío, pero decidió mirar para otro lado:

—Y yo te dije que no pasaba nada. Soy un tío abierto de miras.

Bárbara frunció el ceño y le recordó por si lo había olvidado:

—Perdona, es que nosotros no éramos nada.

A Gustavo esas palabras le dolieron tanto que hasta se dobló un poco:

—Por favor, si somos amigos que foll...

—Que nada. Lo que teníamos no era nada, y yo ya tengo 34 años y quiero algo serio. Un compromiso, una implicación emocional, un proyecto ilusionante...

—Hazte socia del Atleti.

Bárbara le miró muy seria y, antes de que siguiera con el sarcasmo, le soltó:

—Después de lo que pasó en Formentera, seguimos con la relación de forma virtual, luego vino en Navidades y la cosa ha ido a más y a más... Te lo he intentado contar muchas veces, si bien siempre rehúyes el tema.

Gustavo solo sabía que después de lo de Formentera ella no había vuelto a querer nada con él, y con eso ya tenía bastante:

—Es que las historietas de amor me aburren, prefiero un buen *thriller*.

—Lo siento, pero te va a tocar escuchar mi historia. Él es ingeniero, trabaja en una empresa española de ventilación en minas y está destinado en Perth. Le encanta su trabajo y me ha conseguido un puesto de ortodoncista, muy cerca de su casa. La dueña de la clínica dental es la esposa de un compañero suyo de trabajo, una mujer encantadora...

Gustavo lo único que sabía era que de repente lo estaba odiando todo, a Formentera, al ingeniero, a los sistemas de ventilación y a la jefa encantadora que intuía que era una perversita solapada.

—No me puedo creer que vayas a dejarlo todo por un tío que conociste haciendo el canelo en una cala —aseguró odiando también a la cala.

—Le conocí en una excursión de pádel surf.

—En verano todos damos nuestro mejor rostro... Pero siempre llega el invierno y con él las migas en la cama, los calzoncillos tirados en el suelo y el café reseco en la taza.

—Alex no es tan cerdo como tú. Hablamos a diario por videollamada y lo tiene todo como la patena.

Gustavo arqueó una ceja y sentenció con suficiencia:

—Porque tiene un TOC como una catedral. Y yo ya no hago esas cosas, me he reconvertido. Tengo que dar ejemplo a Lucas...

Lucas era el hijo de Gustavo, tenía doce años, y vivía con él. Estela, la madre de Lucas rompió con Gustavo cuando aquel era un bebé y luego se

marchó a vivir a Alaska. Desde entonces, Estela no había vuelto a ver a su hijo, al que telefoneaba dos veces al mes.

—Ya, sí, bueno... Me alegro mucho por Lucas.

Bárbara adoraba a Lucas con el que se wasapeaba a diario...

—¡Menudo disgusto le vas a dar cuando sepa que te vas!

—Lo sabe. Si conoce a Alex... Hemos hecho videollamada a tres unas cuantas veces.

Gustavo se quedó perplejo y solo pudo farfullar:

—¡Pequeñajo traidor! No me ha contado nada.

—¿Para qué? Son cosas entre nosotros. Y está encantado con que me mude a Australia, dice que te va a convencer para que vengáis a visitarnos.

—¿A darme un bañito entre tiburones? No, gracias.

—¡Pues yo tengo unas ganas de conocer aquello que ni imaginas! Además, lo que te decía: Alex hace un par de semanas me pidió que me casara con él. Y dije sí, ¿qué iba a decir? ¡Si estoy en una nube!

Gustavo sintió que él sí que estaba una nube pero tóxica, puesto que de escucharla le estaba faltando el aire. Madre mía, pensó, aquello no tenía ni pies ni cabeza, por eso le recordó:

—No entiendo nada. Pero si hace unos meses lo estábamos haciendo sobre esta mesa como dos mandriles en celo.

—No entiendes nada, porque lo nuestro no tenía ningún sentido.

Gustavo, con unas ganas enormes de agarrarla por el cuello y darle un buen morreo, preguntó desesperado:

—¿Y hay algo que lo tenga? ¡Joder, Bárbara, nos lo pasábamos muy bien! Salíamos, entrábamos, foll...

Bárbara pensó que sí, que con él se lo pasaba muy bien, pero después de cuatro años de no relación, o como se llamara eso que habían tenido, estaba quemadísima. Así que, dio un manotazo a su melena y le interrumpió

convencida:

—Yo necesitaba mucho más y eso es justo lo que me da Alex.

Capítulo 2

Gustavo se pasó la mañana dando vueltas a la conversación que había tenido con Bárbara ,y todavía seguía sin comprender cómo podía haberse enamorado en apenas nueve meses tantísimo de ese tío, como para largarse al culo del mundo y casarse con él.

Es que era un despropósito tal que tenía que abrirle los ojos como fuera, no podía permitir que su amiga cometiera un error de semejante calibre.

Para eso estaban los amigos, y por mucho que a Bárbara le molestara que lo fueran, iban a seguir siéndolo para siempre.

Lo que era una pena era que ella hubiera decidido desterrar los polvos de su relación por ese cretino que no conocía, pero que le caía gordísimo.

Y es que cualquier persona sensata no esperaría nada bueno de un tío que cuando está en el mar con una tabla y una pala, en vez de concentrarse y estar a lo que se está, se pone a ligar con una pobre incauta.

Porque eso era Bárbara, una pobrecilla que se había obsesionado con las milongas de la implicación emocional y el compromiso.

Esos dos monstruos que solo causaban desdicha y destrucción.

Y si no que se lo dijeran a él, que después de darle a Estela hasta lo que no tenía, le dejó tirado con un bebé de tres meses que no paraba de mirarle con cara de: “pringado, esto te pasa por listo. ¿No querías compromiso? Pues toma dos tazas”.

Y una y no más.

Después de lo de Estela se juró a sí mismo que jamás volvería a tener esa clase de implicación con nadie.

Como mucho, amistad con polvos, como la que había tenido con Bárbara.

Y solo con ella, porque hasta que llegó a la clínica lo único que había tenido era sexo a salto de mata, con unas y con otras, a veces de una en una y otras de siete en siete.

Sin embargo, un buen día apareció Bárbara, con su mirada gatuna, la boca de fresa, la naricilla de niña traviesa y el pelazo salvaje y se trastornó un poco.

Porque no solo le gustó físicamente, sino que le cayó genial desde el principio por esa forma tan suya de tratarle como lo que era: un auténtico imbécil.

Bárbara decía siempre lo que pensaba, no tenía pelos en la lengua y siempre se comportaba como si fuera la jefa.

Y eso le encantó... tanto que al mes de empezar a trabajar en la clínica ya estaban haciéndolo en el despacho como si no hubiera un mañana.

¡Qué quimicón! En la vida le había pasado eso con ninguna otra tía, y mira que había estado con mujeronos de rompe y rasga...

Con eso no quería decir que Bárbara no lo fuera, pero no era como las tiacas de piernas larguísimas y curvas por todas partes, con las que había hecho hasta sextetos.

Bárbara era una chica normal, o eso parecía al primer golpe de vista, menuda, con todo bien puesto, pero sin estridencias.

Pero luego, al segundo golpe tenía un no sé qué al que todavía no había logrado ponerle nombre, que le ponía con unas ganas locas de todo.

Y además tenía esa lengua afilada, con la que no paraba de darle zascas, y después le remataba con unos besos como jamás le habían dado en la vida.

Bárbara besaba que le derretía de gusto, lo entregaba todo, sin miedo, sin reservas...

Y a veces se ponía tan intensa que pedía más, y más... hasta que un maldito día de invierno, frente a una chimenea, y con la nieve cayendo lenta y espesa, a

Bárbara se le escapó el primer “te quiero” y ahí todo empezó a complicarse.

Más que nada, porque él no podía pronunciar esas dos palabras...

¿Para qué si estaban bien como estaban?

No las necesitaban.

Trabajaban juntos, eran amigos, salían por ahí cuando les apetecía y tenían sexo del bueno.

¿Para qué querían más si todo lo que supusiera traspasar esa línea iba a abocarles al desastre más absoluto?

No obstante, Bárbara nunca lo entendió, y esperó y esperó, esas dos jodidas palabritas que jamás llegaron...

Y ahora ya, lo único que quedaba de todo aquello que tuvieron, era una carta de renuncia en la que le informaba de que iba a empezar una nueva vida en otra parte.

Una vida con un tío que no tenía fobia a esas dos palabras, ni a las ataduras, ni a los compromisos, pero con el que seguro que no sentiría jamás nada parecido a lo que había experimentado con él.

Y es que lo suyo a pesar de que no cruzaron ciertas líneas, había sido demasiado bonito, demasiado intenso y demasiado especial, como para que lo superara un rollo de verano que se había dilatado algo en el tiempo.

Porque eso era lo que tenían esos dos, es que no podía ser más que eso...

Si bien, la que tenía que saberlo todo era Laura, la higienista, y la amiga de Bárbara, una parlanchina a la que a poco que la apretara iba a contarle hasta cómo se lo montaban esos dos en la cama.

Qué horror, pensó. Pues solo de imaginarse a Bárbara en los brazos de ese tío, diciéndole “te quiero-fóllame”, se ponía enfermo.

Y no porque estuviera celoso, que para nada.

No. Era porque Bárbara le importaba demasiado y no quería que le destrozaran el corazón.

Que es lo que iba a pasarle con ese tío como siguiera con el empeño bobo de casarse en Perth.

En Perth nada menos...

¿Pero qué tenía esa chica en la cabeza?

Lo que fuera, se iba a enterar rapidísimo, pues tras terminar con la segunda intervención quirúrgica del día y despedirse de la paciente, Paspasia, una nonagenaria que tenía la sana costumbre de vengarse después de cada sesión retorciéndole sin piedad los carrillos, supo que había llegado el momento de abordar a Laura.

—Quería comentarte una cosa... —le dijo mientras ella limpiaba el box.

Laura sabía lo que iba a comentarle ya que últimamente estaba un poco espesita por culpa de Rufus, así que directamente se disculpó:

—He estado un poco lenta, sobre todo en la sutura cuando me has tenido que pedir dos veces que corte el hilo, pero no se va a volver a repetir.

Gustavo que se había pasado toda la intervención pensando en Bárbara y el mequetrefe de su prometido, replicó:

—¿Qué?

—Que estaba un poco empanada cuando estabas con la sutura de Paspasia.

—Paspasia... ¡Ah sí! Tranquila, que ya se toma la revancha retorciéndome los mofletes.

Laura se quedó mirándole y no pudo evitar partirse de risa:

—La verdad es que sí, pareces Heidi, se te han quedado marcados unos círculos rubicundos. Pero te quedan genial, te dan un aspecto como si acabaras...

—De triscar, no creo. Llevo un tiempo que ni lo cato...

—Vaya, lo siento. No, me refería a que te da un aspecto como si acabaras de bajar de las montañas. Nada, una tontería. Y de nuevo perdona, pero es que estoy con unos líos en la cabeza últimamente...

—No me he dado cuenta de nada, yo también ando un tanto distraído. De eso quería hablar contigo...

Laura que estaba recogiendo los objetos punzantes: la hoja de bisturí, la aguja de la jeringa y la de sutura, replicó:

—Solo espero que no estés así por la misma razón que yo.

—¿A ti qué te pasa?

Laura resopló y, tras recogerlo todo, le confesó como si fuera algo terrible:

—En las vacaciones de Navidad conocí a un tío en Irlanda y es una tragedia, Gustavo. Casi el apocalipsis.

Gustavo sabía perfectamente de lo que estaba hablando, por eso dijo sin pensarlo:

—Está *in love* contigo.

Laura tragó saliva, asintió y, encogiéndose de hombros, reconoció:

—Estoy que no sé qué hacer, porque el chico me gusta... Pero él quiere dejarlo todo y venirse a vivir conmigo.

—¿Sabe que vives con tu abuela?

—Le he dicho que comparto piso con una amiga, queda más *cool* y tampoco miento, mi abuela Saturia es una de mis grandes amigas.

—Pues yo precisamente quería hablarte de otra de tus grandes amigas. Hoy me he enterado por una carta de renuncia que Barbarita se casa...

—Lo siento. Yo le dije que me parecía muy frío que te lo comunicara así, pero dice que tú te niegas a hablar de Alex.

Y Gustavo, que quería enterarse absolutamente de todo, negó con la cabeza y repuso:

—¡Qué va, qué va! Si quieres te invito a almorzar y hablamos de esto tranquilamente. Estoy terriblemente preocupado por Bárbara. Pero te ruego que no le digas nada...

Capítulo 3

Obviamente, a Laura le faltó tiempo para contarle a su amiga que Gustavo iba a invitarla a comer para sacarle información sobre la boda.

Y es que tras preparar el gabinete y el instrumental para que Bárbara retirara unos *brackets* metálicos, le cuchicheó en cuanto entró en el box, con la paciente ya sentada en silla de tortura:

—Gustavo me ha pedido que no te diga que está terriblemente preocupado por ti.

—Jajajajajajaja.

—Tía, has sido muy cruel: soltarle así de sopetón que te casas. Eso no se hace... y más con alguien que siente por ti.

Bárbara miró a su amiga arqueando una ceja de pura incredulidad y le preguntó entre susurros:

—¿Y qué siente por mí, aparte de ganas de... eso? Si vieras con la cara de sátiro con la que me miraba estaba mañana. Conozco tan bien esa mirada...

—Es normal, me ha dicho que lleva meses sin catarlo. Te ha sido fiel en todo este tiempo en que le has tenido a pan y agua.

—Es que estoy con Alex, a ver si se entera de una vez. ¿Qué esperaba, que íbamos a pasarnos la vida de follamiguitos?

—Le he notado muy angustiado, yo ya sabes lo que pienso. Está enamorado de ti, pero como tiene el trauma de la tía esa que le dejó con el niño...

La paciente, Olivia, una chica de quince años, con unas orejas de soplillo diseñadas para escuchárselo todo, se giró para mirarla alucinada y comentar:

—Esto cada vez se está poniendo más interesante...

—¡Qué vergüenza! —masculló Bárbara, abochornada.

—Chica, también somos personas. Y esto es el pan nuestro de cada día...
—murmuró Laura quitándole importancia.

La paciente con un ansia infinita de saber mucho más, apuntó mientras se hacía una coleta:

—Sí, es cierto, yo por lo que veo en las series, estos líos entre doctores son de lo más normal. Pero a ver si me aclaro, la doctora Bárbara y el doctor Cañón estaban liados, pero ¿ahora que ella se casa: él se ha dado cuenta de que la ama? ¿De eso va la historia?

—Podría decirse que sí —respondió Laura.

Bárbara cogió unos alicates, y con ganas de arrancarle la lengua a su amiga, replicó:

—Podría decirse que estamos aquí para quitarle los *brackets* a Olivia...

Olivia dio un manotazo al aire y, muy metida en la conversación, aseguró:

—Después de todo el tiempo que llevo con estos putos alambres, qué más me da unos minutos más. Seguid contando, me encantan las historias de amor retorcidas y complicadas...

Bárbara se situó al lado de la paciente, y forzando una sonrisa, habló:

—No hay más que contar. Mi historia es muy sencillita. Me voy a casar con un chico genial. Ahora abre la boca, por favor...

—Sí, ya abro, pero déjame que antes te desee todo lo mejor en tu matrimonio. Claro que si te vas a casar con el chico genial cuando estás enamorada de otro... Chungo, chungo.

Bárbara después de mirar a su amiga con cara de: “para qué abrirás la boca en la consulta”, le aclaró a la paciente:

—Yo solo estoy enamorada de mi prometido, lo demás son inventos de Laura que es muy fantasiosa.

—Pues qué quieres que te diga, ella suena más convincente que tú. Lo “de chico genial”, me ha parecido tan apasionado y romántico como el: “buen,

chico; buen, chico” que le digo a mi caniche cuando no mordisquea los tobillos a mi vecina. Y dicho esto, ahora solo espero que no la pagues con mis pobres dientes...

A las tres y cuarto, Laura apareció en un restaurante cerca del Bernabéu de cuarenta euros el cubierto, donde ya la esperaba Gustavo con una copa de vino en la mano:

—Perdona el retraso, es que se me ha complicado una limpieza y no he podido salir hasta ahora —se excusó Laura.

—No te preocupes, me he zampado dos barras de pan con mantequilla: la mía y la tuya. Me encanta, ya solo falta que alguien me arroje zapatillas para terminar de retrotraerme a mi infancia.

Laura se sentó y cogió la carta que le tendió un camarero que estaba tan bueno que le habría pedido hasta el número de chasis de su automóvil. Pero como estaba con el lío del irlandés, se limitó a darle las gracias con cara de pánfila.

Luego, abrió a la carta, empezó a salivar con tantas delicias y comentó:

—No sería para tanto. Tu madre me cae muy bien. No me la imagino haciendo esas cosas.

—Pues era buena, lo que pasa es que yo era más rápido.

—¡Pobre mujer! ¡Qué paciencia tuvo que tener! —Luego tras ojear la carta exclamó—: ¡Me lo pediría todo! Croquetas, pulpo a la brasa, solomillo a la pimienta... ¡Qué vergüenza, vas a pensar que llevo siglos sin comer!

—Yo solo puedo pensar en Bárbara, así que pide lo que te dé la gana.

—Yo nunca vengo a estos sitios tan caros... Como mucho me gasto diez euros en un menú y ya es un dispendio.

—Yo tampoco los frecuento, como siempre voy con prisas suelo almorzar en el bareto de la esquina. Bueno, qué te voy a contar, si siempre que me veis; huís.

Laura se encogió de hombros y replicó con la verdad:

—Huimos de ti, desde que pasó lo de Alex.

Al escuchar ese nombre otra vez, Gustavo sintió un fuerte retortijón de tripa que achacó al hambre que tenía:

—Me cuesta creer que le haya dado tan fuerte con ese tío.

Otro camarero *sexy* se acercó a servirle vino y, con más cara de pánfila todavía, Laura le explicó a su jefe:

—Es culpa tuya. Si no tuvieras tanto pánico al compromiso, te digo yo que a mi amiga no se le habría ido la pinza de esa manera. Pero tú la has abocado a eso...

Gustavo se revolvió en la silla, molesto, porque si estaba allí era para que a la higienista se le soltara la lengua, no para que le ofendiera vilmente, por eso negando con la cabeza, precisó:

—Te equivocas. Yo no soy un cobarde. Simplemente soy un hombre realista que ha vivido lo suficiente como para saber de qué va la película. Y a mí ya no me pillan en otra. Ya sufrí suficiente con la madre de Lucas, como para repetirlo otra vez.

—Pero Bárbara no es como la madre de Lucas.

Gustavo dio un sorbo a su copa y replicó convencido:

—No te engañes. Siempre sale mal. Por lo que lo más lúcido y sensato era disfrutar de algo como lo que Bárbara y yo teníamos, hasta que ella se lo cargó todo con esa obsesión suya de querer más y más.

—¿Obsesión? ¡Se enamoró de ti hasta las trancas!

—Ya veo lo enamorada que estaba que va a casarse con ese...

—Es que la descuidaste tanto que la pobre se hartó, se fue de vacaciones y

conoció a alguien que al que no hay sacarle los “te quiero” con fórceps.

—La gente habla muy a la ligera y luego no sabe dónde se mete. Hay que estar muy mal de la cabeza para pedirle a alguien que apenas conoce que lo deje todo y se marche a vivir con él a Australia.

—Pues yo lo encuentro muy romántico. Y Bárbara está muy ilusionada con la mudanza y la boda.

A Gustavo se le encendió la mirada de pura rabia, porque de verdad que no entendía cómo Bárbara se podía haber trastornado tanto por culpa de ese tío y luego le dijo a Laura:

—Tenemos que hacer algo por ella.

—¿Te refieres a una fiesta despedida y demás? Sí, yo ya estoy mirando sitios...

Gustavo, muy enojado, se aflojó el nudo de la corbata y repuso dando golpecitos con el dedo índice en la mesa:

—No estoy hablando de fiestecitas. Estoy hablando de que tenemos que impedir esa boda como sea.

Laura, que estaba dando un sorbo a su copa, por poco no se atraganta con la carcajada que soltó:

—Jajajajaja. Tú no puedes estar ya más celoso...

Capítulo 4

Gustavo pensó que ya lo que le faltaba era que la higienista le llamara “celoso”, a él... Precisamente a él que era totalmente contrario a las ataduras y a los compromisos... Por favor... Lo que había que escuchar... Por eso, armándose de una paciencia infinita, decidió que lo mejor era sincerarse:

—No estoy aquí para que me juzgues. Aparte de que no tienes ni idea de lo que dices. No soy posesivo, soy el tío más abierto del mundo, por eso evito los convencionalismos de pareja y las complicaciones.

—Las evitas porque estás cagado. Y no te juzgo: solo constato un hecho.

Gustavo resopló porque la higienista no podía ser más obcecada, pero con todo decidió ilustrarla para sacarla de su confusión:

—No es un hecho, es una opinión y errada. Tengo el suficiente cerebro y confianza en mí mismo como para no ser ni posesivo ni celoso. Así que corta ya con ese discursito que no te he traído aquí por eso...

Y se calló, porque otro camarero guapazo apareció con un plato enorme de croquetas que dejó a Laura, en cuanto lo vio, al borde del éxtasis:

—Dios, ¡qué pinta! ¡Cómo me gustan estos sitios! Es que no hay nada feo: ¡hasta los rodapiés son elegantes y estilosos!

Laura empezó a engullir croquetas, mientras Gustavo seguía soltando su rollo:

—Lo único feo es el motivo por el que estamos aquí reunidos.

Laura, sin parar de comer, aseguró encogiéndose de hombros:

—Me has traído para que desembuche y yo ya te adelanto el titular: “Lo tienes fatal”.

Gustavo frunció el ceño y replicó sin dejarse llevar por el pánico:

—No me digas que se ha enamorado, porque no me lo creo.

—Lo que sé es que le has aburrido tanto que ha aparecido este tío y se nos ha obnubilado. Y no me extraña porque Alex es un amor, listísimo, trabajador, divertido y además está buenísimo. Para que te hagas una idea, es alto, moreno, de ojos verdes, cuerpo espectacular, porque es muy deportista, y de pelo largo que se recoge en unos moños despeinados que le quedan como para caerse de espaldas.

Gustavo cogió una croqueta, se la comió y luego exclamó entre irónico y resignado:

—¡Pues qué bien!

—¡Ya te digo que lo tienes muy difícil! Por no decir imposible, pero es que has estirado demasiado el chicle y te han comido la merienda.

Gustavo dio un respingo y, cada vez más cabreado, repuso:

—¡A mí no me han comido nada! Lo único que está pasando aquí es que nuestra amiga se nos ha confundido y ahora tenemos que llevarla hacia la luz.

—¿La luz eres tú? Perdona, creo que me he perdido...

—Me refiero hacia la cordura y la lucidez.

Laura, que seguía comiendo croquetas sin parar, exclamó risueña:

—¡Qué mentiroso! Tú quieres que Bárbara esté contigo. Pero ¿por qué te cuesta tanto reconocer que estás enamorado de ella?

Gustavo se quedó callado, pues apareció un camarero con el pulpo a la brasa y le daba muchísimo pudor que le escucharan hablar de esos temas. Luego, cuando por fin se marchó, contestó:

—No es que me cueste, es que no lo estoy...

Laura probó el pulpo y, con los ojos en blanco, replicó:

—*Mmmm.* ¡Esto está para correrse de gusto! Prueba, prueba, ¿no dices que llevas meses sin catarlo? Uf. Pues esto es muy parecido a lo otro...

—No he podido catarlo porque no me puedo sacar a la ortodoncista de la

cabeza. Y no es que esté enamorado, te repito una vez más, es que somos buenos amigos y juntos estábamos muy bien. Cuando después del verano me dijo que nos dejáramos de ver porque había conocido al de los moños, supuse que se le pasaría pronto. Además, le aseguré que no me importaba que se hubiera enrollado con ese...

—Estabas muy equivocado, porque lo del tío de los moños ha ido a más y nuestra amiguita se nos casa.

—Me cuesta tanto creerlo que esta mañana cuando ha entrado en mi despacho con la maldita carta, lo primero en lo que he pensado es que eran un par de entradas para un concierto o algo parecido. Estaba convencido de que se le había pasado lo del tío de los moños y que quería volver...

—¿Volver a qué? ¿A los polvos con amistad? ¡Ni lo sueñes! Ella está vacunada contra eso.

Gustavo estuvo dándole un poco al pulpo y luego le preguntó a Laura con suma curiosidad:

—¿Me estás queriendo decir que si le propusiera volver a otra cosa, evitaríamos ese despropósito de matrimonio?

Laura le miró alucinada porque su jefe no podía ser más cazurro y luego inquirió:

—¿Cómo que a otra cosa? Si tuvieras las agallas de decirle que estás enamorado de ella, tal vez pudiera llegar a removérsele algo. Ella ha estado muy enamorada de ti.

—¿Qué pesada con las agallas! No soy un pusilánime.

—¿No, qué va! Estás a punto de perder a una diosa por cagado...

Gustavo no pensaba discutir con la terca de su higienista, así que dio un sorbo a su copa y decidió profundizar en algo que le parecía mucho más interesante:

—¿Tú crees que si tocara determinadas teclas, se podría enamorar de mí de

nuevo?

—Si las teclas en las que estás pensando tienen que ver con ponerla a veinte uñas otra vez en el despacho: no. ¡Rotundamente, no!

Gustavo estuvo a punto de escupir el vino, de la vergüenza que le entró por el descaro de Laura:

—Baja el tono, por favor. Cualquiera que nos escuche va a pensar que soy un perverso.

—Más bien un idiota, y te lo digo con cariño, porque has perdido a Bárbara por no tener el valor de reconocer que la amas.

Gustavo descartó hacer entrar en razón a la cerril de su higienista, si bien consideró importante puntualizar:

—Todavía no la he perdido. Y si es verdad eso que dices de que podría removerle ciertas cosas...

Gustavo puso tal cara de intrigante manipulador que Laura le paró los pies:

—Espero que no se te esté pasando por la cabeza jugar con los sentimientos de mi amiga, porque te juro que te cortaré las bolas.

—Pero si según tú no tengo huevos...

—¿Tú me dirás? Bárbara te pone, la admiras, te importa, la proteges, te divierte, te desquicia, no puedes quitártela de la cabeza, solo tienes sexo con ella, sois superamigos, superamantes, superpetardos... ¿Y todavía osas a decir que no estás enamorado de ella?

—A mí es que esas palabras románticas me provocan un rechazo feroz. Y además te obligan a cruzar ciertas líneas...

Laura trinchó los trocitos de pulpo que quedaban en el plato y luego concluyó arqueando una ceja:

—Tú tranquilo, que ya las va a cruzar otro.

Gustavo solo de pensarlo sintió como que se le abría un boquete en la boca del estómago. Y no era de celos, no, ese sentimiento lo dejaba para los

mediocres, era de la rabia y de la frustración que le generaba que Bárbara fuera a tomar un camino equivocado.

Por eso, frunció el ceño, carraspeó un poco, a ver si así se libraba del maldito boquete, y dijo muy serio:

—No podemos estar tranquilos, Laura. La situación es tan crítica, que hasta estaría dispuesto a cruzar ciertas líneas para que Bárbara no sufra...

—La que estás liando con tal de no reconocer que la quieres. Que lo sientes por ella es amor.

—No me gusta poner nombres a las cosas y menos unos tan cursis y tan ridículos, pero si con ello logro que Bárbara no cometa el gran error de su vida: las pronunciaré, así me salgan tres úlceras en el estómago.

Laura le miró alucinada y, levantando la copa de vino, exclamó:

—¡Uy, esto se merece un brindis!

Gustavo alzó su copa y dedujo por el curso de la conversación:

—Quieres brindar para que al fin tenga un par y no deje de soltar moñadas por mi boca.

—Quiero brindar por vuestra felicidad. Juntos o por separado. Pero felices...

Capítulo 5

A Gustavo no le hizo ni pizca de gracia ese brindis, porque solo de considerar la posibilidad de que Bárbara pudiera ser feliz con el tío de los moños se ponía enfermo.

Sin embargo, decidió no comentarle nada, brindar sin más por la felicidad en genérico y luego volvieron al trabajo donde no paró de pensar en lo que habían hablado.

Y es que si había alguna posibilidad por pequeña que fuera de removerle algo a esa pobre mujer que estaba tan desubicada, desde luego que lo iba a intentar.

Pero para eso tenía que tantear al pequeñajo traidor que seguro que también tenía información bien fresca...

Con esa intención, en cuanto salió del trabajo, se plantó en el patio del colegio donde su hijo estaba a punto de finalizar un partido de baloncesto.

Y su equipo perdía como siempre... Y de palizón.

17-65

Desde luego, que había que tener moral para seguir con esa panda de paquetes, dejándose humillar un día tras otro, pensó Gustavo.

Pero no iba a hacer de la necesidad, virtud...

Lucas tenía que ser como él, que no le gustaba perder en nada. Por eso se iba a enterar el tío de los moños, pensó con una sonrisita malévola.

Y acto seguido, se puso a animar acaloradamente a su hijo, para que no acabara convertido en un sin sangre, como sus compañeros y el panoli del entrenador que estaba tan tranquilo sentado en el banquillo, mientras su equipo hacía un día más el ridículo.

Y tan en serio se tomó lo de animar, que acabó a pie de pista gritando a su pobre hijo:

—¡No les pases la bola a los manos de mantequilla de tus compañeros y tira de 3! ¡Échate a este equipo de muebles a la espalda!

Lucas miró a su padre con una vergüenza tremenda y lanzó desde la línea de tres solo para que cerrara el pico.

Y con tan buena fortuna que la bola entró.

Gustavo lanzó el puño al aire como si hubieran ganado el partido y exclamó:

—¡Bien, coño, bien! ¡Esto ni yendo a Lourdes se remonta pero al menos que se vea que le ponéis ganas! ¡A perder con dignidad, cojones!

El entrenador, un jovencito con pinta de empollón, le fulminó con la mirada, luego se levantó, se puso junto a él y muy educadamente, y con apenas un hilillo de voz, le pidió que se volviera a la grada:

—Esta no es la zona para los padres, caballero. Le ruego que ocupe su lugar en las gradas...

Gustavo miró a ese tío ofuscado y le dijo la verdad, la suya obviamente:

—No puedo volverme a la grada cuando el entrenador está haciendo dejación de sus funciones. Me niego a que conviertas a mi hijo en un perdedor profesional.

El joven entrenador, que no debía tener más de diecisiete años, tragó saliva, se ajustó las gafas y tras un carraspeo que Gustavo encontró patético dijo:

—Estamos aquí para disfrutar, pasar un buen rato, estar entre amigos, promover valores como el compañerismo, el trabajo en equipo, la cooperación... Ganar o perder, es una anécdota.

—Ya, veo ya, ahí están todos cooperando para que los humillen, un partido más.

El entrenador, haciendo grandes esfuerzos por mantener el tipo, masculló:

—Esto es un juego, no una batalla... Y jugamos para pasarlo bien. Nada más.

—¿Y quién se lo pasa bien mientras le arrastran por el fango? ¿Un masoca? ¡Vuelve al banquillo y déjame esto a mí! —le exigió señalándole el banquillo con la cabeza. Y luego le ordenó a su hijo—: *Lucaaaaaaaaaaaaaaaas*, tira desde exterior: ¿no ves que los primos de Rubeus Hagrid no os dejan pisar la zona?

Lucas que solo quería que el partido acabara de una maldita vez, se puso a tirar triples, uno tras otro, con tan buena fortuna que en los tres minutos que quedaban para el final encestró cuatro.

Y aunque no sirvió de mucho, porque perdieron igual: Gustavo estaba muy orgulloso de su hijo. Solo tenía que modificar una cosa y se lo dijo en cuanto se subió al automóvil, después de acabar el partido:

—Tienes que cambiar de equipo, con esos mantas lo único que vas a aprender es a acostumbrarte a perder y que finalmente te acabe dando igual todo.

—Esos mantas son mis amigos... Y los has dejado muy preocupados, porque piensan que estás *pallá* porque te drogas.

—Ellos sí que van a terminar bebiéndose los cartones de vino en la puerta del supermercado con el espíritu de lucha que tienen.

Lucas se puso el cinturón y le preguntó a su padre entornando los ojos:

—¿A ti qué te ha pasado que vienes hoy tan obsesionado con la lucha y la batalla?

—¿A mí no me pasa nada! Aparte de que he descubierto que mi hijo es un traidor, pero por lo demás...

Lucas arrugó el ceño y, convencido de que lo que le había descubierto era que tenía los dedos naranjas por culpa de los Cheetos que acababa de zamparse, se excusó:

—Hacía mogollón que no comía Cheetos, me los ha regalado de JuanRa. Era de mala educación decirle que no...

—Madre mía, ¡no solo haces videollamadas a tres con mi ortodoncista y un señor con moño, sino que también sigues dándole a los Cheetos!

Lucas se partió de risa y entonces lo entendió todo:

—Jajajajaja. Por eso estás así de histérico, pero te pido que mientras te dure el cabreo no vuelvas a venir a animarme: no quiero que mis amigos me miren con lástima por tener un padre farlopero.

—Lo que no quiero es que malogres tu talento con esa panda de patanes adictos a las grasas trans. ¡Juega con gente que lo haga bien! Solo juntándote con los mejores, serás mejor.

—No me quiero dedicar al baloncesto profesional, juego en modo pachanga, no me va la vida en ello.

—Pero con esa actitud lo que vas a aprender es a tomarte la vida entera en modo pachanga. Y ya te digo yo dónde vais a acabar todos...

Lucas se repantingó en el asiento y tras dar un manotazo al aire comentó:

—¡Buah! ¡Tú estás así de amargado porque te has enterado de que Bárbara se casa con Alex!

Gustavo arqueó una ceja y, muy mosqueado, replicó a su hijo:

—Vaya, ¡qué confianzas! Hablas de él como si le conocieras de toda la vida.

—Soy amigo de Bárbara y le hacía ilusión presentármelo. Está muy ilusionada, tenía muchas ganas de tener un novio de verdad, de los que te piden casarse y todo eso.

—Un cretino, vaya. Porque creer en el matrimonio en los tiempos que corren es suicida.

Lucas le miró con pena, resopló y sentenció sin dudarle:

—Tú sí que eres un perdedor al que ya le da igual todo.

Gustavo dio un respingo en el asiento y molesto por las palabras de su hijo preguntó:

—¿Perdedor en qué?

—¿En qué va a ser? En el amor... Has perdido a Bárbara, no porque seas moderno y abierto, sino porque tienes pánico a tener pareja después de lo que te pasó con mi madre.

—¡Lo que me faltaba, que me psicoanalizara un mocoso de doce años!

—Es que no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que estás pillado por Bárbara, pero si te da repelús tener algo serio con ella: mejor que la dejes ser feliz con otro. Por eso no te he dicho nada...

—Es que ese es el problema, es imposible que pueda ser feliz en Perth, con ese tío que ventila túneles, la jefa psicópata y los tiburones. Así que, tengo que hacer algo...

Lucas se quedó mirando a su padre, sonrió de oreja a oreja, y le hizo la pregunta que más podía incomodarle:

—¿Para qué? ¿Acaso es que ahora quieres hacerla feliz?

Gustavo arrancó y solo pudo responder:

—No te pases de listillo...

Pero sabía que su hijo tenía razón, con Bárbara a punto de coger un vuelo en unas semanas, tenía que ser capaz de responder a esa maldita pregunta.

¿Quería hacerla feliz? ¿O simplemente era un pedazo de perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer?

Capítulo 6

Al día siguiente, sábado, Laura quedó con Bárbara a tomar el aperitivo en el Docamar de Quintana, para contarle la conversación que había tenido con su jefe:

—Te lo tenía que contar en persona, porque es muy fuerte.

—Ayer no pude esperar a que terminaras porque tengo mucho lío con lo de mi viaje. Así que por muy fuerte que sea lo que tengas que contarme, da lo mismo. Mi decisión es firme.

—Ya, tía, ya. ¡Qué penita!

Un camarero rapidísimo les colocó dos cañas y una ración de bravas, y Bárbara preguntó mientras cogía un palillo:

—¿Pena por quién? ¿Por él? Pero si tiene lo quiere: nada de ataduras, ni de compromisos. Pues ahí se queda...

—No seas tan dura con Gustavo, que está hecho polvo. Y enamorado...

Bárbara, con una patata en la boca, no pudo evitar preguntar sin salir de su asombro:

—¿Qué? ¿Te lo ha dicho él o es una suposición tuya?

Laura dio un buen trago de cerveza y luego habló intentando reconstruir con la mayor fidelidad posible la conversación:

—El tío está muy preocupado por ti, no quiere que cometas un grandísimo error y que sufras muchísimo.

—¡Qué tío más idiota, de verdad! ¡Ni que fuera a hacer trabajos forzados a Siberia!

—El matrimonio es algo serio. Te puedes desgraciar la vida tan ricamente.

—Pero ¡si Alex es un pan de Dios! Lo más terrible que me puede pasar

yéndome a vivir con él, es que mi pique una araña de tela de embudo. Y ni eso, dice que en su casa todavía no ha entrado ninguna...

—Gustavo está obsesionado con que vas a sufrir y que tiene que hacer lo que sea por evitarlo. Entonces, me pidió consejo y yo le dije que si tuviera las agallas de decirte que está enamorado de ti, se te podría remover algo...

—Sí, claro, se me podría remover el estómago entero del asco que me daría escucharle decir semejante cosa. ¡Y sin sentirlo, además! Porque este ni siente ni padece.

—Yo le dije que habías estado enamorada de él...

—Uf. Mejor haber dicho que padecí una estupidez transitoria severa, pero gracias a Dios, ya me he curado de eso.

—Yo lo que le pedí es que no jugara con tus sentimientos y que por supuesto que ni se le ocurriera recuperarte a base de polvos conejeros y tal...

—¡Pero si no sabe hacer otra cosa!

—¡Qué va! Creo que está enamorado, porque como le dije a él, presenta la sintomatología completa: preocupación por ti, pensamientos recurrentes, atracción sexual, amistad... Y debió hacerle algo de sentido porque luego me aseguró que si para evitar que cometieras el gran error de tu vida, tenía que cruzar determinadas líneas y ponerle nombres cursis a lo que sentía por ti, lo haría aun a riesgo de que le salieran tres úlceras. ¿Qué te parece?

Laura se comió un par de patatas y Bárbara contestó:

—Pues que es un idiota integral...

—Me imaginé que dirías algo así, por eso le pedí que brindáramos por vuestra felicidad: juntos o separados.

—Separados, gracias.

—Le sentó fatal que considerara esa posibilidad... Así que, prepárate que este no quiere perderte.

—Ya, pero yo sí... Es demasiado tarde para todo. Por mí que haga lo que le

dé la gana, ya que tengo muy claro lo que quiero y ni se llama Gustavo ni se apellida Padilla.

—En eso te entiendo, porque con Rufus me pasa igual. El tío está empeñado en dejarlo todo y venirse a Madrid. Y yo lo tengo clarísimo... ¡No quiero líos!

Laura cogió un par de patatas y Bárbara le recordó:

—Pero Rufus te gusta...

—Fíjate si me gusta que ayer en el restaurante rodeada de camareros buenorros no desplegué ni una de mis armas de seducción. Le tengo dentro, pienso en él y tal, pero no estoy preparada para que se venga a vivir conmigo... y con mi amiga.

—¿Todavía no le has dicho que Saturia es tu abuela?

—No, y encima el otro día me dijo que Saturia le suena a Saturno, que se la imagina muy moderna, con el pelo azul y tatuajes rococós. Está ansioso por conocerla, yo siempre le digo que está trabajando, mientras de fondo se escuchan los gritos de mi abuela insultando a la gente que sale en la tele. A veces son tan escandalosos que él suele preguntarme que quién chilla tanto, y yo le meto el rollo de que tengo una vecina que está loca perdida y así de paso le disuado. Pero ni con esas... Y anoche fue lo peor...

—Mientras hablabas con él, tu abuela apareció por detrás y se coló en pantalla... —dedujo Bárbara, risueña.

—Tranquila que ya se cuida ella para no aparecer, le mira y le remira porque es una cotilla, pero siempre fuera del tiro de cámara. Dice que la cámara del teléfono no le hace justicia, que prefiere que la conozca al natural. Y que Rufus se la imagina tal cual es, que sus canas son azuladas, que ella siempre ha sido muy moderna y que si hubiera tenido los brazos como Popeye se los habría tatuado enteros.

—Seguro que se llevarían de maravilla...

—A ella le encanta... Dice que de tener sesenta y cinco en vez de ochenta y

siete, me lo quitaría. Le encanta su voz rasposa, los morritos que pone cuando canta y lo ágiles y fuertes que tiene los dedos. Es que cuando cierra el bareto me llama, a veces agarra la guitarra y me canta canciones de Ronan Keating...

—¡Qué romántico!

—Mi abuela es más práctica y suele decirme que no sea tonta y me lo traiga: que es guapo, con buenos morros y mejores dedos... que para qué quiero más. Yo le replico que en la vida hay cosas más importantes, y ella me recuerda siempre que eso tan importante con el tiempo no se levanta ni con grúa. Que no sea mema y espabile antes de que me lo quiten.

—Es una mujer sabia.

—Ya, pero lo peor es lo que Rufus me contó anoche: un amigo de un amigo tiene un pub irlandés en Madrid y necesita un camarero. Le ha dicho que si le interesa: el puesto es suyo. Y sería para incorporarse en quince días...

—*Buenooooo* —canturreó Bárbara.

—En cuanto me lo dijo me entraron los sudores de la muerte.

Laura dio otro trago largo a su cerveza y su amiga replicó, divertida de ver la cara de agobio que tenía:

—¿Y después de morirte qué le dijiste?

—¡Tía, no te rías, que lo estoy pasando fatal! No estoy preparada para esto. Tengo 38 años y el novio que más me ha durado ha sido un año. Vale, que siempre me han dejado... Pero tal vez porque yo lo provoqué... En fin, que tengo edad suficiente como para saber que no soy de relaciones largas. No valgo para eso. ¿Así que qué le iba a decir? ¡Qué bien! ¡Yupi! ¿Vente rápido que te espero con todo abierto? Pues no. No puedo alentarle para que deje su vida en Belfast por mí, porque yo no estoy segura de nada de nada.

—Pero él te gusta...

—Y a mi abuela... ¿A quién no le gusta un tío grande, de ojos verdes, tatuajes, que besa de vicio, folla con ganas y canta con la voz rasposa?

Además, es divertido y cariñoso, los cuatro días que pasamos en Belfast fueron los mejores de mi vida. Y estos meses que llevamos hablando en la distancia me han dado una vidilla tremenda. Me lo paso muy bien con él, pero no quiero nada que vaya más allá de lo que tenemos. Es más, es que cada vez que pienso que se va a plantar aquí, me tengo que ir al baño hiperventilando del pánico que me entra.

Bárbara la miró con los ojos entornados y sentenció apuntándola con el vaso:

—Eres una cagada como Gustavo. Igualito. Y tu abuela tiene razón: vas a acabar perdiéndolo.

—No, no, no. Yo no soy en absoluto soy como él. Lo que pasa es que ¿qué hago yo viviendo con mi amiga la moderna y un tío que conocí en Navidad en Belfast? Es de locos, ¡un despropósito descomunal! Así que le he dicho que mejor no venga, que es todo muy precipitado y que ya vamos viendo... Es que tampoco puedo cortar con él de raíz, porque me gusta demasiado, pero no tanto como para traérmelo a casa. Creo que no puedo ser más prudente ni más sensata, ¿no te parece?

Bárbara se quedó mirando muy seria a su amiga y respondió:

—Ya te he dicho lo que me parece, Gustava.

Capítulo 7

Gustavo se pasó la mañana del sábado haciendo deporte como siempre. Tenía la suerte de tener unos padres maravillosos que le ayudaban con el pequeño traidor de lunes a domingo.

Lo que le permitía jugar al pádel dos veces por semana de lunes a viernes, y los sábados pasarse la mañana haciendo máquinas, natación, y bicicleta.

Solía hacer deporte con sus dos amigos de toda la vida, Ignacio y Antonio, dos tíos que se habían casado con la novia de la universidad y que llevaban una vida ordenada y sin sobresaltos.

Dos amigos que pensaban que era una inmaduro emocional por no haberse comprometido como Dios manda con Bárbara y a los que por supuesto no les iba a contar que estaba a punto de casarse con el tío de los moños.

Más que nada porque quería ahorrarse los clásicos reproches de la gente que llevaba emparejada desde el Pleistoceno y que no sabían de nada más que de la rutina en la que se morían de sopor.

Aunque ellos no pararan de cantar las bondades del estado y de fingir que aquello era sublime.

Sobre todo Antonio, que tenía un Instagram que daba ganas de vomitar, infectado de fotos de sus manos y pies entrelazados con los de su Begoña, ya fuera en Madrid o en cualquiera de sus viajes.

Una pobre chica que tenía que soportar cómo su marido hacía esa exhibición indecorosa de sus extremidades y no bastante con eso escribía textos pornográfico-sentimentales del tipo: “la piel a la que siempre vuelvo”, o “reenamorándome en París”, “sintiéndote en Roma” o “de tu mano siempre en Albacete”.

Un tío así era imposible que entendiera lo suyo con Bárbara, y lo mismo pasaba con Ignacio que era mucho más discreto que Antonio, pero un defensor acérrimo de la pareja, de la frustración, de la resistencia y del aguante.

¿A qué otra cosa iba a abrazarse si tenía cinco hijos, dos perros, tres gatos y una mujer que era una fanática del *fitness* extremo?

Pues eso, que prefirió no contarles nada de lo suyo, porque se sabía de memoria lo que iban a decirle y aprovechando que sus padres se habían llevado al pequeño traidor a la sierra, decidió que iba pasar el resto del fin de semana de encierro y de reflexión.

Tenía demasiadas cosas en las que pensar, y más cuando después de almorzar, le dio por tumbarse en la hamaca del jardín a echarse una siesta, aprovechando el calorcito de un día primaveral casi veraniego, agarró el teléfono móvil y se percató de que Bárbara había cambiado la foto de perfil.

La verdad era que tenía la costumbre de cotillearle la foto, era lo primero que miraba cuando despertaba y lo último antes de dormir, pero no por nada en especial.

No. Qué va. Eran rutinas... Como ducharse, lavarse los dientes y reciclar la basura.

Cosas que se hacían sin pensar, creía él.

Como aquella tarde, tumbado en la hamaca, en que le dio por cotillearle la foto y por poco no se cayó al suelo de la impresión.

Y es que se veía a Bárbara en la Puerta del Sol de Madrid, delante del árbol gigante de Navidad, con el de los moños detrás, bien pegado a ella, clavándole la erección en el culo.

O eso se imaginó, porque desde luego él cada vez que se pegaba a Bárbara se ponía duro y con ganas de todo. No podía evitarlo, el deseo que sentía por ella era una cosa salvaje como jamás había conocido en su vida.

Y estaba seguro de que al cabrón del tío de los moños le pasaba lo mismo,

pensó.

Y es que no había más que mirar la cara de salido que tenía de solo fantasear con lo que le esperaba después.

Pero lo peor no solo era la estampa de ese cerdo refrotándose contra Bárbara, lo más horrible era que ella había colocado en la parte inferior de la foto un texto en fucsia que rezaba: “En cuenta regresiva”.

Y eso ya sí que le mató...

Porque no podía ser que esa mujer estuviera contando los días para abrazarse a ese cretino que no la merecía.

Y no es que él sí que se la mereciera porque desde luego que no podía ser más imbécil, pero joder, pensó, el de los moños, no...

Cualquiera menos el de los moños...

Y llevársela a Perth...

Ya le valía, había que tener muy malas entrañas para hacer eso con una pobre chica que solo quería ser feliz.

Un felicidad pequeñita, sin alharacas, sencilla y sin pretensiones, pero fuerte, rotunda y profunda a la vez.

Una felicidad que ese tío jamás iba a poder brindarle, y no lo decía porque estuviera celoso, sino porque había que conocer muy bien a Bárbara para darle lo que necesitaba.

Y ese tío era obvio que por mucho que hubieran vivido un amor loco en Formentera, unas Navidades en Madrid y ahora se pasaran los días chateando de bobadas, no tenía ni idea de lo que Bárbara quería.

Y él sí...

Él sabía que a Bárbara le hacía feliz: el chocolate después del sexo para tener más sexo, escuchar su canción favorita en bucle, correr descalza por el jardín, robarle sus camisetas para dormir, perder calcetines, encontrar pendientes, conducir por autovías vacías, sentarse frente al mar con un

bocadillo de jamón,...

¿Dónde iba a encontrar jamón ibérico en Perth? Pues eso.

Además, él había hecho todo eso con ella...

Y muchísimo más, tanto que podía pasarse una semana entera recitando como una letanía las cosas que le hacían feliz...

Como verse la series del tirón o quedarse hasta las cuatro para acabar una novela.

Porque Bárbara era de las que terminan todo lo que empiezan.

Ya se lo advirtió...

Y un buen día se cansó de vivir en una perpetua primera temporada. Cosa que él no entendió, porque nada podía mejorar lo que ya tenían.

Sin embargo, ella quería más...

Y llegó lo que él pensaba que sería una pausa, una tregua, un paréntesis, y que en cuestión de tiempo, poco tiempo, volverían a lo de siempre. Al chocolate, a perder calcetines, a corretear como idiotas por el jardín, a partirse de risa, a cantar a grito pelado y a follar en todas partes.

Pero lo que llegó fue el tío de los moños, Perth y la jefa psicópata.

Y ese giro inesperado y ridículo de la trama en la segunda temporada de su particular serie no le estaba gustando para nada.

Es más, solo de pensar que estaba a punto de perder a Bárbara, le dolió tanto que se percató por primera vez de lo imbécil que había sido.

Que por evitar un desastre absoluto había llegado otro mayor.

La vida sin Bárbara.

Eso era el infierno. Acababa de descubrirlo.

Vivir sin sus zascas, sin sus risas, sin sus canturreos horribles, porque mira que cantaba mal, sin sus miradas, sin sus caricias, sin sus besos...

Solo de imaginarlo se estaba poniendo tan triste que hizo una foto al césped, la subió al Instagram de la clínica dental y escribió un texto al más puro estilo

Antonio: “en mi jardín aún hay huellas de cuando tú y yo fuimos felices. Y aunque ya no seamos aquellos que fuimos, hoy elijo soñar con que todavía es posible”.

Y la subió, sin más, porque perder a Bárbara le estaba doliendo tanto que le estaban volviendo un cursi y un loco. Pero a lo mejor se trataba de eso...

Si siendo un sieso y un cuerdo, si por evitar una catástrofe, lo había perdido todo, a lo mejor haciendo justo lo contrario lograba que no cometiera el error de pirarse con ese tío, cuando él podía hacerle absolutamente feliz.

Sí, él.

El que se había negado a cruzar ciertas líneas, a decir esas malditas dos palabras y a tener algo serio, por temor a sufrir, por temor a perderlo todo.

Estaba a punto de quedarse sin nada...

Tan a punto que se había tenido que ver contra las cuerdas para darse cuenta de que Bárbara le importaba tanto que estaba dispuesto a todo.

Porque no había desastre mayor que su vida sin ella.

Y ahora que lo sabía, ahora que se podía tatuar esa certeza en la frente, todo iba a cambiar.

Aún estaban a tiempo...

O eso quería creer...

Capítulo 8

Llegó el lunes, y Bárbara y Laura se enteraron a primera hora del mañana por Leonor, una paciente que se había auto-regalado tras su divorcio una ortodoncia, de las correrías de su jefe en Instagram.

—Chicas, antes de que se me olvide felicitad al nuevo gestor de redes sociales por su creatividad y su lirismo —exclamó Leonor, en cuanto se sentó en la silla de tortura.

Las chicas se miraron sin entender nada porque Laura era la que llevaba las redes sociales y todo lo que subía no podía ser ni más aburrido ni más prosaico: fotos de sonrisas antes y después, fotos de férulas y prótesis, fotos de modelos disfrazados de dentistas con información sobre tratamientos, o fotos de cepillos y sedas dentales con consejos de salud bucodental... O sea, el no va más de la creatividad y el lirismo...

Pero como Leonor también era tan cursi y exagerada como los bucles, lazos y pompones que solía llevar, tampoco le dieron mucha importancia:

—Soy yo la que lleva las redes desde que llegué hace seis años. No hemos contratado a nadie nuevo —informó Laura encogiéndose de hombros.

—En ese caso te felicito por el cambio de estilo que te has marcado... Sigue así, porque tu posteo de hoy en el Insta no puede ser más original ni más poético.

Bárbara que se moría de curiosidad por saber qué encontraba esa mujer tan original y poético, sacó su teléfono móvil, abrió el Instagram de la clínica, donde jamás entraba de lo soporífero que era, y tras ver una foto de un trozo de césped, leyó el texto en voz alta:

—“En mi jardín aún hay huellas de cuando tú y yo fuimos felices. Y aunque

ya no seamos aquellos que fuimos, hoy elijo soñar con que todavía es posible”. ¡Ay madre! ¡Ay!

Y tras el último “ay” Bárbara miró a Laura con cara de que eso no podía estar pasándole a ella.

—¡Toma ya! Este ya está empezando a tocar teclas. ¡Te lo dije! —masculló Laura a su amiga.

Y Leonor, ajena a todo, y conmovida por las palabras, suspiró y habló llevándose las manos al pecho:

—Por favor, ¡qué forma tan bonita y elegante referirse a los dientes pochos: “las huellas de cuando fuimos felices”! ¿Y qué me decís de la incitación tan sublime a arreglarse la boca: “hoy elijo soñar con que todavía es posible”? ¡Oh, me ha encantado, de verdad que esto nos llega y conmueve mucho más a los pacientes que las fotos asquerosas de premolares rotos y negros, junto a un texto de lo más desabrido y técnico!

Bárbara sin saber si reír o llorar, le preguntó a su amiga que se estaba mordiendo los carrillos para no partirse de risa:

—¿Quién más tiene las claves del Insta de la clínica?

—¿Quién va a ser? El jefe. A mí es que la poesía siempre se me ha dado fatal.

Leonor entonces se revolvió en la silla y preguntó emocionada:

—¿No me digas que el doctor Padilla también tira de pluma, que tiene a todo un señor poeta dentro?

Bárbara pensó que lo que tenía dentro era a un majadero al que había que pararle los pies antes de que siguiera con esas estupideces.

Porque había que estar muy mal de la cabeza para pensar que iba a tocarle alguna tecla colgando esas bobadas en el Instagram de la clínica.

“Hoy elijo soñar con que todavía es posible...”.

¿Se podía ser más petardo, más ridículo y más imbécil?

Muy cabreada, en cuanto acabó de colocar los retenedores removibles a Leonor, se plantó en el despacho de Gustavo que llegaba siempre a las diez de la mañana.

Pues el señorito siempre era el último en llegar...

Y así, ofuscada perdida, abrió la puerta y le soltó sin que mediara ni un triste “buenos días”:

—¿Sabes con lo que hoy elijo soñar, doctor Padilla?

Gustavo que para nada se esperaba esa visita, solo pudo sonreír de oreja a oreja, aunque Bárbara pareciera un tanto enfadada.

—No lo sé, pero me encanta verte de buena mañana.

—¿No lo sabes? Pues yo te lo cuento: hoy elijo soñar con que pronto te voy a perder de vista.

—Calla, anda, calla, que desde que me diste la infausta noticia: ni como, ni duermo, ni vivo.

Bárbara se cruzó de brazos y, retándole con la mirada, repuso:

—¡Uy sí, seguro que sí!

—Pues sí. Estoy muy mal, muy mal —canturreó a lo Rosalía—. Por cierto, ¿te acuerdas de cuando te ponías a bailar y a cantar desnuda sobre la cama el “Malamente” y yo te miraba desde abajo flipado total, sin poder creer cómo podía tener tanta suerte de que estuvieras haciendo el mono conmigo?

—El mono solo lo haces tú... Y no, no recuerdo nada.

—¡Yo sí, todo! Y no veas lo que duele saber que lo puedo perder para siempre.

—Lo puedes perder, no. Lo has perdido ya... Así que deja de escribir chorradas en el Instagram, como si tuvieras quince años y acepta lo que hay.

—Ah, ahora pillo lo de que eliges perderme de vista. Uf. Lo escribí el sábado en el jardín, presa de un feroz ataque de nostalgia y de lucidez a la vez. Sé que es para matarme y sé que no merezco más que tu castigo y tu desprecio,

pero ha tenido que venir el Moños para darme cuenta de demasiadas cosas.

Bárbara tuvo que morderse los labios para no echarse a reír, porque le hizo gracia lo del Moños. Pero luego, le miró y se puso seria:

—Sea lo que sea, ya es demasiado tarde.

—Son un montón de cosas. Para empezar que yo tenía un lío terminológico importante...

Bárbara frunció el ceño y, temiéndose lo peor, replicó:

—Ya, la terminología...

—Es que es fundamental. Me pasé cuatro años evitando palabritas como “te quiero”, “te amo”, o “estoy enamorado de ti”, pero no porque no las sintiera...

Bárbara abrió los ojos como platos porque se esperaba cualquier cosa menos esa:

—¡No me digas! Pero ¿qué rollos me estás contando?

—Te digo la verdad, a mí me daba grima esa terminología romántica, si bien era un rechazo a la forma no al fondo... Quiero decir que aunque me negara a utilizar esos términos, yo estaba sintiendo todo lo que puede sentir alguien cuando dice que se enamora.

Bárbara no le creyó para nada, y lo achacó a que era incapaz de asimilar que iba a perder a su follamiguita para siempre.

—¿Y te has dado cuenta justo ahora? ¡Qué curioso!

—Sí, yo siento demasiado por ti, lo que pasa es que no quería que lo que teníamos se fuera a la mierda. Sin embargo, ahora he descubierto que es mucho peor perderte... Y no quiero que te vayas...

Bárbara resopló y, sin que le convenciera para nada, habló:

—Tú con tal de no buscar una ortodoncista eres capaz de todo.

—Sé que en la vida voy a encontrar a otro profesional como tú. Eres maravillosa, los pacientes te adoran... Claro que te necesito en la clínica, hasta que te encontré pasaron cincuenta por el puesto y desde luego que nos

vas a hacer una faena si te vas: a los pacientes y a mí, pero no solo es por eso por lo que no quiero que te vayas.

—Ah, o sea que lo reconoces...

—Te necesito en lo profesional y en lo personal. Anoche solo de pensar que me iba a pasar el resto de la vida sin tus besos, me entró tal ansiedad que tuve que hacerme una paja para relajarme.

—Esos detalles no me interesan, la verdad... —replicó Bárbara batiendo las manos.

Gustavo suspiró y confesó con los ojos vidriosos:

—No quiero perderte. Y... si todavía pudiera hacer algo para evitarlo, me encantaría hacerlo, pero antes debo pedirte permiso.

Bárbara le miró a los ojos y le advirtió porque para nada iba a tomarle el pelo:

—¿Qué te pasa en los ojos? Imagino que será la conjuntivitis alérgica, a mí no me engañas...

—No, es pura emoción. ¡Joder, que esto me está doliendo demasiado!

—¿Y todo lo que me dolió a mí antes? ¡Eso te importó un bledo!

—Lo he hecho todo mal, pero estoy tan arrepentido y estoy sintiendo tanto que si me dejaras soñar con que...

Bárbara resopló, le miró con toda la indiferencia del mundo y exclamó:

—¡Vete a la mierda!

Capítulo 9

Gustavo lo entendió perfectamente porque no merecía otra cosa, se levantó y le dijo:

—Es lo mejor que puedes hacer conmigo.

—Ahí estoy de acuerdo. Y no te hagas ahora el compungido, que hasta julio te estuve pidiendo que nos fuéramos a vivir juntos.

—Me equivoqué... Y cometí el error más grande de mi vida.

—Y estabas tan triste porque me fuera a Formentera, que saliste zumbando a la India... ¡Qué decepción más grande, madre mía! Aunque también no sé qué esperaba de ti.

Gustavo se paró frente a ella, apenas a un metro de distancia, y le recordó:

—Lucas estaba en un campamento con sus primos, podía haberme plantado perfectamente en Formentera.

—Por eso me dolió tanto...

—No fui detrás de ti porque me dijiste que no querías saber nada de mí. Respeto tus espacios y tus tiempos...

Y se calló, porque de tenerla tan cerca le entraron unas ganas horribles de besarla y al mismo tiempo un pánico infinito a no volver a hacerlo nunca más.

Bárbara por su parte lo tenía clarísimo, por mucho que ese sátiro la mirara con ojos vicio, ojos que antes la ponían cardíaca... Pero ya no... Ahora podía mirarle a esos ojos verdes por los que se había muerto de amor y no sentir nada más que ganas de reprocharle cosas como que:

—Y tenías una pena tan grande que te piraste a la India tan ricamente.

—Estaba hecho polvo, pero me llamó el amigo que tiene la ONG con la que colaboro antes de venir a la clínica.

Bárbara le miró extrañada porque era la primera noticia que tenía:

—No sabía que colaborabas con una ONG... Pensé que llegabas a las diez porque detestas madrugar.

—Detesto madrugar, pero por las mañanas antes de venir soy voluntario en una ONG de odontología solidaria. Los mismos que me llevaron este verano a Andhra Pradesh...

—No sabía nada. ¿Pero qué voy a saber de tu vida si solo hemos compartido momentos? —inquirió Bárbara, pues no tenía otra cosa en su corazón más que reproches y más reproches.

—Colaboro con ellos desde que terminé la carrera, nunca te he comentado nada porque ni ha surgido el tema ni yo soy mucho de ir contando estas cosas. Y cuanto a lo de la India, acepté sin pensarlo, necesitaba trabajar para no pensar en ti, para que pasaran pronto los días y llegara septiembre... para volver a verte.

—Pues te habría acompañado, siempre he querido hacer voluntariado internacional.

—Si lo llego a saber... Tal vez ahora estarías con los preparativos para la boda conmigo.

—Jojojjojjojjoj. ¡Sí, seguro que sí!

Gustavo que solo podía pensar en lo que le gustaba la risa, la mirada, el cabello y todo, porque le gustaba todo de esa mujer, cometió el error de preguntar:

—¿No echas de menos mis besos?

Bárbara le miró ofuscada y mintió nerviosa:

—No. Para nada.

Y es que lo cierto era que su jefe además de ser un idiota besaba como nadie, y eso era difícil de olvidar.

Pero los besos no eran más que eso, besos...

—¡Qué preguntas hago, perdóname! —se excusó Gustavo, avergonzado.

—Pues sí, totalmente improcedentes. Lo que fuera esa cosa que teníamos acabó y no hay que darle más vueltas.

—Yo es que no puedo dejar de hacerlo. Te juro que estaba convencido de que estos meses atrás solo iban a ser un paréntesis.

—Ya te dije antes del verano que no podía seguir así, era demasiado duro estar callándome los “te quiero”, reprimiéndome las ganas de despertar contigo cada día, de compartir una vida juntos... Estaba harta de preguntarme cuando escuchaba a través de las paredes las risas de mis vecinos, su música, sus películas, sus broncas, sus reconciliaciones: ¿por qué nosotros no podíamos tener eso? Una vida. Pero para ti una vida era demasiado y tenía que conformarme con las migajas...

Gustavo, con un nudo en la garganta, musitó:

—Con lo mejor, teníamos lo mejor.

—Yo lo quería todo. Y tú no podías dármelo.

Bárbara tragó saliva con los ojos vidriosos, porque le había costado muchísimas lágrimas llegar a esa conclusión.

Y Gustavo, con unas ganas infinitas de acortar la distancia que los separaba y abrazarla, masculló:

—Lamento haberte hecho tanto daño...

—La culpa fue mía por esperar que cambiaras, a pesar de que me dejaste bien claro lo que había, desde aquel día frente en la chimenea en que no pude evitar decirte que te quería.

—Y yo también te quería aunque no supiera pronunciar esas palabras.

Bárbara sonrió; sin embargo, ya era demasiado tarde para todo lo que no fueran reproches:

—Tu amor nunca fue tan fuerte ni tan grande como para afrontar un compromiso.

—No se trata de eso, sino que para mí era tan importante lo nuestro que no quería que nada pudiera dañarlo... Ni la rutina, ni la convivencia, ni todo eso que hacen las parejas normales... Yo quería que tuviéramos algo especial.

—Pues a mí me agotó eso tan especial. Estaba harta de no poder poner una maldita etiqueta al tío con el que tenía algo que tampoco tenía nombre. Pero lo tenía... Vaya si lo tenía... Todo el mundo me lo recordaba en cuanto les contaba la clase de relación que teníamos: “¡ah, sois follamigos!” Y yo replicaba: “No... Lo nuestro es especial, es diferente, es...”. Una mierda es lo que era. No obstante, yo me empeñaba en justificarte una y otra vez, a ver si así lograba convencerme a mí misma de que merecía la pena. Y de ese modo pasó el tiempo, hasta que un día me di cuenta de que no... De que no la merecía... De que estaba cansada de despertar sin ti, de ir sola a las fiestas y a los cumpleaños, de que estuvieras siempre a ratos, y de que mi madre no dejara de preguntarme qué coño éramos. Pobre mujer, yo solía responderle ofendida que éramos modernos y ella siempre me recordaba que lo tuyo era muy antiguo y se llamaba miedo.

Gustavo asintió, convencido de que en su puñetera vida iba a conocer a una mujer como Bárbara, y habló sintiéndose cada vez más triste:

—Las madres siempre tienen razón.

—Pues sí. Y el miedo es libre. Y hay miedos que son insuperables, como el mío a las tormentas... Y un buen día comprendí que yo era tu tormenta y decidí que lo mejor era dejar eso que teníamos y que jamás tuvo nombre.

—No solo lo tuvo, sino que para mí lo tiene y siempre lo tendrá. Sé que jamás voy a sentir por nadie lo que estoy sintiendo por ti, Bárbara. Jamás.

Bárbara le miró y sintió una punzada en el estómago terrible, pero aquello ya no tenía ningún sentido, por eso dijo:

—Yo también pensaba lo mismo, hasta que apareció Alex... y dejé de sentirme como una tormenta horrible y oscura. Alex no tiene miedo a los “te

quiero”, ni a dormir abrazados cada noche, ni a perder su libertad, ni a sentirse responsable de mis sentimientos, ni a que invadan sus espacios, ni a que todo se vaya a paseo.

Gustavo sintió que no podía haberla pifiado más, pero con todo se atrevió a preguntar:

—¿Y si yo ya tampoco lo tuviera porque he descubierto que la mayor catástrofe es perderte?

Bárbara se encogió de hombros y respondió mientras Gustavo se acercaba más todavía a ella:

—Ya da igual todo...

Gustavo estaba tan cerca que podía olerla y sentir su respiración...

—Pues a mí no me da, porque me estoy muriendo por besarte.

Y tras decir esto, acortó más la distancia que los separaba, tanto que sus labios casi podían rozarse, pero no la besó.

Y eso que Bárbara le miró desafiante y luego cerró los ojos por un instante, tal vez por la costumbre, por la inercia, o porque sus labios todavía extrañaban los besos de ese tío que besaba como nadie.

El caso es que tras ese fugaz y estúpido instante, abrió los ojos, se apartó de él y repitió:

—Ya da todo lo mismo...

Capítulo 10

A la hora del almuerzo en el bar de la esquina, con el resto del personal que trabajaba a jornada partida: tres higienistas, y dos dentistas que se habían enamorado en la clínica y que estaban viviendo un amor de lo más apasionado, Laura le preguntó a Bárbara discretamente mientras los otros comentaban una serie que ellas no veían:

—¿Qué ha pasado cuando has ido al despacho del jefe?

Bárbara respiró hondo y respondió al tiempo que se terminaba la ensalada:

—En esencia es que ha tenido que aparecer en escena Alex para que se percate de que la mayor tragedia es perderme. Si se puede ser más tonto, me lo dices...

Laura resopló, bebió un poco de agua y luego dijo:

—Yo no soy quién para juzgarle. Ni a él ni a nadie. Las cosas del amor son tan complicadas...

—Y tanto... —Y bajando más la voz todavía porque le daba una vergüenza tremenda, Bárbara le contó—: Le he vomitado como kilo y medio de reproches y después le he rematado diciéndole la verdad: que Alex no es un cagado de mierda, como él. Y se ha picado, claro... Es tan competitivo.... Y ha contraatacado preguntándome que qué pasaría si él tampoco tuviera miedo...

Laura, perpleja, preguntó con el tenedor en el alto:

—¿Y qué has respondido?

—La verdad: que me da lo mismo. Y entonces, el muy cerdo me ha soltado que a él no le daba igual, que se moría de ganas por besarme.

Laura lanzó un grito y después se llevó la mano a la boca...

—¡Perdón, perdón! —se disculpó ante el resto de comensales.

—Es que le estoy contando una peli que he visto el *finde*, una de terror, buenísima... —se excusó Bárbara porque se llevaba bien con sus compañeros, pero no hasta el punto de compartir esas confidencias.

Esas cosas tan bochornosas y humillantes solo las compartía con Laura...

El resto de los compañeros siguieron hablando de lo suyo, mientras acababan con los primeros platos y Laura le cuchicheó:

—No me puedo creer que no haya habido beso... en esa película tan horrible... —disimuló por si había alguno que pegaba la oreja. Sobre todo, Óscar el dentista que era un cotilla de mucho cuidado.

Óscar tenía treinta años, morenazo, musculoso, guapo y extrovertido y estaba liado con Pedro, el otro dentista que tenía cincuenta, canoso, con barba, reservado y para nada chismoso, o hacía como si no lo fuera.

En fin, que mientras ellos seguían dale que te pego con las series, Bárbara confesó:

—No ha pasado nada porque Dios no ha querido. Y es que por un instante, pequeño, ridículo y absurdo cuando le tenía aquí, casi pegado a la nariz, he cerrado los ojos. No sé si por la costumbre o porque los labios tienen memoria y van por libre...

Laura se llevó las manos al rostro de la ansiedad y susurró:

—¡Dios mío, le has besado!

Bárbara negó horrorizada moviendo la cabeza y le contó muy bajito:

—¡Qué va, para nada! He abierto los ojos y le he repetido que ya da todo lo mismo...

—¿Cómo que da lo mismo, que de perdidos al río: te has tirado al monte como las cabras y le has pegado el morreo del siglo? —dedujo Laura, que estaba loca por saber el final de la historia de terror.

—¿Qué dices? ¿Cómo iba a besarlo? ¡Ni loca! Me ha dado la vuelta y me he

marchado, muy digna, muy dama, sin dar ni siquiera un portazo.

—Sí, sí, todo muy digno, pero has cerrado los ojos, ha habido un momento en que lo has hecho. Eso es porque esperabas el beso...

—Sí, bueno, ya te digo que es por la costumbre o porque los labios recuerdan... Y él besaba como nadie... Nunca me han besado así, tampoco es que tenga muchísimo donde comparar, pero... Es una máquina besando el muy cabrón.

Óscar que estaba sentado al lado de Bárbara no pudo resistirse a intervenir en la conversación, pegándose todo lo que pudo a ella:

—Perdonad que me meta, pero es que he escuchado la palabra “besos” y no he podido evitar poner la antena. Es un tema que me apasiona, pero ahora tengo una duda terrible...

—*Shhh*. A mí es que no me gusta demasiado hablar de esto, te ruego discreción —musitó Bárbara.

Óscar que había terminado con los macarrones, movió la silla hacia Bárbara y le aseguró:

—Tranquila, que estos están a su bola... Sólo respóndeme una cosa: ¿cómo demonios besa el prometido?

—El prometido de la protagonista de la *pele* esta de terror besa normal... —replicó Bárbara que se sentía más cómoda hablando en clave.

—¿Normal tirando a besos cortos con los labios sellados con pegamento?

Bárbara se rió y respondió recordando sobre todo los besos del cerdo de Gustavo:

—Es que los del jefe eran más apasionados, es más virtuoso con los labios, con la lengua, con los dientes, le pone más empeño y domina la técnica. Pero vamos... Tampoco es tan importante, de hecho la protagonista hoy le ha dejado salivando en su despacho y se ha marchado orgullosa de su hazaña —le explicó Bárbara.

Óscar le miró alucinado y replicó susurrando....

—¿Hazaña? Chica, ¡esta película es una jodida tragedia griega! La protagonista tiene que quedarse con el que mejor bese: eso es ley.

Bárbara no entendía cómo Óscar que estaba al tanto de lo que había vivido con Gustavo podía estar aconsejándole semejante cosa:

—Pero ¿qué dices?

—O quedarse con los dos, pero perder al besador maquinero jamás. ¡Eso es lo último! —aseguró Óscar, mientras Bárbara le miraba con ojos de incredulidad.

—La protagonista es monógama y a lo de los besos tampoco le da tanta importancia —le recordó Bárbara.

—Pero es que la tiene, nosotros somos gente pirada, pero de ciencia y por los estudios psicobiológicos sabemos que con los besos se intercambia información crucial sobre la compatibilidad genética y reproductiva, sobre el estado de la relación... Se sabe que los buenos besos hacen que liberemos más oxitocina y que sintamos con más fuerza la sensación de unión y de compromiso... ¿Por qué te crees que me quedé con mi barbitas? —preguntó Óscar bajando el tono de voz—. Cuando le conocí estaba con cuatro, pero es que Él me besó y sentí que era Él, mi príncipe barbudo y añoso.

—No compares a tu barbitas con este personaje que besará de fábula pero es fóbico al compromiso...

—Mejor di: era. Pues me ha parecido escuchar que está arrepentido y que se muere por metérsela a la sufrida protagonista hasta el esófago —cuchicheó Óscar, echándose su pelazo negro hacia un lado.

—Uf. ¡A buenas horas viene este a meter algo! —bufó Bárbara.

—No sé, yo. Porque ella se ha quedado por unos instantes esperando que la dieran su merecido. O eso me ha parecido escuchar... —le recordó Óscar.

Laura se echó a reír, pero Bárbara muy seria negó con la cabeza:

—Ella ha cerrado los ojos por un instante porque el cuerpo va por un lado y la cabeza por otro. Pero en cuanto ha recuperado la cordura, ha salido por piernas —habló Bárbara, limpiándose la boca con la servilleta, tras acabar su plato.

Y justo en ese instante, Pedro que estaba sentado frente a la puerta, les interrumpió:

—Me temo que está a punto de entrar el protagonista de la película terror esa de la que habláis...

Bárbara dio un respingo, se giró y vio cómo Gustavo entraba en el bar, con una sonrisa enorme:

—¿Qué pinta este aquí? —masculló Bárbara, sin ganas de compartir mesa y mantel con él.

Gustavo se plantó frente a ellos y les habló de lo más sonriente:

—¡Buenas tardes, familia! Mirad las horas a las que salgo de la reunión con un visitador, pero veo que todavía vais por el primer plato... ¿Me hacéis un hueco?

Óscar se echó un lado para dejarle un sitio junto a Bárbara y respondió encantado:

—¡Faltaría más, jefe! Coge esa silla y siéntate aquí con nosotros.

Bárbara fulminó a su compañero con la mirada porque no se podía ser más pelota y se pegó a Laura para no tener ni que rozarse con ese ser que tenía una cara de idiota tremenda. Tanto era así que no pudo resistirse a preguntar:

—¿Has quedado con un visitador o con un camello? ¡Menuda cara traes!

Gustavo sonrió feliz, respiró hondo y, mirándola a los ojos, respondió:

—Estoy enamorado.

Capítulo 11

Bárbara le miró con cara de mandarle bien lejos y luego farfulló:

—¡Que lo disfrutes, ya verás lo bien que se pasa cuando te enamoras y no eres correspondido!

Gustavo que seguía en éxtasis porque por unos fugaces instantes Bárbara había cerrado los ojos para que le besara, y para él ese gesto había sido como casi un beso, replicó:

—¡Estoy que floto! Estoy aprendiendo a aferrarme a pequeños gestos y de eso me alimento.

—Vete pidiendo hora al psicólogo, porque como te alimentes de esa basura vas a ir apañado, majo.

Gustavo sonrió con el zasca, porque no había nada que le pusiera más que la lengua afilada de Bárbara. Y, aun a riesgo de que volviera a darle otro corte, le susurró al oído, rozándole sutilmente la oreja con la punta de la nariz:

—¿Basura que hayas cerrado los ojos esperando mi beso?

Bárbara al sentir el roce de ese tío en la piel y esas palabras, en ese tono de cabronazo estallando en su oreja, se estremeció de arriba abajo.

Y le odió...

Le odió, luego se ruborizó y después se sintió tan ridícula que fingió un ataque de tos para que él no se pensara que todavía tenía demasiado poder sobre ella.

Pero el cabrón lo tenía...

Solo tenía que rozarle la oreja con la punta de la nariz para ponerla cardíaca perdida.

Las cosas como eran...

¿Pero a quién le interesaba la verdad?

A ella desde luego que no.

Así que tras beber un buen buche de agua, le exigió mirándole muy seria:

—Olvídate de lo que ha pasado antes.

Gustavo se encogió de hombros y fue sincero, pues lo tenía todo perdido:

—Ni me olvido de lo de antes, ni lo de ahora...

Bárbara le miró con el ceño fruncido y le preguntó sin tener ni idea de lo que estaba hablando:

—¿Qué ha pasado ahora?

Gustavo volvió a decirle al oído, con el mismo tono y con el mismo roce desquiciante:

—Que se te han disparado los pezones.

Bárbara bajó la vista y comprobó que ese ser diabólico tenía razón, llevaba un sujetador sin relleno, y los pezones se marcaban por debajo de la tela de la camisa de color mostaza.

—¡Deja mis pezones tranquilos! —masculló tan cerca de él, de esos labios que había besado hasta volverse loca, que le entraron unas ganas infinitas, infames y absurdas de devorarle la boca.

Dios mío, pensó, Bárbara: ¿le habría echado ese ser que la miraba con ojos de vicio algo al agua?

Y mientras Bárbara se dejaba llevar un poco por el pánico, Gustavo se acercó un poco más ella para recordarle:

—Antes no me decías eso...

Bárbara le miró detestándole desde lo más profundo y farfulló:

—Serás cabrón. ¡Déjame en paz!

—Solo he venido a comer, has sido tú la que me has preguntado qué me pasa...

—Olvidalo también. ¡Me importa un pimiento lo que te pase!

Gustavo sonrió, suspiró y duro como una roca, porque esa mujer le ponía con un pestañeo, replicó:

—Perfecto.

—¡Hala, pues déjame tranquilita!

Bárbara se agitó el cabello con ambas manos de puro nervios, en un gesto que a él le puso más duro todavía...

Pues le recordó todas las veces que esa diosa había estado encima de él, pellizcándose los pezones, revolviéndose el pelo, moviéndose desesperada, y buscando un placer que siempre les hacía estallar a puro grito.

Pero no dijo nada.

Además el camarero llegó con los segundos platos y luego tomó nota a Gustavo.

Después, no volvió a pasar nada entre ellos...

Ni se dirigieron la palabra, ni siquiera se miraron...

Pero Gustavo estaba feliz porque no paraba de atesorar gestos y más gestos...

Y eso le hacía acariciar de algún modo una esperanza...

Sin embargo, Bárbara, a cada instante que pasaba al lado de ese tío que de repente, y gracias al cielo, había decidido ignorarla, se sentía más cabreada, porque si había algo que no soportaba era que Gustavo tuviera la mala costumbre de soltar verdades como catedrales.

Y sí, claro que hubo un tiempo en que ella le suplicaba que le mordiera los malditos pezones...

¿Pero tenía que recordárselo cuando estaba a casi un mes de irse a Perth para casarse con Alex?

¿A cuento de qué venía que le recordara que con él había tenido el mejor sexo de su vida?

¿Se pensaba que así iba a hacer que rompiera su compromiso?

Jajajajajajaja.

Apañado iba el pobre...

Ella no iba a renunciar a una vida en pareja, estable y segura, porque le tentara con el recuerdo de los polvos de antaño...

Que sí, que habían sido los mejores de su vida, que solo tenía que mirarla para ponerla al borde del orgasmo y que él le había encontrado el punto G y el abecedario entero.

Todo eso lo sabía, ¿pero y qué?

¿Se pensaba que ahora porque se hubiera percatado de que estaba enamorado todo iba a cambiar de golpe y porrazo?

Así como así.

Tan facilito...

Pues no.

Por lo que más valía que se dejara de nostalgias y asumiera de una vez cuál era la cruda realidad.

Sin embargo, Gustavo no estaba por la labor de asumir nada. Al contrario, cada vez estaba más convencido de que iba intentarlo todo para recuperar el amor de Bárbara.

Y para ello, nada mejor que el consejo de un experto en la materia: Pedro.

No en vano, jamás había conocido a nadie que hubiera tenido que sortear tantos obstáculos para tener una relación: diferencia de edad, de caracteres, el prejuicio de “donde tengas la olla, no metas... tal”, ni una sola afición en común: Pedro era de golf y el otro... de esperarle sentado en la terraza de parloteo con diestro y siniestro. En fin, que no tenían nada que ver, ni siquiera en la procedencia social pues Pedro venía de una larga estirpe de cirujanos y Óscar de otra de fontaneros...

Pero con todo, estaban juntos y parecían felices.

Desde luego, que si había una clave para tener éxito en el amor la tenía que

tener Pedro de la Fuente.

Por eso, aprovechando que se habían quedado rezagados cuando volvían a la clínica, Gustavo decidió abordarle para que le iluminara:

—Pedro, necesito que me aconsejes como experto en la materia... Se trata de amor... Y mira que me parece raro estar pronunciando la maldita palabra... Imagino que estarás al tanto: Barbarita se nos casa y yo...

Pedro le miró y replicó con dos palabras, no necesitaba más:

—Estás desesperado.

Gustavo se revolvió el pelo con la mano, resopló y confesó:

—Sé que no la merezco, que lo he hecho fatal, pero no quiero perderla. Y no sé qué hacer...

Pedro se detuvo unos instantes, se encogió de hombros y habló como si aquello fuera una obviedad:

—Es que no se trata de hacer...

—Y ¿de qué entonces? ¿Qué puedo hacer para que deje de odiarme? Tú sabes un montón sobre esto, no conozco a nadie que haya derribado tanta barrera, así que dime, por favor.

Pedro negó con la cabeza y respondió convencido:

—Yo no tengo idea de nada, creo que lo nuestro funcionó porque tuvimos agallas y nos lanzamos. No hay más trucos. En tu caso, no tengo ni idea.

Gustavo con la mirada encendida, y con más esperanzas si cabe todavía, ahora que conocía el secreto, replicó:

—Sí que tienes sí. Tú lo sabes todo. Y no te preocupes, ahora que conozco el secreto de las agallas, tengo un gran hilo por el que empezar a tirar...

—Mientras el hilo no acabe reventándote la cara...

—Qué va, qué va, va a ser todo con mucho respeto a sus espacios, a sus tiempos y a sus odios... Pero con arrestos, con todos los arrestos...

Capítulo 12

Los días siguieron pasando y así, entre rutinas, llegó el viernes sin que Bárbara volviera a hablar con Gustavo de nada más que de lo estrictamente profesional.

Además, su jefe tuvo el buen gusto de no pisar el bareto de la esquina, cosa que celebró, pues así no tuvo que preocuparse por sus... pezones.

Y es que cada vez que recordaba lo sucedido le entraba una vergüenza tremenda.

No entendía cómo sus pezones se disparaban con ese tío al que odiaba y con su prometido estaban siempre bien tranquilitos.

Claro que en las conversaciones con Alex con pantalla de por medio, era difícil generar momentos de química increíble como los que había tenido con los cuchicheos en el bar con ese diablo.

Aparte de que estaba el tema de la diferencia horaria, de que cada vez que conversaba con Alex le pillaba muerto de sueño: y así era difícil erotizarse.

Había una diferencia horaria de seis horas con Perth, de tal forma que cuando Bárbara llegaba a casa a las seis de la tarde, Alex ya estaba metido en la cama y la mayoría de las veces dormido.

Incluso los viernes, que acumulaba el cansancio de toda la semana, caía rendido...

Y ella lo entendía.

Sin embargo, ese viernes de primavera que hacía un sol increíble, y que estaba todo el mundo en la calle, tenía tantas ganas de... todo, que de regreso se metió en Zara, se compró un vestido lencero rosa de escote profundo, y una vez en casa se lo puso, se pintó los labios de un rojo subidísimo, se alborotó

más el pelo y lo llamó...

Y lo llamó...

Y lo llamó...

Y ya cuando la videollamada estaba a punto de cortarse, Alex descolgó y farfulló:

—Dime, dime...

Luego encendió la luz de la mesilla y Bárbara pudo comprobar que ese hombre tenía el aspecto, por su despeluche y porque tenía los ojos pegados, de llevar unas cuantas horas durmiendo.

—¡Madre mía, lo siento! —se excusó.

—Hoy me he metido en la cama a las nueve... Es que me han invitado unos compañeros a pescar y he puesto el despertado a las cuatro y media.

—Haberme avisado por Whatsapp y no te habría molestado...

—No pasa nada. Cuéntame, ¿qué tal tu día? —preguntó Alex, abriendo al fin los ojos y colocándose la almohada doblada detrás de la espalda.

—Bien, bien. Mucho trabajo, como siempre. Ya tenía ganas de que llegara el viernes y...

Alex se incorporó dejando al descubierto su pedazo de torso desnudo, ese que Bárbara se moría por volver a acariciar, a lamer, a besar...

Sin embargo, él ajeno a sus desvaríos, la interrumpió y terminó la frase diciendo:

—Ponerte el pijama y meterte en la cama, como yo...

¿El pijama? No, perdona, ella llevaba un vestido lencero, *sexy* y sugerente, con el que pensaba que ese tío iba a volverse loco de deseo.

Pero es que la maldita diferencia horaria jugaba esas malas pasadas, por eso no le dio importancia y dijo con voz sugerente, al tiempo que se colocaba un tirante:

—Mi idea era jugar un poquito antes...

Y pegó los brazos al cuerpo lo justo para marcar un buen canalillo...

Alex la miró, sonrió y, convencido de que estaba haciendo alusión a los juegos en línea a los que solía jugar con Lucas, repuso:

—Pues genial, así te entretienes y te desestresas de tanto curro. Yo a ver si duermo un poco más...

Bárbara pestañeó, mordiéndose los labios y sugirió:

—Pero yo solo quiero jugar contigo...

—No, cariño, tú ya sabes que a mí los juegos esos de marcianitos y demás: no me van. ¡Pásatelo bien con Lucas!

Bárbara le miró con el ceño fruncido y repuso detestando con todas sus fuerzas al maldito desfase horario:

—Yo no estoy hablando de marcianitos, estoy hablando de otra clase de juegos. ¡Te echo demasiado de menos, Alex! Tanto que me duele...

Más que dolerle tenía una desazón en la entrepierna que como juntara y cerrara los muslos más de tres veces: orgasmaba.

—Y yo, pero no queda nada... En poco más de tres semanas estaremos juntos.

Bárbara suspiró, se ahuecó la melena con ambas manos y reconoció:

—Ya, pero es que estoy...

—Impaciente, como yo que estoy contando los días...

Bárbara más que contar días estaba a punto de levantarse al cuarto de baño a por su We Vibe y pedirle a su prometido que se bajara la aplicación del vibrador para que le metiera caña desde Perth.

Si bien, en su lugar musitó acariciándose los labios con el dedo índice:

—Sí, impaciente y con unas ganas locas de besarte...

Alex se hizo un moño alto con una goma que tenía en la muñeca y a Bárbara se le encendió la mirada convencida de que por fin lo había pillado.

Nunca habían practicado el cibersexo, pero esa tarde ella tenía ganas de que

le dijera, de que la mirara, de tocarse como si sus manos fueran las suyas, de...

De nada, porque Alex le cortó el rollo de sopetón, diciendo:

—Ya nos besaremos pronto... Pero ahora me voy a dormir que el despertador me va a sonar en tres horas. ¡Buenas noches, churri!

Le lanzó un beso con la mano, apagó la luz de la mesilla y cortó la llamada dejando a Bárbara pensando que esa situación sí que era un jodido churri.

Un churri como un castillo de grande, porque ella estaba que ya no podía más...

Así que se levantó a por el vibrador, se metió en la cama con él, y cuando ya lo tenía perfectamente colocado, recordó la voz áspera y dura de su jefe susurrando:

—Antes no me decías eso...

Y lo peor fue que no solo recordó cómo sus labios rozaban su oreja, sino que empezó a fantasear con que le besaba en el cuello despacio hasta hacerla gemir.

Y gimió...

Y aunque sabía que no debía estar pensando en su jefe y que era de todo punto absurdo: siguió haciéndolo.

Puso el cacharro en moda ola y dejándose llevar por las sensaciones imaginó que ese diablo le bajaba los tirantes con la lengua, que le lamía despacio las clavículas y que por fin con los pechos al aire, le mordisqueaba implacable los pezones...

Madre mía.

Qué desastre.

Y volvió a gemir. Pero le dio lo mismo....

Se bajó los tirantes y dejó que la tela se deslizara por su pecho como si fueran las caricias de ese tío...

Y como ya estaba perdida, y no podía hacer nada para detener ese despropósito, se pellizcó los pezones mientras le imaginaba bajando a besos hasta su vientre para acabar con la lengua justo ahí.

Y ya con él entre sus piernas, solo pudo fantasear con que la devoraba entera como solo él sabía hacerlo.

Y eso fue ya el delirio...

Porque su jefe era lo peor, pero tenía una lengua que no iba a olvidar nunca en la vida.

Una lengua que sabía bien lo que hacía, tan certera y tan precisa, que se demoraba justo donde había que hacerlo y que se apresuraba solo cuando hacía falta.

Porque ese tío lo sabía todo sobre su cuerpo, no tenía ni el más mínimo secreto...

Y de recordarlo gimió otra vez...

Y ya sin apenas soportarlo más, encendida entera y a punto de estallar, puso el vibrador en modo ultra y al instante sucumbió a un orgasmo brutal, mientras gritaba el único nombre que tenía prohibido:

—Gustavo.

Jadeante, exhausta y saciada; se revolvió el pelo con la mano y al momento le sobrevino el arrepentimiento:

—¿Cómo puedo estar llamando a Gustavo?

Y sin querer apretó el botón *home* de su teléfono móvil, que lo tenía en la mano pues controlaba el vibrador con la aplicación que se había instalado, Siri lo tomó como una instrucción y llamó a Gustavo...

Capítulo 13

Gustavo dormitaba en el jardín cuando de repente su teléfono sonó y se despertó convencido de que era Lucas quien llamaba.

Su hijo había ido a un cumpleaños y habían quedado en que le llamaría para que fuera a recogerlo.

Si bien, cuál no fue su sorpresa cuando agarró el teléfono y comprobó que era Bárbara.

Muy nervioso, saltó de la hamaca, se peinó con una mano, se estiró la camiseta vieja que llevaba puesta para estar por casa y sonrió como un bobo, porque estaba que flotaba.

Bárbara le estaba llamando...

Es que no podía creerlo.

Descolgó, carraspeó y bastante ansioso, saludó:

—Hola, ¿qué tal?

Bárbara, que no entendía cómo Siri podía haberle hecho semejante cosa, al escuchar la voz de su jefe se asustó tanto que se le cayó el teléfono móvil de la mano sobre el cochón.

—Perdona, perdona...—balbuceó con tan mala fortuna que al coger el teléfono, de lo nerviosa que estaba, acabó activando la videocámara.

Y Gustavo, alucinando con que esa chica además de querer escucharlo quisiera verle el careto, aceptó la videollamada con el corazón latiéndole a mil.

Y al hacerlo se quedó fascinado cuando la vio tumbada, con los pechos al aire, los pelos revueltos y un relajo facial que cualquiera hubiera dicho que estaba recién orgasmada.

Pero él no, porque Gustavo bien sabía que lo último que haría esa diosa en una situación similar, sería llamarlo. Así que convencido de que lo requería para algo urgente que solo él podía resolver, preguntó como si fuera un teleoperador solícito:

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte?

Bárbara solo tuvo que mirarle la cara que tenía de entre pasmo y alucine para percatarse de que estaba con las tetas al aire.

Muy agobiada se subió el vestido, se tapó con un cojín gigante y le aclaró aplacándose los pelos con la mano:

—No me pasa nada. Ha sido una equivocación.

Gustavo sonrió porque estaba feliz de verla y no se le ocurrió nada mejor que replicar:

—Un acto fallido.

Bárbara negó con la cabeza y le pidió ansiosa por colgar, ya que conocía la clase de liante que era y encima tenía el vibrador puesto:

—Pues no. Un error sin más.

—Tu prometido se llama Alex, de la A a la G, hay unas cuantas letras —le recordó con guasa.

—Ya he hablado con él, está durmiendo. Mañana madruga porque se va a pescar y se ha acostado pronto. Y a todo esto: ¿qué hago contándote estas cosas?

—No sé. Y yo no quiero meter cizaña, pero ¡menuda vida te espera con ese tío que a las siete ya está roncando!

—Lo de la pesca es excepcional... De todas formas, el tema de la diferencia horaria es una lata.

Gustavo la miró a los ojos gatunos brillantes, a la boca de fresa que había besado tantas veces, a su cuello largo y al melenón salvaje y solo pudo decir la verdad:

—Para mí no lo sería, aunque no durmiera: elegiría siempre verte.

Bárbara se mordió los labios de la ansiedad y le pidió antes de que siguiera por esa línea:

—Sé bueno, anda. Lo has hecho muy bien durante toda la semana. Así que te ruego que sigas así.

Gustavo que solo de verla otra vez, ya estaba duro; le dijo con un tono de voz ronco:

—¿Lo dices porque solo hablamos de trabajo?

Bárbara al escuchar ese tono de voz áspero que le encantaba, se echó estúpidamente el pelo a un lado, dejando el cuello a la vista:

—Sí, claro.

—La procesión va por dentro —reconoció.

—Ya —masculló Bárbara, tragando saliva.

Gustavo sonrió al escuchar ese “ya” y aun a riesgo de que le mandara a la mierda, le preguntó:

—¿A ti también te pasa? ¿A veces piensas en mí?

Bárbara se puso rígida, apretó las piernas y se mordió los labios como si así pudiera evitar que se le escapara la verdad.

Pensaba tanto que acababa de tener un orgasmo brutal fantaseando con él...

No obstante, en su lugar dijo:

—Esas preguntas ya no tienen sentido.

Gustavo sin poder dejar de mirarla, con unas ganas infinitas de besarla, de arrebatarse el maldito cojín, arrancarle el vestido y de hacerle el amor hasta el día siguiente, inquirió:

—¿Y te puedo preguntar por qué estás metida con ese vestido tan *sexy* en la cama a las siete de la tarde?

Bárbara ahí sí que encontró precedente decir la verdad y respondió:

—Me lo he puesto para Alex.

Gustavo entonces sonrió divertido y no pudo evitar recordarle:

—Pero él ha preferido soñar con los angelitos.

—¡No enredes! Pobrecillo. Cuando le he llamado ya llevaba unas horas durmiendo.

—Pues a mí me llamas con ese vestido y aun estando muerto: resucito para hacerte lo que quieras.

Bárbara sonrió y, dando un manotazo al aire, repuso:

—¡Deja, deja!

—Hablo en serio. Si le has llamado para que te dijera que estás espectacular y que dan unas ganas horribles de bajarte los tirantes lentamente para liberar esos pezones tan duros: yo te lo digo.

—¡Qué pesado con los pezones! Y es imposible que me los veas a través del cojín.

—Pero los tienes duros. Te lo digo como un dato objetivo, sin más...

Bárbara se tapó la cara con la mano de la vergüenza y de la excitación, una mezcla de lo más extraña y le exigió:

—¡Olvídate de mis pezones!

—Vale, luego te la clavaría bien dentro, porque te imagino mojada y sin bragas.

Bárbara apartó la mano y, mirándole enojada y con una excitación absurda, le ordenó:

—¡Deja de decirme lo que harías y de suponer cosas raras!

—Acostarse sin bragas y mojada no es tan raro cuando te pones un vestido sugerente con la intención de tener cibersexo con tu novio el ventilador de túneles. Por cierto, ¿el tuyo qué tal lo ventila? ¿Es ducho con la lengua o trucho?

Bárbara estuvo a punto de soltar una carcajada, pero en su lugar exclamó:

—¡Ay por favor! Para...

—O sea que mal. Trucho total. Si fuera bueno haciendo lo suyo, tú sacarías pecho. Y no lo haces...

—Yo no hago esas cosas. Me da un pudor tremendo hablar de sexo.

—Conmigo no te daba. ¿Yo sabes qué haría si estuviera en Australia? Te diría que te pusieras el cacharrín ese que tienes en el cuarto de baño.

—El gorro de ducha —bromeó Bárbara.

—El vibrador que tu madre encontró en el cajón de las bragas, por eso ahora lo escondes en el armario del cuarto del baño. ¿Te acuerdas? Tú le aseguraste que era un calzador... Luego tu madre te miró con compasión y te preguntó: ¿por qué no te vas a vivir con tu jefe y te dejas de artefactos?

—Y tenía razón...

—Sí, pero tú amas a tu cacharrín... Jamás renunciarás a él. Te gusta que te lo hagan con él puesto. Por lo menos conmigo te gustaba así...

Y tanto que le gustaba, que de solo recordarlo le sucedió algo de lo más irracional y absurdo.

Y es que la mano no solo se le fue hasta el vibrador de una forma instintiva y ridícula, sino que lo activó y encima estando en el modo ultra. Si bien, con todo, hizo esfuerzos titánicos para que su jefe no se percatara de que estaba a punto de correrse otra vez:

—No hablo del cacharro, hablo de vivir contigo... —Pero disimular con eso puesto era imposible—: ¡Oh, Dios mío! —musitó derretida de placer, mordiéndose los labios y al borde del orgasmo.

Y Gustavo al verla gemir de esa manera, solo tuvo que sumar dos y dos:

—¡Ay madre! Que lo tienes puesto. ¡Yo conozco bien esa cara! Entonces tú me has llamado para que te erotice porque en el fondo...

Y antes de que pudiera terminar la frase, Bárbara le colgó y se corrió gritando otra vez, desesperada...

Capítulo 14

Al día siguiente, Bárbara quedó para cenar con Óscar en Maldeamores, porque tenía algo que contarle y también se apuntó Laura.

Ellas dos llegaron antes y, mientras esperaban a Óscar, Bárbara aprovechó para contarle lo que le había pasado la tarde anterior con su jefe:

—Fue lo más patético que me ha pasado jamás, te lo cuento antes de que llegue este y se parta de risa mí.

—Sí, pues como te cuente yo lo mío de anoche... Dudo que lo tuyo sea más patético —comentó Laura poniendo una cara de bochorno tremenda.

—Esto es insuperable. Te lo digo yo... Verás... Me dio por comprarme un vestido lencero en Zara para sorprender a Alex, me lo puse y le llamé...

—Y se quedó muerto de la impresión.

—Estaba frito porque al día siguiente había quedado muy pronto para ir a pescar. Pero yo estaba con la sangre demasiado alterada por la primavera o qué sé yo, y le dije que me apetecía jugar...

—¿Y jugaste? —preguntó Laura expectante.

—¡Qué va! El tío creía además que me estaba refiriendo a los juegos de marcianitos, como los llama él. No pasó nada, nos despedimos y yo estaba tan mal que tuve que apañarme a solas... con tal mala fortuna que mi mente me jugó una mala pasada y me puse a fantasear con que lo hacía con Gustavo.

—La mente es muy cabrona, tía. Yo también me autoengaño diciéndome que Rufus tampoco es tan importante y me corro farfullando su nombre. Es horrible.

—Uf. No me hables de nombres, que yo pronuncié el suyo también, pero lamentándome: “¡Qué hago llamando a Gustavo!”. Y Siri lo tomó como una

instrucción y llamó a Gustavo...

Laura, sin dar crédito, se llevó la mano a la boca y dijo:

—No...

—Sí, y yo estaba recién orgasmada, con los pelos revueltos, las tetas al aire y el vibrador puesto.

—¡Ay mi madre!

—Me tapé, me estuvo vacilando un rato, pero luego otra vez mi mente cabrona me asaltó con miles de imágenes tórridas, más la voz *sexy* del otro cabrón de fondo, que me pone perraca con solo hablar... Total que se me fue la mano, activé el vibrador y por poco no me corro delante de él. Tuve que cortar la llamada, mientras el muy cerdo me preguntaba que si le había llamado para que me erotizara... ¡Menos mal que después de que eso tuvo el buen gusto de no volverme a llamar! Y si me dice algo el lunes, le quitaré importancia... Le diré que la llamada se cortó y ya está.

—Sí, pero que te corras con solo escucharlo debe tener alguna importancia... —sugirió Laura.

Bárbara dio un sorbo a la cerveza que un camarero acababa de traerle y dijo rotunda:

—En absoluto. La imaginación es libre. Cada uno fantasea con lo que le da la gana...

—Pero es que con lo que tú fantaseas está enamorado de ti, como tú también lo estabas de él hasta hace unos meses.

Bárbara sonrió porque tenía la réplica perfecta, no en vano era como un mantra que llevaba desde la noche anterior repitiéndose:

—Sí, pero ya no... Ya solo me pone y soy lo suficientemente madura como para no confundir sexo con amor.

—¡Jo pues qué suerte! Porque yo tengo un lío... Me encantaría que con Rufus solo tuviera ganas de follar, pero es que también me apetece decirle que

se venga un *finde* y llevármelo a ver la puesta de sol en el Retiro. ¡Qué mal, por favor! Yo no quiero enamorarme...

—Pero es que eso no se decide: te enamoras y ya está.

Laura que estaba muy ansiosa, se recogió el pelo en una coleta y bajando la voz, contó:

—Uf. Si te cuento lo último: anoche me llamó, estuvimos hablando, todo muy bien, luego cogió la guitarra, se puso a cantarme boleros y ahí mi abuela no pudo más y decidió salir del armario. Se puso a aplaudir como una loca y luego se presentó: “¡Hola, soy Saturia!”.

Bárbara se echó a reír y habló sin darle importancia:

—Yo pensé que ibas a contarme otra cosa...

—Tía, ¡qué vergüenza! Para justificarme le dije que mi abuela era mi mejor amiga y ella me quitó el teléfono de la mano y se puso a hablar directamente con él. Si no morí en ese justo instante, ya sé que no voy a morirme nunca. Lo pasé fatal...

Bárbara muerta de risa, le preguntó a su amiga que estaba angustiada perdida:

—¡Qué exagerada! Seguro que fue una conversación de lo más entrañable.

—Sí, superentrañable, mi abuela parecía que se había bebido un suero de la verdad y empezó a desembuchar sin parar: le contó que yo había empezado tres carreras y que no había terminado ninguna, que he hecho miles de cursos que no sirven para nada, hasta que ella tuvo la brillante idea de pagarme el de higienista y desde entonces tengo un trabajo estable. Que soy una chica buena, trabajadora y honrada pero que he tenido muy mala suerte en el amor. Que solo he dado con cobardes que salen huyendo, pero que ella sabe que él es diferente. Que tiene cara de buena persona y de ser un hombre con cojones...

—Jajajajajajajajajaja.

—Sí, sí. Eso le dijo, tal cual. Y luego le pidió que dejara de hacer el

trovador y que se viniera para acá echando leches. Textual... Y que por ella que no nos preocupemos que está loca por marcharse al pueblo. Así que arreando... Y le colgó.

—Jajajajajaja. Perdona pero es que no puedo parar de reír... Y ya no puedes hacer nada: tu abuela le ha ordenado que venga.

—Tengo que hablar con él, debo disuadirle de su empeño. No estoy preparada de verdad... Yo entiendo que mi abuela me quiera ver recogida, es cierto que está loca por irse al pueblo y que le gustaría dejarme emparejada, pero no, que yo no he nacido para tener pareja estable... No valgo. No es lo mío. No, yo lo sé. Lo sé...

Y justo en ese instante apareció Óscar que venía con una sonrisa enorme, destilando pura felicidad. Luego, se saludaron y en cuanto él se sentó frente a ellas se excusó:

—Disculpad por la demora, es que he discutido con Pedro justo antes de salir por algo que ni recuerdo y he terminado de rodillas comiéndosela con devoción. Así somos... Creo que peleamos para follar con más ganas. No sé. El caso que ya estoy aquí... Y es que, Barbi, tengo que contarte algo que te va a dejar patidifusa.

Bárbara frunció el ceño y, temiéndose lo peor, preguntó:

—¿Es sobre nuestro jefe?

—Pedro me lo contó anoche, como es tan reservado... Ha estado con eso dentro todos estos días, el caso es que cuando se quedaron rezagados cuando salíamos de almorzar en el bareto de la esquina, Gustavo le confesó que no quiere perderte y le preguntó que qué podía hacer.

Bárbara resopló y, negando con la cabeza, afirmó:

—Nada.

—Con lo que te ha molado a ti ese tío... ¿Tú crees que nada? —le preguntó Óscar—. Porque Pedro le dijo que lo único que sabía era que lo nuestro había

funcionado porque decidimos tener agallas y lanzarnos... Y a Gustavo como que se le iluminó una bombilla y le dijo que iba a aplicarse a fondo contigo, y con arrestos, con muchos arrestos. Así que prepárate que este va a por todas...

—Pues no sé, porque esta semana no ha hecho ninguna sandez... Vamos, que solo nos hemos dirigido la palabra para temas del trabajo. Así que no sé, como siga aplicándose así... Pero te advierto que mejor porque no quiero nada con él.

—No quiere nada con él, pero es el protagonista absoluto de sus fantasías más guarras —se chivó Laura.

—Eso me pasaba a mí con Pedro... Follaba con unos y con otros, pero siempre pensando en su boca, en sus labios, en su pollón sabio y experto... Y perdón por el palabro, pero no es una ordinariez, es una verdad. Así que ojito con quien fantaseas porque es muy revelador —le advirtió Óscar, apuntándola con el dedo índice.

—Lo tengo todo muy claro. En mi caso lo nuestro es puramente sexual, piel, química... Pero no es amor... —reconoció Bárbara, convencida.

—Tía, si hace unos meses le habrías dado hasta un riñón...

—Y ahora también, pero que no... Que entre nosotros ya no puede haber nada...

Capítulo 15

Después de la cena, se fueron al Delirio Dance Club donde les estaba esperando Pedro, y allí estuvieron bailando y dándolo todo, hasta que a eso de las dos de la mañana, Laura le pidió a Bárbara cuando fueron al cuarto de baño:

—No puedo dejar de pensar en Rufus, en Belfast son la una de la mañana. Debe estar cerrando el bareto... ¿Te importaría que nos fuéramos a tu casa para poder hablar tranquilamente con él? Es que en mi casa con mi abuela es imposible... Y en el teléfono móvil ya no tengo datos —reconoció Laura mientras se retocaba los labios.

—Sin problemas... Si quieres te dejo mi teléfono y le llamas desde aquí.

—Prefiero en tu casa, tranquilita. Sin gente revoloteando ni música de fondo que me distraiga de lo que quiero decirle. ¡Qué agonía, es que no me lo quito de la cabeza!

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en Gustavo, cada maldita canción que suena me trae un recuerdo con él... —confesó Bárbara mientras se ataba el cordón de las zapatillas con plataforma.

Después de lo que le había sucedido con el vestido *sexy*, esa noche había decidido apostar por un estilismo de lo más recatado: traje de chaqueta verde pastel y las Falcon.

Así evitaba cualquier tentación de la carne... y que luego Siri se pusiera a llamarle por su cuenta.

—Es que tú has vivido demasiadas cosas con él —le recordó Laura.

Bárbara tras acabar de atarse la zapatilla se levantó y replicó:

—Muchísimas, pero supongo que llegará un día en que lograré sacarme toda

esta mierda de la cabeza.

—Habéis vivido momentos muy bonitos, tampoco te pases...

—No me aporta nada ya, es pura basura mental que no me deja disfrutar del momento. Con lo a gusto que estaría yo bailando sin acordarme de él...

Laura guardó la barra de labios en el minibolso y confesó con un mohín de aflicción:

—Yo no puedo disfrutar tampoco con la que tengo encima... Con lo que yo era y con lo bien que me queda este vestido amarillo de flecos. ¡No hay derecho! Yo tendría que estar ligando con la *drag* de dos metros que se nos ha puesto al lado y no aquí pensando en Rufus. ¡No me soporto!

Bárbara se encogió de hombros y se atrevió a sugerirle:

—A lo mejor es que te has enamorado de él. Tampoco sería tan grave...

—Y a lo mejor es que tú estás enamorada de Gustavo, cosa que tampoco sería una tragedia.

—¡No qué va! Anda, vamos a casa, antes de que sigas desvariando...

Las chicas se despidieron de sus amigos y se fueron andando a hasta la Gran Vía, donde vivía Bárbara...

Una vez en su casa, Laura volvió a retocarse en el cuarto de baño, se planchó los flecos del vestido con la mano y luego salió al salón donde estaba su amiga para preguntarle:

—¿Cómo estoy?

—Tan espectacular que le va a faltar tiempo para meterse en Ryanair y cogerse el primer vuelo a Madrid.

—¡Qué exagerada! Soy una chica del montón. Ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, ni guapa ni fea, ni rubia ni morena...

—Cuéntale eso a otra, que yo he salido unas cuantas noches contigo...

—Siempre he tenido mi público, pero vamos... como todo el mundo.

Bárbara se levantó del sofá, cogió el Kindle Paperwhite que tenía sobre la

mesa del comedor y le dijo risueña:

—Me voy a leer a mi dormitorio, te dejo sola para que le llames de una vez. Y dile que venga pronto que me muero por conocerlo...

—¡Calla, por favor, no me pongas más ansiosa! Lo que no puede ser, no puede ser... Y ya está. Bueno, voy a llamarle: deséame suerte.

—¿Para qué? Es que no me entero muy bien, te pones toda *sexy* para llamarlo, pero lo que quieres es que no venga...

—Exacto. Eso es. A ver, él me gusta pero necesito suerte para que entienda que esto no puede ser.

—Estás *pallá*, querida amiga.

—Pues anda que tú... ¿O te recuerdo lo que te pasó ayer con cierto tío y cierto vibrador?

—Tranquila que no me va a pasar más. Si quieres algo, estoy en mi cuarto. ¡Mucha suerte, espero conocer a Rufus muy pronto! Jojojojojo.

Bárbara se marchó muerta de risa y Laura que estaba tan nerviosa que casi ni podía respirar, tras darse un último repasito a su aspecto con la cámara del teléfono, lo llamó...

Y como siempre, solo tuvo que esperar dos tonos para que Rufus descolgara con una sonrisa enorme:

—¡Estaba pensando en ti! Qué novedad, si no dejo de hacerlo...

Laura en cuanto le vio se puso mala, malísima, porque ese hombre no podía estar más bueno, con esos ojos verdes que la volvían loca, esos morros que estaba ansiosa por comerse otra vez y ese pedazo de cuerpo tatuado al que todo le sentaba bien...

—¡Qué guapo estás! ¡Joder, qué cabrón! —exclamó impresionada.

—¡Tú sí que estás guapa! ¿Dónde estás?

—En casa de Bárbara. Es que quiero hablar contigo sin que escuche mi abuela.

—Me encantó conocerla. ¿Por qué no me dijiste que Satura era tu abuela? Soy muy familiar, adoro a las abuelas...

—Tonterías mías. No sé. Queda como más guay decir que vivo con una amiga. Y la verdad es que lo es... Me llevo genial con ella, pero está chalada...

—La encontré muy lúcida y muy guapa, como la nieta.

Laura se revolvió en el asiento, se echó un mechón de pelo a un lado y dijo:

—Gracias, gracias. Pero no la hagas ni caso cuando te pidió que vinieras y tal... Lo mejor es que sigas en Belfast, porque a ver ¿qué pintas tú aquí en Madrid? Nada... Absolutamente nada.

Rufus que estaba como hipnotizado y, no podía dejar de mirarla, dijo:

—Te queda muy bien ese vestido, qué ganas de quitártelo.

—¡Yo sí que te lo quitaba todo!

—Me lo vas a quitar muy pronto.

Laura se mordió los labios y preguntó más ansiosa que nunca:

—¿Y eso? ¿Acaso no has escuchado lo que acabo de decirte? Que donde esté Belfast que se quite Madrid... ¡Por favor! Esto es un caos, el tráfico, la contaminación, los... los... eh... pues... los baldosines: es una ciudad horrible para llevar tacones.

—Genial, entonces siempre iré plano.

—Uf. De verdad qué mal lo hago... Entonces, ¿te vienes?

—Adoro tu país, veraneo en Mallorca desde los tres años, he trabajado en Ibiza seis veranos, hablo perfectamente español, estoy hasta el gorro de la lluvia, he encontrado trabajo en Madrid y lo más importante: estoy enamorado de ti.

Laura tragó saliva, suspiró y luego farfulló temblando entera:

—¡Madre mía!

—Tu abuela nos tiene calados y tiene toda la razón. Tú eres maravillosa y

yo no soy como los otros, yo no me voy a ir.

—No, si a lo mejor se iban porque yo lo provocaba... ¡Qué sé yo! Me gusta dejar las cosas a medias... Ya te contó mi abuela que empecé varias carreras...

—Pero encontraste tu camino como higienista dental.

—Sí, bueno, pero me atrae demasiado lo que termina fatal. ¿Por qué te crees que viajé a Belfast? Pues para conocer el Museo del Titanic que era uno de los sueños de mi vida.

—Fuiste a Belfast para conocerme. Estaba escrito en alguna parte...

—No creo en el destino. Y de verdad que no estoy hecha para vivir en pareja...

Rufus se puso triste, tanto que a Laura le dio una pena tremenda verlo así, y luego preguntó:

—¿Me estás pidiendo que lo dejemos?

—No paro de pensar en ti a todas horas, me gustas demasiado... No podría estar con nadie, porque no puedo sacarte de mi cabeza.

—Ni yo... —musitó Rufus, emocionado.

—Pero es que no quiero que dejes tu vida en Belfast para venirte a vivir conmigo... Tengo miedo a que todo salga mal y a arruinarte la vida...

—Yo lo único que sé es que no puedo estar ni un día más sin ti. Y si lo que te agobia es lo de irnos a vivir juntos, puedo quedarme un tiempo en casa del amigo de mi amigo. Dice que tiene un sofá estupendo...

—¿Cómo vas a estar durmiendo en un sofá?

—Duermo en cualquier parte, no sería ningún problema. Y podríamos tener un noviazgo a la antigua hasta que perdieras el miedo. Tendríamos que hacerlo en sitios raros y tal... Tiene también su punto.

—Lo de hacerlo en sitios extraños me gusta. Pero es que tampoco se trata de miedo, es más bien que no valgo para estar en pareja —insistió Laura.

Pero Rufus no pensaba tirar la toalla...

—¿Tú te imaginas despertando a mi lado, que te diga buenos días y te haga el amor?

—Claro que me lo imagino, pero la vida en pareja es pagar facturas, lavar platos, cenar sándwiches con sobres de pavo caducado, pelearse por quién baja la basura y acumular rencores.

—Menos mal que te dejaron todos esos novios, porque chica si tu vida en pareja fue eso: ¡vaya birria de relaciones que tuviste!

—Antes de que todo se estropee: prefiero quedarme con esto. Es bonito y romántico. Y nos lo pasamos muy bien... Yo estoy feliz con lo que tenemos.

—Pero no podemos pasarnos la vida entera con una relación virtual. Yo ya no aguanto más y tengo la posibilidad de empezar a trabajar ya mismo en Madrid. ¿Para qué hacerlo más largo?

Laura puso una cara de pánico tremenda y confesó llevándose la mano a la boca de los nervios:

—Lo siento pero tengo una tendencia natural hacia la tragedia, y solo puedo pensar en que va a salir mal, que aquí no conoces más que al amigo de un amigo, que la ciudad te va a poder, que lo nuestro...

—¡Para, por favor! Soy un tío sociable, si no me he muerto de asco en Belfast con este tiempo de mierda: tranquila que no lo voy a hacer en Madrid. Y en cuanto a nosotros...

—No te convengo. Y todo esto te lo digo por tu bien: no quiero que sufras.

—Pues si no quieres que sufra, relájate y deja que las cosas fluyan. Si al final te va a gustar, ya verás...

Laura hiperventilando, de solo pensar que en una semana iba a plantarse en Madrid, preguntó:

—¿Entonces te vienes? ¿No puedo hacer nada para disuadirte?

—Pues no. Y si pones esos morritos, menos.

Rufus entonces cogió la guitarra que tenía detrás del mostrador y empezaron a sonar los acordes de...

—¿Esa no es la “Déjate Querer” de Sebastián Yatra, Lalo Ebratt y Yera?

Y Rufus empezó a cantar:

—*Te veo en todas partes, secuestraste mis sueños... Ya no aguanto un día más si no te tengoooooooooo.*

Laura se echó a reír y luego insistió...

—Yo me muero por verte pero es que lo otro, lo que viene después... Lo de ser pareja y todo lo demás... Me da una fatiga horrible.

—Pues somos otra cosa, ponle el nombre que quieras.

—Ni que eso nos fuera a librar de ir a Carrefour los sábados por la tarde.

—Me encanta ir al supermercado. Por eso no sufras, que voy a la compra yo. Además me relaja muchísimo fregar platos, bajar la basura y pagar facturas... A mí no me des spas, dame todo eso...

—Sí, seguro que sí.

—Qué sí, mujer. ¡Ah, y que sepas que no soy rencoroso! Yo no acumulo más que ganas que ganas de follarte locamente. Así que tranquila, que si Dios quiere, el sábado que viene a estas horas vamos a estar juntos... Y el domingo: a misa para dar gracias.

—¡Tú estás muy mal! —exclamó llevándose la mano al vientre.

Y de nuevo le dio a la guitarra:

—*Tus amigas ya me dijeron que tienes ganas...*

—Ganas las tengo todas...

—Y por lo de después, tú no te preocupes: que ya lo vamos hablando...

Capítulo 16

Llegó el lunes y Bárbara se pasó todo el día evitando a su jefe, y más después de lo que había ocurrido con la videollamada.

Solo quería que pasara el tiempo lo más rápido posible y por supuesto olvidar para siempre ese incidente estúpido.

Pero la cosa estaba complicada...

Más que nada porque, a última hora de la tarde, se tuvo que plantar en el despacho de su jefe para exigirle que dejara de ir contando a los pacientes que se iba a Australia en breve.

Bárbara había preferido optar por la discreción, por no decir nada, para ahorrarse escenas como las que llevaba soportando desde que al largón de su jefe le había dado por contarle a todo el mundo que se iba.

Y la voz se estaba corriendo tan rápido, que raro era el paciente que no le preguntaba con pena por su partida...

Así que cuando todo el mundo se marchó, aprovechó para llamar a la puerta del despacho de su jefe, abrirla y preguntar:

—¿Te importaría que te comentara algo urgente?

Gustavo que estaba respondiendo a un correo electrónico de su gestor, levantó la vista de la computadora, le miró embobado y respondió:

—Lo que quieras.

Bárbara pasó, cerró la puerta y le dijo mientras se dirigía hacia su mesa:

—No pongas esa cara de memo, que vengo a echarte la bronca. ¡No te hagas ilusiones!

—Siempre me las hago. De un tiempo a esta parte: soy un iluso.

—Sé lo que te dé la gana, yo a lo que vengo es a exigirte que no vayas

contando a los pacientes que dejó la clínica, porque algunos se me han puesto hasta a llorar. Tenías que haber visto hace un rato a Yolanda Paredes llorando a moco tendido porque me voy... Me miraba muerta de tristeza y me preguntaba: “¿Y ahora quién me va a quitar los *brackets*?”.

—Todos nos vamos a quedar muertos de tristeza.

Gustavo se levantó, se paró frente a ella, y la miró compungido:

—No quiero más escenas como estas. Así que te ruego que seas discreto, porque obviamente se están enterando por ti —le exigió Bárbara.

—La abuela de Yolanda estuvo el otro día y me preguntó que qué me pasaba que me notaba tristón. Le tuve que decir la verdad... Y supongo que se lo habrá contado a la nieta.

—Sí, pero es que no solo son los Paredes los que lo saben... Hay muchas más familias...

—Es lo que tiene esto de las clínicas dentales... Atendemos a sagas familiares enteras, se lo dices a uno y al momento lo saben cincuenta. Pero yo no tengo culpa de que no pueda fingir, de que mi cara sea un poema, de que mis ojos sean el espejo de mi alma triste. Y como me preguntan porque mis pacientes me quieren y se preocupan por mí: yo contesto.

—Pues a partir de ahora, si te preguntan invéntate algo.

—Lo voy a tener difícil para inventar algo que me produzca tanta pena.

Bárbara entonces cayó en la cuenta de que su jefe tal vez estaba contando a todo el mundo que se marchaba, como mera estrategia, como una parte del maquiavélico plan, que según Óscar, había urdido para retenerla.

—Si piensas que haciendo esto vas a evitar que me vaya a Perth: estás muy equivocado. Adoro a mis pacientes, pero mi vida está a punto de empezar en otra parte.

Gustavo se acercó más a ella, y no pudo evitar recordarle:

—Sí, pero el viernes te corríste de solo escucharme...

Bárbara intentando mantener el tipo, replicó desafiándole con la mirada:

—Lo del viernes fue una equivocación. Ya te lo dije. Y al final se cortó la llamada...

—Tenías una cara, hija mía, que no daba lugar a equívocos. Y te salvé la tarde, porque el otro mira que quedarse frito cuando te habías tomado la molestia de ponerte un modelito para él. Pero bueno, lo disfruté yo... Todavía estoy en *shock* con la visión de tu pelazo cayendo en cascada sobre tus pechos desnudos. Es una imagen que no me puedo sacar de la cabeza...

Bárbara negó con la cabeza, se cruzó de brazos y le advirtió:

—No me interesa nada de lo que me estás contando, la verdad.

—Lo siento. La sinceridad me pierde, también te contaría que después de colgar tuve que masturbarme porque ante semejante visión me puse malísimo. Pero tranquila que no voy a decir nada más...

—Lo que pasó el viernes fue un despropósito que no se va a volver a repetir. Y ya me marchó...

Gustavo se quedó mirando a los ojos gatunos de esa mujer a la que deseaba como jamás había deseado a nadie y no dijo nada, solo le clavó la mirada con tal intensidad que Bárbara sintió un estremecimiento por el que tuvo que reprenderle:

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Bárbara descruzando los brazos.

—¿Qué hago? ¡No sé de qué hablas! —replicó sin dejar de mirarla de esa forma.

—De que dejes de mirarme así, tan fijamente, como si quisieras leerme por dentro.

Gustavo se acercó un poco más a ella, y ya estaban tan cerca que percibía su perfume y su aliento, y confesó en su tono áspero y ronco:

—No puedo.

Bárbara cerró los ojos porque se estaba poniendo tan mal que sentía que le

faltaba el aire; por eso le suplicó:

—No me hables así tampoco...

—No puedo mirarte, no puedo hablarte... ¿Dime entonces qué es lo que puedo hacer? ¿Besarte?

Bárbara abrió los ojos, miró a los labios de ese tío que besaba como nadie y repuso:

—Óscar ya me advirtió de que ibas a intentarlo todo...

Gustavo sin dejar de mirarla, se encogió de hombros y siguió diciendo la verdad:

—Es que te quiero.

Bárbara, hiperventilando, y con unas ganas absurdas de que la cogiera por la cintura y la estrechara contra su cuerpo, preguntó con un hilillo de voz:

—¿Qué?

—Que te quiero.

Bárbara se mordió los labios, un poco mareada, y le soltó con rabia:

—Decirme esto ahora es una canallada.

—Perdóname, pero siento que tengo que decírtelo. Aunque me odies...

Bárbara le miró enojada y añadió para que lo tuviera en cuenta:

—Te odio y mucho... No me puedes estar haciendo esto, cuando me he pasado años deseando escuchar un maldito te quiero de tus labios.

Bárbara entonces con unas ganas horribles de llorar de puro cabreo, volvió a fijar la vista en los labios de ese tío que detestaba con todas sus fuerzas y que tuvo la desfachatez de decirle de nuevo:

—Te quiero.

Y a Bárbara, solo para que se callara de una vez, no se le ocurrió nada mejor que acercar los labios a los de él y besarle con furia.

—¡Cállate! —le exigió después, con los labios pegados a los de Gustavo.

Y entonces le agarró por el cuello y volvió a besarle con más rabia, con más

fuerza, con más ganas y con más...lengua.

Porque él entreabrió los labios, la cogió por las caderas, la estrechó contra él y el beso se hizo mucho más intenso y más húmedo.

Se devoraron las bocas, se mordieron, se lamieron, volvieron a besarse, las lenguas se enredaron y se revolvieron los pelos, mientras Bárbara no dejaba de sentir la dureza de ese tío pegada a su cuerpo.

—Sigue callándome porque tengo demasiados te quiero dentro... —le pidió él, tras separarse un instante, casi sin aliento.

Bárbara le miró y volvió a besarlo de un modo tan desesperado y salvaje que Gustavo se puso más duro todavía:

—Te odio, te odio y te odio... —musitó Bárbara después del beso, frotándose contra la dureza de este tío que iba a volverla loca de remate.

Gustavo descendió con las manos desde la espalda hasta las nalgas de Bárbara, la apretó más fuerte contra él, ella gimió y él la besó hasta dejarla otra vez sin aliento.

Después, Gustavo se apartó un poco de ella, la miró a los ojos que le brillaban como nunca y no dijo nada esta vez.

Hizo algo peor...

La besó para que no le quedara ninguna duda de que estaba diciendo la verdad...

Y ese beso a Bárbara ya sí que la desestabilizó tanto que salió huyendo de allí, antes de que aquello se le fuera totalmente de las manos.

Capítulo 17

Ya en casa, Bárbara decidió relajarse con un baño de espuma para no pensar en nada.

Porque no quería pensar.

Ni sentir.

Sin embargo, se metió en la bañera y al momento le asaltaron las imágenes de ese canalla besándola como nadie.

Besos que aún podía sentir en sus labios...

Labios que acarició con los dedos, no sabía bien si para borrar tanto beso o si para fijarlos para siempre.

Se estaba volviendo loca, pensó.

Y además, estaba tan excitada que deslizó la mano hasta el pubis, y se acarició imaginando que sus dedos eran la lengua de ese tío que la había puesto de esa forma.

Luego, recordó su dureza, contra la que se había frotado, y fantaseó con que la sentía muy dentro.

Y por todas partes...

En su boca, en su sexo, en su...

En su nada...

Porque sonó el teléfono y sabía perfectamente que era Alex.

Tenía que haberle llamado nada más llegar a casa y seguro que ya estaba impaciente por darle las buenas noches.

Así que salió de la bañera, se puso un albornoz y zapatillas y fue hasta el salón donde estaba el teléfono:

—¡Buenas noches, cariño! Perdona que no te haya llamado antes, es que he

salido muy... contracturada del trabajo y me he tenido que dar un baño —se excusó Bárbara, mientras se tapaba bien los pechos para que no se diera cuenta de que tenía los pezones disparados de la excitación que tenía encima.

—Vaya, lo siento.

—Es del estrés. Pero estoy bien.

—Genial. Yo es que estoy muerto de cansancio. Me acosté en cuanto llegué a las ocho y media y me he puesto la alarma ahora para darte las buenas noches.

—Descansa, entonces. Y no haberme llamado...

—Solo quería saber cómo te había ido el día. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Tan bien que estaba a punto de hacerse una paja fantaseando con su jefe al que hacía un rato acababa de besar como si no hubiera un mañana.

Pero todo bien...

Porque al fin y al cabo era todo puro deseo, química, atracción y nada más.

Por unos cuantos besos no iba a cambiar sus planes...

Y menos por unos te quiero que llegaban demasiado tarde.

No.

No pensaba poner su vida del revés porque el cretino de su jefe tuviera al fin arrestos para decirle que la amaba.

O porque besara de vicio, como nadie, como para morir ahí mismo.

Ella iba a seguir con su hoja de ruta y por supuesto que no iba a contarle a nadie lo que había sucedido esa tarde en el despacho de ese ser al que odiaba con todas sus fuerzas.

Y mucho menos a Alex que no se merecía que le preocupara por algo que no había significado nada.

En su lugar lo miró con cariño, sonrió sin sentirse siquiera culpable, por eso: porque no había pasado nada. Y él le devolvió la sonrisa y dijo:

—Entonces, me quedo tranquilo. Un besito, mi amor. Mañana te llamo pronto, a la hora de mi almuerzo como siempre. Y hablamos. Te quiero.

Bárbara le lanzó un beso y se despidió también:

—Te quiero, guapo. ¡Hasta mañana!

Y colgó convencida de que estaba todo bien y de que se iba a llevar a la tumba el secreto de esos besos absurdos en el despacho con su jefe.

Lo tenía todo bajo control...

Y, como si hubiera recuperado de pronto la cordura, en ese mismo instante se prometió a sí misma que esa había sido la última vez que lo besaba.

Incluso que era la última vez que fantaseaba con él.

Con sus caricias, con sus besos, con su lengua y con todo...

Se acabó.

Ya nunca más.

Y por supuesto que ella era una mujer de palabra.

O eso creía...

Porque llegó la noche y soñó con que su jefe no solo la besaba como la había besado en el despacho, sino que le subía el vestido, le rompía la ropa interior y caía de rodillas frente a ella para devorarla entera.

Después, él se lo quitó todo, la cogió en brazos, ella rodeó su cuerpo fuerte y duro con las piernas y así la empotró contra la pared del fondo clavándose muy dentro.

Y era tan bueno, ese tío lo hacía tan bien, follaban con tanta desesperación, que sintió que sucumbía a un orgasmo feroz.

Y lo hizo...

Porque se despertó a eso de las cuatro de la mañana con un cojín entre las piernas y fuertes contracciones orgásmicas.

Pero solo era un sueño, pensó. Nada más que un sueño...

Y estaba segura de que no iba a volverse a repetir.

Y si se repetía tampoco tenía la menor importancia.

Porque no la tenía, ese tío ya no estaba en su corazón y poco a poco lo acabaría arrancando de su mente.

No podía ser de otra manera.

Y con esa convicción, dejó que siguieran pasando los días, evitando a su jefe, por supuesto, y guardándose el secreto de esos besos que no iban a volver a repetirse jamás.

O eso pensaba.

Porque llegó el viernes y con él otra vez el frío y la lluvia...

Después de unos días soleados y casi veraniegos, que habían empujado a Bárbara a ese vestido lencero con el que la había liado parda, le tocaba volver al jersey de cuello vuelto, al abrigo y a las botas de agua.

Y casi que lo celebró porque así evitaba que se le fuera la pinza y acabara haciendo tonterías como las del viernes pasado.

Por lo que mejor que hiciera un frío que pelaba y lloviera a cántaros, pues así se iba derechita a casa a hablar con su prometido tan ricamente.

Sin embargo, justo cuando salía con su automóvil del aparcamiento que estaba a la vuelta de la clínica, se percató de que su jefe esperaba en la esquina a que el semáforo se abriera, en mangas de camisa, sin paraguas y ya medio calado por la lluvia.

Y le dio tal pena verlo que, aunque se merecía que diera un buen acelerón, y le pusiera perdido con el agua sucísima del charcazo que tenía a sus pies, se detuvo lentamente a su lado, bajó la ventana y le dijo:

—Te vas a coger una pulmonía. ¿A dónde vas?

A Gustavo le dio un vuelco al corazón al verla, después de lo del beso no habían podido estar más distantes y tenía una pena que ya no podía con ella.

Por lo que dio gracias a la lluvia, al frío y a su padre al que le había prestado el coche para que llevara a Lucas a pasar el fin de semana con sus

primos en Riaza, porque de alguna manera habían propiciado ese acercamiento y respondió:

—Me voy a casa. Estoy sin coche, mi padre tiene el suyo en el taller y yo le he prestado el mío para que lleve a Lucas a Riaza con los primos. No pasa ni un taxi, iba a llamar a un Cabify pero tengo el teléfono sin batería, así que me voy al metro...

La boca de metro más cercana estaba a diez minutos caminando, y llovía cada vez más fuerte... Por lo que Bárbara le pidió en un tono que no admitía réplica:

—Sube, que te llevo.

Gustavo que se moría por subir al coche, y no por librarse de la lluvia y del frío precisamente, disimuló sus ganas diciendo:

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Me voy dando un paseíto...

Bárbara abrió la puerta del coche, y justo cuando el semáforo estaba a punto de ponerse verde, ironizó:

—Se ha quedado una tarde preciosa para pasear. ¡Venga, sube!

Y Gustavo se metió en el automóvil pensando que la tarde, con ella al lado, no podía ser más bonita...

Capítulo 18

Bárbara condujo en dirección a la casa de Gustavo en Conde de Orgaz donde había estado en incontables ocasiones...

—El tiempo está loco —comentó Gustavo por hablar de algo.

—Pero por muy loco que esté, mira que venir al trabajo en mangas de camisa.

—Suelo ir de garaje a garaje. Además, esta mañana cuando he salido no sabía que mi padre iba a pedirme el coche...

—Pero podías haberte cogido un paraguas, en la clínica tenemos el paragüero lleno, con los que se dejan olvidados los pacientes.

—Cuando he ido al paragüero solo quedaba uno infantil con dibujitos de *Frozen*. No he tenido valor: llámame lo que quieras.

Bárbara se echó a reír y se encogió de hombros:

—No pensaba llamarte nada.

Gustavo la miró, a la vez que se retiraba las gotas de lluvia de la frente con el dorso de la mano y replicó:

—Mira que me extraña y más con todo lo que me odias.

Bárbara resopló mientras seguía conduciendo bajo una lluvia tremenda, y un tráfico bastante denso, y le pidió:

—Mejor olvida todo lo que pasó el otro día.

Gustavo se revolvió en el asiento y, mirándola desesperado, preguntó:

—¿Cómo voy a olvidar lo mejor que me ha pasado en la vida?

—¡No te pases tampoco! ¡Fueron cuatro besos sin importancia! —replicó Bárbara, convencida de ello.

Porque aunque ese tío besara como nadie, la realidad era que esos besos no

iban a ninguna parte.

Sin embargo, Gustavo tenía una opinión bien distinta:

—Para mí sí que la tuvo, porque por primera vez tuve las agallas de poner nombre a lo que siento. Y te besé en consecuencia...

Y qué beso, pensó Bárbara, sintiendo un acaloramiento súbito de solo recordarlo, pero obviamente más que hablar del beso prefirió centrarse en otra cosa:

—La consecuencia fue que me marché poniendo fin a ese despropósito. ¿A qué cuento viene que vengas ahora a decirme que me quieres?

—Te lo digo porque es lo que siento...

—Tú puedes sentir lo que te dé la gana, pero yo estoy comprometida con otro. Y los sabes perfectamente...

—Ya, pero de alguna manera yo te empujé a los brazos del MoñosVentilaTrucho. ¡Soy el culpable de tu desgracia!

Bárbara que acababa de parar en un semáforo, le miró con el ceño fruncido y reprimiendo a la vez la risa que le daba el mote que le había puesto a Alex, inquirió:

—¿Desgracia? ¿De qué estás hablando ahora?

—Joder, Bárbara, te vas a casar un tío al que le llamas con los pezones tiesos y un escote hasta el ombligo y te cuelga porque al día siguiente tiene que ir a pescar salmonetes. ¡Eso es una puta tragedia! ¡No me fastidies!

A Bárbara lo de los salmonetes le hizo gracia, pero no iba a reírse las para que se viniera arriba. Así que en su lugar exclamó:

—¡Qué pelma, tío! ¡Ya te dije que es todo culpa de la diferencia horaria!

—La culpa es de que no le arde la sangre como a mí, que me pongo duro con solo verte.

El semáforo se abrió y Bárbara replicó al que tiempo que volvía a ponerse en marcha:

—No tienes ni idea de cómo es Alex, así que ahórrate esos comentarios, por favor. Y los referentes a tu sangre y a tu dureza, también... Que tampoco me interesa...

—Solo sé que te harté y te decepcioné y que rota de pena encontraste consuelo en ese tío... ¡Pero tú no le amas!

Bárbara le miró de refilón y, arqueando una ceja y, con suma curiosidad preguntó:

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque si tú llegas a amar a ese tío, no me habrías besado como me besaste...

—Te repito que lo del beso no tuvo la menor importancia. Te besé para que te callaras y luego fue instinto, piel, química... Nada que tenga que ver con el amor.

—Pues yo te besé con todo el amor que siento por ti. Y en el último beso me empleé a conciencia. ¡Atrévete a decirme que no te gustó!

Bárbara pensó que cómo iba a decirle que no le gustó si por poco no se corrió ahí mismo, pero en su lugar habló:

—Ya te he dicho que prefiero olvidarlo todo.

Sin embargo, Gustavo no estaba por la labor de olvidar aquello, sino de meter aún más el dedo en la llaga:

—¿Y a tu prometido qué le parece que me calles comiéndome la boca?

—Tengo la buena costumbre de no hacerle perder el tiempo con tonterías...

—¡Ah, claro, la química brutal que hay entre nosotros y todo lo que sentimos es una tontería!

—Por supuesto. Y no pienso preocuparlo por algo tan insignificante como cuatro besos.

—Y además me odias —le recordó Gustavo apenado.

—Pues sí, porque ¿dime qué voy a sentir por ti cuando en vez de facilitarme

mi partida estás haciéndome esto?

—¿Haciéndote el qué? ¿Ser sincero? ¿Reconocer que la he pifiado y que te amo como jamás pensé que se podría hacerlo?

Bárbara le miró con desdén y luego farfulló cabreadísima:

—Y te has tenido que liberar de tu puñetero tapón emocional justo ahora... Te enteras de que me voy a casar y de repente puedes verbalizar tus emociones a chorro... ¡Esto es flipante! ¡Como para no odiarte!

—Si me odias es porque todavía te importo. Lo contrario del amor no es el odio, te lo recuerdo... —repuso Gustavo cruzándose de brazos.

A Bárbara le dio tanta rabia que le hiciera ese recordatorio que no se le ocurrió mejor forma de devolverle el golpe que decir:

—Todo lo que quedaba de ti en mi corazón, lo apagó Alex con su forma de amar generosa y valiente...

A Gustavo le dolieron tanto esas palabras que no dijo nada, se limitó a contemplar por la ventana cómo llovía a mares, sintiendo una envidia tremenda del cielo que podía darse el lujo de llorar.

Él desde luego que no podía, lo había hecho todo tan rematadamente mal que no tenía derecho ni a soltar ni una jodida lágrima.

Se merecía el desprecio de la mujer que amaba, su rabia, su frustración, sus reproches... Y ya lo único que le quedaba era aceptar toda esa mierda que se había ganado a pulso, en silencio y sin una sola replica más.

No había otra...

Y así, sin decirse absolutamente nada, llegaron a la casa de Gustavo, donde Bárbara se detuvo justo en la puerta.

Él entonces la miró con una tristeza infinita y musitó abriéndose en canal:

—Perdón, perdón por todo el daño que te he hecho. Sé que no me exime de nada, sé que la he pifiado absolutamente, pero solo era un tío cagado de miedo.

Bárbara se estremeció entera, porque no tenía más que mirarle a los ojos para saber que estaba diciendo la verdad. Sus disculpas eran sinceras y ella estaba temblando, tal vez porque Gustavo tenía razón y lo contrario del amor era la indiferencia, cosa que jamás sentiría por él. Por eso, decidió ser sincera y musitar:

—Perdóname a mí también por lo de antes.

Gustavo, aun cuando no tenía ni idea a lo que se refería, le aseguró:

—No tengo nada que perdonarte.

Bárbara le miró y sintió tal nudo en el estómago que solo pudo ser honesta y confesar:

—Yo jamás podré sacarte de mi corazón, muchas veces me digo a mí misma que estás fuera, pero no es verdad. Nadie podrá borrar el recuerdo de los días maravillosos que pasé a tu lado. Eso estará siempre conmigo. Siempre.

Gustavo casi sin poder creer lo que acababa de escuchar, confesó con una sonrisa enorme:

—Aunque no lo merezca, por favor, no me saques, ni dejes que nos borren del mapa los príncipes valientes esos que conoces. Y menos ahora que me he descorchado emocionalmente.

Bárbara sonrió también y sin saber por qué le plantó un beso en los labios...

Capítulo 19

Entre la confesión de que no iba a sacarle del corazón y luego el beso, Gustavo ya sí que creyó que estaba soñando...

—Me parece que vas a tener que besarme otra vez para que me crea que esto es verdad —aseguró Gustavo con los labios pegados a los suyos.

—Es que igual es un sueño porque no sé qué coño hago besándote...

—No sé, a lo mejor es que además de odiarme con un odio infinito, también me quieres algo... Un poquito.

Bárbara se encogió de hombros y, sin despegarse de él, susurró:

—Yo qué sé, a lo mejor es la lluvia...

—¿Te da ganas de besar?

—Y las tormentas ni te cuento...

Y la respuesta de Bárbara le trajo a Gustavo el recuerdo de algo:

—Me mató cuando me dijiste que tú eras mi tormenta. Creo que jamás he escuchado algo tan triste.

—Tenías tanto miedo al compromiso...

—Tú lo has dicho, tenía... Ya no tengo miedo.

Bárbara entonces se apartó un poco de él, le miró a los ojos y habló:

—No tienes miedo porque sabes que estoy comprometida con otro.

—Solo sé que no quiero perderte y que nada me gustaría más que no estuvieras comprometida.

—Jajajaja. Si no lo estuviera, no te habrías descorchado. Créeme...

—He sido un idiota, pero te juro que ahora sé lo que quiero.

—¡Qué suerte porque yo no sé no sé qué hago aquí!

—Me has traído a casa porque eres muy gentil y me acabas de besar porque

llueve —le recordó Gustavo.

Ella lo miró y no le quedó más remedio que ser sincera porque total ese tío sabía leerla como nadie:

—Serás un abuelo de cien años, te tendré enfrente y sé que seguiré con las mismas ganas locas de besarte. ¡Esto es horrible!

—Me pasa lo mismo, pero yo la verdad que no lo encuentro tan horrible.

—Yo sí, porque no puedo besarte... —musitó Bárbara acercándose otra vez a él.

—¿Por qué no? ¿No escuchas la lluvia?

Bárbara escuchó la lluvia y nada más que la lluvia, ni la sensatez, ni la prudencia, ni el sentido común, ni nada de nada, solo la lluvia.

Por eso le cogió por el cuello y le besó desesperada en los labios, casi furiosa, rabiosa, cabreadísima.

Joder, ¿por qué tenía que gustarle tanto ese tío que se lo había hecho pasar tan mal?

Sin embargo, no podía dejar de besarlo, profundo, duro, salvaje, casi con un odio tan grande que le estaban entrando unas ganas absurdas de hacerlo ahí mismo:

—No puedo estar sintiendo esto... —musitó mientras Gustavo le mordía el cuello.

—¿Qué hago entonces? —preguntó él, deslizando una mano por debajo del jersey de cuello vuelto y ascendiendo hasta el pecho.

—¿Qué vas a hacer? Tocarme. Pero esto no tenía que ser...

Gustavo coló la mano por debajo del sujetador y le apretó lo justo para hacerla gemir.

—Pues tú dirás...

—Yo qué sé. Bésame. No se me ocurre otra cosa.

Gustavo la besó con todas sus ganas, le comió la boca, la mordió, la lamió,

la chupó y luego a punto de reventar sus pantalones, le levantó el jersey y le mordisqueó los pezones mientras ella le tiraba con fuerza del pelo.

Y es que no podía estar haciéndole eso...

O sea, tan bien quería decir... No podía estar comiéndole los pezones de esa forma tan exquisitamente salvaje.

Eso no se hacía.

Más que nada porque Gustavo solo tuvo que descender con la mano hasta el pubis y presionarlo a través de la tela del *jeans* para ponerla al borde orgasmo.

Y como el muy cabrón, conocía a la perfección todos los matices de sus jadeos y gemidos, le desabrochó el pantalón, deslizó la mano, retiró la tela de las braguitas y la tocó con tal arte, intensidad y precisión que le arrancó un orgasmo brutal que hizo que le odiara más todavía.

Y es que no podía ser que Alex necesitara dos horas para hacerla sucumbir a un orgasmo birrioso y este tío con su magistral juego de dedos la llevara a tocar el cielo.

Y por supuesto quería más, mucho más...

—Esto es una droga mala... —murmuró Bárbara mientras la lluvia repiqueteaba con fuerza contra el techo del coche.

Gustavo despeluchado, tras besarla en el cuello, la miró muerto de amor y musitó:

—Joder, te quiero...

—Encima dime que me quieres, para estropearlo más.

—Es lo que siento...

Bárbara se mordió los labios, negó con la cabeza y susurró:

—Mejor no me lo digas y sigue...

—¿Por dónde quieres que siga? Estoy rendido a tus pies...

—Los pies déjamelos tranquilos, sigue por otro sitio. Por donde quieras...

—Por mí echaría el asiento hacia atrás y te follaría aquí mismo, por esta calle no pasa ni un alma y menos con este tiempo, pero no tengo condones... Desde que me tienes a pan y agua ya no los llevo en la cartera.

—Pan y agua. Será desde que tengo pareja.

—Pues eso, y como te soy fiel de pensamiento y de obra, estoy sin un puñetero condón. Pero en casa tengo una caja que creo que todavía no ha caducado. Si quieres pasar, Lucas no vuelve hasta el domingo.

Bárbara le miró con ganas de todo y no pudo decir otra cosa más que:

—Vamos.

Gustavo sacó la llave electrónica del portón del bolsillo del pantalón y le sugirió:

—Aparca dentro, así nos mojaremos menos.

—Dudo que pueda mojarme más... —farfulló Bárbara.

Después arrancó, condujo hasta la puerta que Gustavo abrió y finalmente dejó aparcado el automóvil en el porche que seguía tan destartado como siempre.

—¿No decías que te habías reconvertido? —preguntó Bárbara, con sorna, en cuanto salió del coche.

—Con el porche todavía me tengo que poner al día —contestó él, después de apearse.

Bárbara sonrió, cerró el coche y opinó:

—Me da mí que tú no cambias.

Luego dio unos pasos hasta quedarse frente a él, que la estrechó con fuerza contra su cuerpo y le dijo otra vez:

—Te quiero. ¿Ves cómo he cambiado? Lo puedo decir las veces que quieras.

Bárbara le miró a los labios y susurró:

—Prefiero que me beses...

Y la besó, devorándole la boca, agarrándola por el cuello para hacer el beso más profundo y apretándola más contra él.

Luego, casi sin aliento, la cogió de la mano y la llevó hasta la puerta que comunicaba el porche con la cocina, abrió y tras besarla otra vez desesperado, la llevó hacia dentro...

—Yo te lo haría aquí mismo: en la isla o encima de la lavadora, pero... — sugirió Gustavo.

—Ya, que los condones están arriba...

Si bien, llegados a ese punto a Gustavo le entró el agobio de si no estaba yendo demasiado al grano. Por lo que preguntó:

—¿Subimos o prefieres merendar antes? No quiero parecer un desesperado, o que solo quiero sexo...

—No te preocupes porque no te voy a juzgar: estoy desesperada y solo quiero sexo.

Y tras decir esto, se quitó el jersey de cuello vuelto porque ya le sobraba todo, él hizo lo mismo con la camisa y tras besarse otra vez, ansiosos de todo, él la cogió en volandas y así la llevó hasta el dormitorio, en el piso de arriba...

Capítulo 20

Ya en el dormitorio la dejó sobre la cama, a Bárbara le faltó tiempo para sacarse las botas, desabrocharse el pantalón y a Gustavo para quitárselos de un tirón.

Después él hizo lo mismo con las braguitas y se colocó entre sus piernas, mientras ella se liberaba del sujetador.

—Me moría por hacer esto... —musitó Gustavo, justo antes de perderse en el sexo de Bárbara.

Y ella cerró los ojos y se dejó llevar, porque el virtuosismo de ese tío haciendo aquello era mejor de lo que recordaba.

Y es que no solo sabía dónde y cómo darle placer, es que lo hacía con tanta pasión que solo de verle se estaba poniendo más mala todavía.

—¡Vaya si tenías ganas! —musitó Bárbara, derretida de placer.

Gustavo la miró excitadísimo, le acarició el vientre, subió hasta los pechos, estimuló sus pezones y masculló:

—Todas.

Luego Gustavo volvió a esa humedad, a devorarla, a recorrerla entera mientras ella sentía la barba incipiente raspando suave la cara interna de los muslos.

Y Bárbara creyó que iba a morirse de gusto, pero no lo hizo porque él siguió recorriéndola entera con la lengua, hasta que la escuchó jadear de tal forma, mientras ella tiraba con fuerza de sus pelos revueltos, que solo tuvo que dar unos golpecitos precisos y certeros con la lengua sobre el clítoris para hacerla sucumbir a un orgasmo brutal.

Gustavo entonces se tumbó a su lado y le susurró mirándola extasiado:

—Te amo.

Bárbara resopló exhausta, le revolvió más el cabello todavía, y le dijo acariciándole los labios con el dedo índice:

—Qué boca tienes, qué lengua...

Gustavo le atrapó el dedo, se lo mordió y luego le recordó por si lo había olvidado:

—Es todo tuyo. Todo yo. Enterito...

Bárbara sonrió, le lamió los labios que sabían a ella y le pidió:

—No digas bobadas, anda.

Gustavo la agarró por el cuello, le devoró la boca con fuerza y le habló loco por follarla por todas partes:

—Te digo la verdad.

Bárbara le miró y sintió tal estremecimiento que tuvo que apartarle la mirada porque no podía resistir la verdad que había en los ojos de ese tío.

Prefirió morderle el cuello, desabrocharle el pantalón y deslizar la mano dentro del *slip* que estaba a punto de reventar.

Él gruñó, se descalzó, se despojó de los pantalones y la ropa interior, y ya sin nada, ella descendió a besos hasta la erección que tomó en su boca.

Y entonces fue Gustavo el que sintió que iba a morir ahí mismo, porque nadie se lo hacía como ella.

Su boca era una delicia, suave y cálida, generosa y entregada, que fue aceptándole más y más, hasta que llegó un punto en que él sintió que no iba a poder soportarlo.

Bárbara lo sabía y le pidió con la mirada que lo hiciera...

Gustavo la agarró fuerte de la cabeza y solo tuvo que penetrarla unas cuantas veces más para correrse a gritos en lo más profundo de su garganta.

Bárbara mareada de pura excitación, le lamió la punta y luego se tumbó a su lado, confesando:

—Estas locuras solo las hago contigo...

Gustavo la miró extasiado y preguntó acariciándole el mentón:

—¿De verdad?

—Ni con mi prometido... Lo tuyo es...

A Gustavo le sobrevino un pensamiento que no pudo reprimir y habló en voz alta:

—Como me digas que más pequeño y juguetón, te juro que vas a traumatizarme para siempre.

Bárbara soltó una carcajada y le explicó:

—No, estoy hablando de tamaño. Tú la tienes más... Más todo... Me refiero a que contigo me desato como con nadie... Pero eso no significa nada, que te conozco...

Gustavo la besó en los labios que ahora sabían a él y dijo mirándola embobado:

—Para mí significa todo.

—No me mires así, que me agobio.

—No puedo mirarte de otra forma, es que estoy muerto de amor.

Bárbara suspiró, sonrió y le dijo revolviéndome más el pelo:

—No me digas eso porque voy a tener que callarte a besos...

—¡Pues cállame!

Bárbara le besó suave los labios, luego él se los mordió y terminaron otra vez con las lenguas enredadas...

Y así después de un rato, Bárbara reconoció risueña:

—Besas demasiado bien, ese es el problema...

—Me pasa lo mismo, por eso no puedo besar a nadie más que a ti. Estos meses que hemos estado separados, he salido, me he encontrado con amigas y conocidas de mi vida de crápula, pero no he estado con nadie. No puedo, me niego a follar con otras pensando en ti... Es que no hay nada más triste... Así

que llevo meses abonado al onanismo... Y te soy fiel hasta de pensamiento... Todas y cada de mis pajas son pensando en ti y solo en ti.

Bárbara sintió una punzada de lo más absurda en la tripa, se mordió los labios de la ansiedad y replicó:

—No sé qué decir...

Porque como le contara lo de sus pajas y sus sueños húmedos ya sí que iba a volverle loco de remate.

—Ódiame, dime que soy un cerdo, qué se yo... Pero bueno, te digo esto para que, además de que sepas de mi fidelidad, estés tranquila. Estoy limpio, los últimos cuatro años de mi vida solo he tenido sexo contigo. Y así va a ser hasta el resto de mis días.

Bárbara le miró alucinada y muerta de risa a la vez, porque lo de ese tío no tenía nombre:

—Hasta el resto de tus días. Tú. Pero si cuando te conocí hacías orgías con trescientas a la vez. Y quien tuvo, retuvo.

—¡No te pases! Me lo pasaba bien, pero ya no... Ahora si me lo montara con otras, sé lo que pasaría: ellas se pondrían a follar tranquilamente y yo me dedicaría a hablarles de ti.

Bárbara se partió de risa y le pidió:

—Mira, no sigas, porque es que...

—Fíjate si te he salido fiel... De verdad que no creo que haya un tío más fiel que yo. Pero es que cuando tienes el corazón tan petado de amor como yo lo tengo es imposible ponerte a triscar con otras. Además te juro que nadie me la pone tan dura como tú. Y tu boca... Uf... Nadie me ha dado tanto placer como tú...

A Bárbara le gustó escuchar que le era fiel y que nadie se lo hacía como ella. Era absurdo que le gustara, ya no tenía ningún sentido nada de aquello, pero ella también confesó:

—Tu boca también es mi tormento. Y no he conocido nada igual, claro que tampoco es que haya tenido una vida sexual tan movida como la tuya. Tuve dos novios antes que tú, luego tú que no fuiste nada, y ahora mi prometido...

—Fuimos todo, y tú lo sabes... Eso se sabe... Mírame —le dijo cogiéndole por la barbilla, para clavarle la mirada—, y dime lo que ves...

Bárbara le mantuvo la mirada unos instantes y sintió tal vértigo que se puso bocarriba y clavó la vista en el techo:

—Solo veo el desconchón en forma de rana que sigues teniendo en el techo.

—Aunque no quieras verlo está ahí... Siempre ha estado ahí aunque a mí me haya costado verbalizar, aceptar y reconocer todo esto que siento. He sido un cretino, pero venía muy tocado de lo de Estela. Después de lo que pasó tenía pavor a volver a confiar en alguien, por eso me metí a crápula... Sin embargo, tú me salvaste de esa mierda y me amaste de la forma más generosa y entregada que me ha amado nadie.

A Bárbara le entraron unas ganas infinitas de llorar, si bien se negó a hacerlo. En su lugar, destapó la cama, se metió bajo el edredón y dijo dándole la espalda:

—Tengo frío y sueño...

Gustavo se metió también dentro y la abrazó por detrás, mientras afuera seguía lloviendo a mares...

Capítulo 21

Bárbara se quedó dormida y despertó sola, a eso de las once de la noche, con la videollamada de su prometido.

Madre mía, pensó. Había quedado en que le llamaría en cuanto llegara a casa y con la lluvia y todo lo demás se le había olvidado por completo.

Y a todo esto...

¿Dónde estaba Gustavo?

No tenía ni idea, pero desde luego que le agradecía en el alma que no estuviera allí.

No obstante, había otro problema: estaba en bolas...

Y ella jamás se acostaba desnuda, ya que era friolera y hasta en verano se cubría con algo.

Y su prometido lo sabía...

Así que le faltó tiempo levantarse a coger una camiseta del armario, se la puso a toda prisa y se metió en la cama otra vez, pues como Gustavo tampoco tenía cabecero y las sábanas eran blancas, el dormitorio podía pasar perfectamente por el suyo.

Luego respiró hondo, mientras el maldito teléfono no paraba de sonar, y se dijo a sí misma que no pasaba nada.

Vale, pasaba.

Estaba en casa de Gustavo y habían tenido sexo oral...

Pero bueno...

Tampoco iba a echar perder todo lo que tenía con su prometido por un momento de... esparcimiento.

Esa era la palabra.

Aunque qué manera de esparcir la de su jefe... En su vida había visto nada igual...

Uf.

Pero qué más daba, porque era sexo y solo sexo...

Lo verdaderamente importante era lo que tenía con Alex y nunca lo tuvo más claro que en ese momento, justo después de pifiarla.

Por eso descolgó de una maldita vez y, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida, se excusó:

—¡Buenas noches, guapo! Y perdona por no haberte llamado, pero es que cuando llegué a casa me metí en la cama y...

Y no pudo decir nada más, porque de solo verle le entró una culpa tremenda, se sintió fatal y una malísima persona.

¿Y es que cómo podía estar engañando a ese hombre que se había portado tan bien con ella, que había sido su paño de lágrimas y que le había devuelto la ilusión que su jefe le había robado?

Lo suyo no tenía nombre...

Porque es que además le estaba engañando con el tío que más daño le había hecho en su vida...

Era de traca.

¿Pero cómo narices podía haber vuelto a caer en las redes de Gustavo? Es que era idiota...

Pero una y no más...

Porque desde luego que la maravillosa persona que tenía enfrente no se merecía la canallada que le estaba haciendo.

Así que se quedó mirándole con los ojos llenos de lágrimas y él percibió que algo pasaba:

—Dime, sigue hablando... ¿Estás bien? Te noto algo rara.

Bárbara entonces sintió que, aunque en principio lo que le había parecido

más sensato era el silencio, lo único que podía salvarla era decir la verdad.

Y desde luego que era lo más honesto, la única forma de volverse a sentir bien consigo misma y sobre todo lo más oportuno, pues ellos tenían una relación basada en la confianza y el respeto que si algo merecía era la verdad.

Así que Bárbara se echó el pelo a un lado, carraspeó nerviosa y luego asintió:

—Ha pasado algo...

Alex frunció el ceño de preocupación y replicó apretándose el moño:

—Soy todo oídos.

—Se trata de algo que ha pasado esta tarde con Gustavo... No pensaba contarte nada porque realmente no ha tenido importancia, pero ahora que te tengo delante siento que debo decirte la verdad. No soporto las mentiras y tú desde luego que solo mereces mi respeto y mi verdad.

Alex se sentó en el sofá de su salón y, convencido de que tenía que ver con algún asunto relacionado con el trabajo, le recordó:

—Sea lo que sea lo que te esté pasando en la clínica, tu vida nueva te está esperando en Perth.

Bárbara se puso roja de la vergüenza que le daba reconocer su cagada y respondió:

—No se trata del trabajo, se trata de que esta tarde me he liado con él... Un poco...

Alex se revolvió en el asiento y preguntó sin entender nada:

—¿Cómo que te has liado con él? Pero ¿no decías que estaba todo muerto entre vosotros?

—Sí, y lo está. Pero llovía a mares, me lo he encontrado en plena calle, sin paraguas, ni abrigo, y me he ofrecido a llevarle a su casa. Y entonces, no sé cómo...

—Habéis follado.

Bárbara no sabía dónde meterse, pero decidió ir con la verdad hasta el final.

—No. Hemos hecho otras cosas... Pero vamos que no significa nada para mí. Ha sido solo piel y ya está... Nada que ver con lo que tengo contigo... Contigo tengo una relación madura y maravillosa y no imaginas lo mal que me siento por haberte hecho esto. Me siento la peor persona del mundo y entendería que no me perdonaras. Pero te juro que no ha tenido importancia, que no sé qué me ha pasado porque...

Alex la notó tan angustiada que la interrumpió y con una sonrisa de lo más dulce, le dijo:

—No te tortures más, preciosa.

Bárbara que esperaba la bronca del siglo se quedó perpleja por el encaje de su prometido y replicó:

—¿Ah no?

—Estas cosas pasan... Lo importante es saber qué es sexo y qué es sexo y mucho más. Yo lo tengo clarísimo contigo...

—Y yo. De verdad que esto solo ha sido eso, sexo sin más...

Y como su prometida estaba tan agobiada con el tema, Alex decidió contarle algo para que se serenara:

—Te creo porque sé perfectamente de lo que hablas.

—¿De verdad? —preguntó convencida de que no tenía ni puñetera idea y que solo le estaba diciendo aquello para consolarla.

¿Cómo iba a saber un tío tan íntegro y cabal como Alex de lo que ella estaba hablando? ¿De liarse con su ex al que odiaba con todas sus ganas?

—No me ha pasado con mis ex, a lo mejor porque están en todas en España. Pero sí me he enrollado con una compañera y otras chicas que he conocido en Perth...

Y por supuesto que no le había contado nada a Bárbara porque eran solo

eso, rollos, sexo por el sexo, piel y desfogue. Una forma de liberar tensiones como otra cualquiera. Como la pesca o como el golf.

Bárbara convencida de que estaba hablando de antes de estar juntos repuso:

—Es normal que hayas tenido tus historias antes de conocerme.

Alex sonrió y, como si aquello fuera lo más normal, replicó:

—Estoy hablando de historias que he tenido desde que estoy contigo. Tú me llenas en lo emocional, pero en lo físico como no estás: con el autoerotismo no me basta. Y necesito más... Aparte de que me ayuda a relajarme y a llevar mejor el día a día... Pero vamos, que solo son rollos sin importancia... Por eso te comprendo, te comprendo muy bien...

Bárbara se quedó muerta, porque enterarse así de que tenía más cuernos que el padre de Bambi la dejó sin palabras:

—Ya —farfulló.

—Fíjate si no tendrá importancia que ni he considerado relevante hablarlo. Estas cosas se suponen además...

Bárbara, que en la vida habría supuesto que su prometido follaba con unas y con otras como quien hace ganchillo para reducir la ansiedad, confesó:

—Yo es que pensaba que para ti la fidelidad y esas cosas eran importantes...

—Para mí lo importante es la lealtad y el compromiso. Justo lo que tenemos. Así que deja de preocuparte por esas tontunas y piensa que cada día queda menos para estar juntos...

Capítulo 22

Bárbara se despidió de su prometido, colgó y se quedó mirando a la rana del techo todavía alucinada con lo que acababa de escuchar.

Joder, tenía una relación abierta y acababa de enterarse cuando apenas quedaban unas semanas para pirarse a Australia con él.

Es que no daba crédito.

Flipaba.

Vaya es que no podía ser.

Pero era... Vamos, que su prometido se estaba follando a medio Perth, mientras ella estaba al borde de un ataque de angustia por haberse comido lo que no debía.

Alucinada, perpleja y confundida siguió cavilando y cavilando tan ensimismada en lo suyo que ni se percató cuando Gustavo entró en la habitación con una sudadera con capucha negra, pantalones tipo *jogger* y el delantal con la frase: “Soy el rey de la cocina”.

—¡Buenas noches, Barbarita! ¡Menuda siestaza te has pegado! Llevas como tres horas durmiendo...

Bárbara dio un respingo y le reprendió ansiosa perdida:

—¡Qué susto me has dado, por favor! Apiádate de mí, que menuda nohecita llevo... —le pidió llevándose la mano al pecho.

—Eso digo yo, prepárate para la nohecita que nos espera... He preparado unas cositas para cenar románticamente.

Bárbara no pudo evitar esbozar una sonrisa y replicó negando con la cabeza:

—Déjate de romanticismos que no tengo el cuerpo.

—No te agobies, mujer. Si son un par de velas, unas flores que he robado del jardín de mi vecina y una musiquita. Eso no hace daño a nadie...

—Estoy con una empanada mental que de verdad que no tengo ganas de nada.

Gustavo saltó a la cama, se sentó a su lado y le preguntó con un nudo en el estómago y temiéndose lo peor:

—¿Te sientes mal por estar aquí?

—Ahora mismo ese es el menor de mis problemas. Acabo de hablar con Alex y estoy aún en *shock*.

Bárbara parecía tan preocupada que Gustavo pensó que aquello solo podía presagiar cosas buenas:

—¿Le has contado lo nuestro? —preguntó con los ojos de entornados de pura intriga, curiosidad y ganazas de que el compromiso de esos dos se hubiera ido a tomar viento.

—No pensaba hacerlo, porque para qué si no ha sido nada importante...

—Eso no te lo crees ni tú —le interrumpió Gustavo, negando con la cabeza.

—Mira, no me hagas esto más difícil, que no te imaginas la papeleta que tengo. Mi intención era no contarle nada, pero en cuanto me ha llamado y le he visto, me he sentido terriblemente culpable y muy mala persona... Y he decidido desembuchar...

Gustavo abrió los ojos como platos, y solo pudo sonreír de oreja a oreja, de imaginar el resto de la historia:

—Que has gozado como nunca y que a Australia va ir a su prima...

—¡Calla, por favor! Le he confesado que hemos tenido sexo oral...

—Y del bueno, nada de trabajitos mediocres.

Bárbara no pudo evitar reírse, en medio del drama que tenía encima:

—El caso es que se lo he dicho y...

Gustavo la vio tan mustia y afligida que solo pudo decir con una alegría que

no le cabía en el pecho:

—Ha roto el compromiso: no me digas más. ¡Necesitamos champán para celebrarlo!

Gustavo hizo ademán de levantarse, pero ella le cogió del brazo y le habló con un agobio tremendo:

—¿Dónde vas? Que el tío se lo ha tomado de maravilla, yo he insistido en que solo había sido algo sin importancia, y él me ha confesado que me entiende porque él suele follar con unas y con otras para relajarse... Que no hay problema... Que lo importante es la lealtad y el compromiso y que la fidelidad se la pasa por el forro.

Gustavo aun a riesgo de que le soltara que las comparaciones eran odiosas, le recordó:

—Igualito que yo que te soy fiel hasta de pensamiento...

—No me hables de ti, que bastante tengo con esto de enterarme así de sopetón que tengo una relación abierta.

—¿No habíais comentando nunca el tema de la exclusividad sexual?

—Somos pareja, él iba en serio desde el principio, me dijo que me amaba en Formentera, yo supuse que eso implicaba no follar con otras. Pero debo ser muy antigua...

Gustavo no pudo evitar sonreír otra vez porque aunque respetaba y se compadecía del dolor de esa pobre chica, lo estaba gozando como nunca:

—Si es que hay que desconfiar siempre de esos que van diciendo los “te amo” a la ligera.

Sin embargo, Bárbara se puso a la defensiva y sacó la cara por su prometido a pesar de todo:

—Pero ama de verdad y quiere casarse conmigo. Él asegura que los polvos esos no significan nada y creo que dice la verdad....

Gustavo horrorizado por el hecho de que Bárbara llegara a perdonar al

petardo de su prometido, le recordó:

—Yo lo único que sé es que solo puedo hacerlo contigo, si te sirve de algo ese dato.

—Para nada. Porque tú eres tú y Alex es un chico muy especial... Gracias a él pude superar lo tuyo, me cuidó, me mimó, me hizo volver a creer en mí misma y en el amor... Le debo muchísimo y no sé... Estoy hecha un lío. Me ha sentado fatal enterarme así de que me pone los cuernos, pero es que yo se los acababa de poner contigo. Así que ¿cómo voy a juzgarle? Y si lo pienso bien, lo nuestro ha sido placentero, lo he disfrutado, pero solo ha sido sexo. Nada más. Así que ¿cómo no voy a creerle cuando me dice que esos rollos no tienen importancia, si yo acabo de experimentar lo mismo? Me parece que voy a tener que revisar el concepto que tengo de la fidelidad...

Gustavo negó con la cabeza y le dijo convencido:

—No estoy de acuerdo.

Bárbara le miró extrañada y le preguntó ansiosa por conocer su opinión:

—¿Por qué no?

Gustavo respondió agarrándola por el cuello y besándola otra vez con todas sus ganas. Luego con los labios pegados a los de ella, que estaba casi sin aliento y con el corazón a mil, le pidió:

—Dime que esto no es nada... Venga, dímelo...

Bárbara que estaba estremecida de la cabeza a los pies por el pedazo de beso que le había dado ese diablo, le aseguró negando con la cabeza y llevándose la mano al vientre:

—No es nada.

—No es nada, por eso tienes que agarrarte la tripa para que no se te escapen las mariposas.

—¿Qué dices de mariposas? Es hambre.

—Ahora cenamos. He preparado una crema de alcachofas y gambas y luego

unos rollitos de salmón con queso, para que luego digas que esto es sexo y nada más.

—Sexo y relación laboral... Eso es todo.

Gustavo contrarió el gesto y le preguntó levantándose de la cama:

—¿Ni siquiera me consideras un amigo?

—Te considero lo que tú quieras, pero tengo muy claro lo que es sexo y lo que es amor.

Gustavo entonces le reprochó sin disimular su enojo:

—Ya, y tú amas a ese tío que conoces tan en profundidad, que te respeta y es tan honesto contigo que acabas de enterarte hace cinco minutos que se folla a todo bicho viviente.

Bárbara se levantó de la cama y, mientras recogía la ropa interior y el pantalón, farfulló:

—No tenía que haberte contado nada...

—Lo único que te digo es que qué clase de amor es ese donde no hay ni comunicación ni confianza. Y no hace falta que te vistas, quédate así si estás más cómoda.

Bárbara se tomó la sugerencia de la peor forma y replicó:

—¿Cómoda para qué? ¡Qué poca sensibilidad tienes, por favor! Con la que tengo encima y tú solo piensas en follar...

—Pienso en todo: en que estés cómoda, en la cena romántica, en follar con amor, y en dormir abrazados. ¿Ves cómo yo no tengo ningún problema para comunicarme?

Bárbara le fulminó con la mirada y habló mientras se ponía la ropa interior:

—Yo lo que tengo que hacer es marcharme.

Capítulo 23

Bárbara terminó de vestirse y Gustavo sin saber qué hacer para que no se fuera le pidió:

—Perdóname por todo, pero no te vayas. No para de llover.

Bárbara resopló, comprobó por la ventana cómo llovía a cántaros y le reprochó:

—Me está pasando todo esto por tu culpa, si fueras un tío normal y llevaras tu paraguas, yo no habría parado en ese maldito semáforo y ahora sería feliz. Habría hablado con mi prometido como siempre, nos habríamos contado nuestros días y no me habría enterado de que folla porque en mi ausencia no le basta con el autoerotismo para estar relajado.

A Gustavo le entraron tales ganas de reír cuando escuchó aquello que se mordió los carrillos para evitar la carcajada, pero fue imposible:

—Jojojjojjojjojjoj. Perdona, pero jojojjojjojjojjoj.

Bárbara le miró muy seria, muy metida en su drama, y le bufó:

—No sé qué es lo que te hace tanta gracia.

Gustavo hizo el gesto de que se cosía los labios y luego dijo:

—No voy a hablar porque todo lo que digo se vuelve en mi contra.

—¡Con lo a gusto que estaba yo ignorando esa faceta de su vida!

Gustavo, a pesar de que no quería hablar más de la cuenta para no cabrearla, se atrevió a opinar:

—Y lo peor de estas cosas es que si tiene esa costumbre, ya no se la quitas: la cabra siempre tira al monte.

—Supongo que esto lo ha hecho porque las separaciones son muy duras, pero estando allí con él, no tendrá que recurrir al sexo casual.

—Claro, claro, estará ya relajadísimo contigo y con los salmonetes...

A Bárbara se le escapó un conato de carcajada que reprimió al momento y suspiró:

—Tengo que pensar. Esto me ha descolocado bastante.

Gustavo con la mirada chispeante de ilusión, se acercó hasta ella y aseguró:

—A mí también me tiene loco. Lo de antes ha sido demasiado íntimo y demasiado especial para etiquetarlo como “sexo”.

—No seas egocéntrico. Lo que me tiene descolocada es lo de mi prometido. Lo nuestro no ha sido nada...

A Gustavo le dolieron en el alma esas palabras, pero como no quería separarse de ella preguntó, aun a riesgo de quedar como un arrastrado y un brasas:

—¿Lo hablamos cenando?

Bárbara le miró como si hubiera dicho la estupidez más grande del mundo y contestó:

—Tú quieres seguir hablando de lo de antes y yo paso de comentar la jugada.

—Pues a mí no me importaría para nada recordar cuando me has revuelto los pelos, has gritado como una loca y luego has cantando las excelencias de mi lengua. Pero como estás tan agobiada con la traición de ese tío, si quieres hablamos de eso... Yo desde luego tengo mi opinión: si el Moños te amara de verdad te entregaría su polla y su corazón. Eso de darse a medias: mal asunto.

—No seas vulgar, por favor.

—Perdona, pero es la verdad. Yo no hay vez que me la toque que no piense en ti. Eso es amor...

—Esa es tu forma de entender el amor, pero hay muchas más que la tuya.

—No concibo otra y soy la prueba fehaciente de lo que digo. Amo y en mi vida no hay más espacio que para ti. Ni rollos, ni follamigas, ni amantes, ni

nada. Tú lo llenas todo.

Bárbara con una punzada otra vez en la tripa que achacó al hambre, le dijo (más que nada porque en casa tenía la nevera vacía y lo que había preparado ese mandril le encantaba):

—Tengo mucha hambre... Me quedaría a cenar con la condición de que no me vuelvas a hablar de lo que sientes por mí.

—Con tal de estar a tu lado, como si tengo que cortarme la lengua. Aunque no creo que me lo pidas... —dijo sacando la punta de la lengua con una cara de sátiro que no podía con ella.

—Deja de hacer el bobo y vamos a cenar, anda...

Después de la cena, en la que Gustavo cumplió con la promesa y no volvió a hablar de sus sentimientos por Bárbara, le sugirió:

—¿Puedo traer el champán para celebrar que estás de nuevo en casa? Y con esto no estoy hablando de mis sentimientos. O sea sí, estoy feliz porque estés aquí, pero no voy a desarrollar el tema...

Bárbara sonrió, se sentó en el sofá de cuero negro y respondió:

—Trae el champán, por favor.

Gustavo al momento regresó con el champán y las copas y Bárbara, que había dejado de pensar en lo de su prometido, le comentó:

—He hecho bien en quedarme, porque me parece que estoy viendo las cosas desde otra perspectiva.

Gustavo después de servirle, se sentó a su lado y dijo convencido:

—Obviamente estás hablando de él.

—Sí, claro. No he parado de pensar en él mientras disfrutaba de las delicias que has preparado y ahora ya más en frío pienso que lo importante es que Alex

es un chico tan abierto de mente que ni considero necesario contarme lo de sus escarceos. Quiero decir que no había por su parte intención de engañarme ni nada parecido. Simplemente él es así...

Gustavo dio un sorbo a su copa y preguntó con unas ganas locas de volver a besarla otra vez:

—¿Y tú cómo eres?

—¿Yo? —preguntó Bárbara encogiéndose de hombros.

—Sí, tú. Él te ha puesto los cuernos porque es un chico abierto de mente ¿y tú? ¿Tú por qué se los has puesto, Bárbara?

Bárbara lo tenía tan claro que respondió al instante:

—Lo mío ha sido porque eres tú. Quiero decir que con nadie más me habría pasado esto... Y precisamente porque eres tú, sé que lo que ha ocurrido no tiene importancia. Lo que sentí en su día por ti lo tengo totalmente superado.

—Tan superado que te has enrollado conmigo a pesar de eres monógama. ¿Me lo quieres explicar?

—Es muy sencillo, porque contigo es con la única persona que puedo tener sexo sin amor, más bien con rabia, frustración, odio y resentimiento. Es que me has hecho sufrir mucho, Gus... Pero mucho...

Gustavo suspiró con los ojos vidriosos y musitó sintiéndose en una nube:

—Hacía tanto que no me llamabas Gus.

—Desde que decidí que no podía soportar ni un solo día a más tu lado en esas condiciones.

Gustavo reconocía que había sido un desastre, pero es que el otro no lo hacía mejor:

—Es mucho mejor un tío que no tiene miedo al compromiso porque es un promiscuo. Yo estaba cagado de miedo pero siempre te he sido fiel...

—¿Y de qué me valía si lo que teníamos me hacía sentir que no era suficiente para ti, que por eso rehuías del compromiso?

Gustavo sintiéndose fatal por haber hecho que Bárbara se sintiera tan poca cosa, negó con la cabeza y reconoció por primera vez, porque jamás se había atrevido a hablar con tanta sinceridad:

—Era justo al revés, me pareces una chica tan maravillosa que no sabía qué hacías conmigo. Estaba convencido de que en cualquier momento se te iba a caer la venda y saldrías corriendo... Estaba demasiado herido con lo de Estela como para recibir otro golpe. Tenía tanto pánico que cuando me dijiste que me querías por primera vez, por poco no me volví a Madrid, de las ganas que me entraron de huir. Luego, esa noche me desperté con un ataque de angustia terrible, con palpitaciones y sudoración. Pero mi miedo disfuncional no tenía nada que ver contigo. Al revés... Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida y lo que más deseaba era ser feliz contigo, pero no tenía ni idea de cómo...

Bárbara se emocionó al escucharle por primera vez hablar con sinceridad de lo que verdaderamente le pasaba y le dijo:

—Tenías que haberme contado esto antes... Lo habría entendido y te habría ayudado. Yo estaba convencida de que no querías nada serio por egoísmo, por inmadurez y por miedo. Pero nunca pensé que tuvieras un trastorno de este calibre. Tenías que haber ido a terapia, tenías que haberme contado que tu angustia era tan grave...

—Me avergonzaba de mi pánico. Me hacía sentir un pelele. Estuve yendo al psicólogo, pero no funcionó. Tomé ansiolíticos también, pero nada... Incluso fui a Lourdes, pero no te lo dije. Y lo que es la vida, lo único que me ha funcionado ha sido la aparición del Moños, ya ves tú. Ese ha sido mi clic, con su irrupción en escena me he *reseteado* por completo y por primera vez el pánico no decide por mí.

Bárbara le miró con el corazón encogido y unas ganas enormes de abrazarlo y solo pudo mascullar:

—Con lo fácil que podría haber sido todo...

Capítulo 24

Gustavo apuró su copa, Bárbara hizo lo mismo y se quedaron mirándose unos instantes sin decir nada para decírselo todo.

Luego él cogió la copa vacía de Bárbara, la dejó en la mesa de centro junta la suya y reconoció:

—Lo he estropeado todo.

Bárbara se pegó a él, se apoyó en su hombro y lo abrazó con ternura:

—No puedo ni figurarme el palo que debe ser que te dejen con un bebé de meses. Eso trastornaría a cualquiera...

Gustavo la rodeó con sus brazos y habló emocionado:

—A mí mató. Entre la culpa por pensar que había hecho algo mal, el odio y el resentimiento que sentía hacia Estela por su abandono, y el vacío y la tristeza en la que me sumí, caí en una depresión de caballo. Luego, salí como pude, me hice un crápula, follé lo que no está escrito y un buen día apareciste tú.

Bárbara tragó saliva, porque Gustavo le estaba mirando de una forma que la estaba poniendo bastante nerviosa y susurró:

—Ya...

—Y no podía ni creer que tuviera la suerte de que me amaras... De hecho, estaba convencido de que te ibas a hartar de mí enseguida. Pero no lo hiciste. Me seguiste amando más... Y yo en vez de corresponderte, me cerré más todavía. Y no teniendo bastante con eso a ratos me autoengañaba diciéndome que no quería nada serio, que lo mejor era quedarnos con lo que teníamos y no cruzar la línea... Pero en la soledad de mi cama, ni yo me creía esa bola y te echaba de menos tanto que hasta me dolía. ¡Y si supieras lo que he llegado

odiarme por ser tan gilipollas! Sin embargo, dejé que todo siguiera igual por puro pánico, hasta que llegó el día en que tú te cansaste de verdad de mí y descubrí que lo peor que me puede pasar es perderte.

Bárbara respiró hondo y negó con la cabeza:

—No me vas a perder. Nunca vamos a perder el contacto, además adoro a Lucas.

—Y él a ti. Y me hace tan feliz que os queráis tanto... Además, es curioso pero ha salido a ti... Tiene tus ojos grandes, el pelo alborotado, es generoso, inteligente, bueno, valiente, divertido, leal, noble, tierno, tocapelotas... No se parece nada ni a Estela ni a mí... Es como tú. Muchas veces pienso que es como si Estela por estas cosas locas de la vida hubiera parido el hijo que tú y yo estábamos destinados a tener.

Bárbara se echó a reír y le dijo abrazándole más fuerte todavía:

—¡Estás como una cabra!

Él arqueó una ceja y exclamó risueño:

—Has tardado un poco en darte cuenta...

Y Bárbara consideró también en ese justo instante, después de todo lo que acababa de enterarse, que también tenía que entonar el *mea culpa*:

—Pues sí, he tardado un poco... Verás, yo quise que saliera todo bien, pero también cometí errores. No me percaté de que estabas tan herido, de que necesitabas ayuda, tal vez podía haber sido más paciente...

—¿Más? ¡Te habrían dado una medalla! Tú has hecho todo y más... Las cosas han sido así y qué le vamos a hacer. Yo solo sé que te voy a amar hasta los restos...

Bárbara con los ojos brillantes de pura emoción, se llevó la mano a la tripa y musitó:

—¡Ay madre!

—¿Otra vez te tocas la panza? Ahora no será por hambre. Mira que si te

estás reenamorando. O algo parecido.

—No te vengas arriba que deben ser gases, por el champán...

—Ah, ahora es el champán...

Bárbara sonrió y pensó que qué bueno estaba el cabrón... Era un pensamiento de lo más frívolo en mitad de esas confesiones, pero no pudo evitarlo. Y es que su jefe tenía una mirada tan intensa, una boca de locura, un cuerpazo y un todo que le ponían demasiado.

La maldita atracción...

—Sí, el champán —susurró mirándole idiotizada.

Gustavo sonrió y le preguntó en plan juguetón...

—¿No me vas a besar para que me calle? Acabo de decir otra vez que no solo te amo sino que lo voy a hacer de por vida.

Bárbara se encogió de hombros, se mordió los labios y respondió porque no podía estar más desubicada:

—¡Yo que sé!

—Tienes una relación abierta, si te apetece: hazlo. Bésame —le recordó con un sonrisita perversa.

—No seas malo, anda.

Gustavo se acercó mucho más ella, tanto que le rozó la mejilla con la punta de la nariz y musitó:

—Qué va, no lo soy.

Y al tenerlo ya tan cerca, Bárbara no pudo más, giró la cabeza y le besó en la boca, devorándolo.

Luego, él le devolvió la misma tortura, se besaron, se revolviéron los pelos, se desnudaron y Bárbara una vez debajo de ese cuerpazo, tumbados en el sofá, reconoció:

—Eres mi perdición.

Gustavo empezó a mover las caderas, frotando el miembro duro contra la

vulva mojada, y le susurró al oído:

—Para ti va a ser sexo y nada más.

Luego le clavó la mirada encendida y a Bárbara se le escapó un suspiro de lo más absurdo.

—Sí, solo piel... —dijo a ver si repitiéndolo muchas veces acababa creyéndoselo.

Porque era más que obvio que lo que estaba sintiendo por su jefe era mucho más que nada...

—Algo sin importancia, como comerse un helado... —insistió él, lamiéndole los labios a lengüetazos y sin dejar de frotarse contra el sexo de Bárbara.

Luego descendió a besos desde el cuello hasta los pezones, donde se demoró con succiones y mordisquitos, y así siguió hasta perderse en el pubis que lamió para dejarla al borde del orgasmo.

—Fóllame... —le suplicó Bárbara, entre jadeos entrecortados, cuando ya no pudo más.

Gustavo entonces enterró dos dedos dentro de ella y comenzó a estimularle el punto G, mientras con la lengua seguía acariciándole la vulva.

Bárbara derretida de placer, se entregó a esas caricias que se hicieron ya casi insoportables, cuando comenzó a golpetearle con la lengua el clítoris con tal pericia, que tuvo que clavarle las uñas en los hombros para soportar un orgasmo brutal que la estremeció entera.

—¡Dios mío! —musitó ella, casi a punto de marearse.

—Espera... —susurró Gustavo, mientras seguía estimulando con los dedos ese punto rugoso de la anatomía de Bárbara que conocía tan bien.

—No sé si podré correrme más... Estoy al borde de la muerte...

—Yo te resucito, tranquila...

Gustavo siguió con las caricias, penetrándola cada vez con más

contundencia, estimulándole la pared vaginal frontal, hasta que la sintió otra vez tan excitada, que solo tuvo que presionarle unas cuantas veces el clítoris con el pulgar para que se corriera derramándose entera.

Bárbara con unas ganas absurdas de llorar, porque esas cosas solo le pasaban con él, le agarró fuerte por el cuello cuando él se incorporó, le plantó un besazo en la boca y luego susurró todavía jadeante:

—No sé cómo lo haces, pero gracias, muchas gracias...

—Joder, gracias a ti por darme tanto... —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Y tras besarla otra vez, Gustavo se levantó al cuarto de baño a por una toalla y un condón...

Luego, la limpió con mucho cuidado, los muslos y el sexo, tanto que se erectó más todavía y le faltó tiempo para ponerse el preservativo, levantarla del sofá y sentarla sobre la mesa de madera maciza.

Ella abrió las piernas con unas ganas tremendas de sentirle muy dentro, y él lo hizo... La empujó para que echara el tronco hacia atrás, colocó la punta de su miembro en el sexo de Bárbara y agarrándola fuerte de las caderas se hundió hasta el fondo.

Bárbara gimió y él deslizó las manos hasta los pechos que acarició con la yema de los dedos, y luego los apretó para hacerla gemir más todavía.

Y así empezó a hacerle el amor, penetrándola profundo y lento, hasta que ella le pidió más y se lo dio.

Gustavo fue implacable y duró, la folló como sabía que le gustaba, como se moría por hacérselo y llegó un momento en que aquello fue tal locura que él solo tuvo que rozarle el clítoris con los dedos para que se corriera otra vez.

Él entonces, al sentir las contracciones tan potentes del orgasmo de esa mujer que amaba como no había amado a nadie, tampoco pudo más y sucumbió a un orgasmo bestial, entre jadeos broncos y un “te amo” que le salió del alma.

Bárbara le miró con el corazón a punto de salirse del pecho y entonces se escuchó un trueno... Y tembló.

Gustavo la levantó de la mesa, la abrazó con fuerza para que se tranquilizara, pero Bárbara no temblaba por la tormenta.

Sin embargo, no se lo dijo...

Capítulo 25

Después de beberse la botella de champán, hablando de todo y de nada, se fueron a dormir y a eso de las cinco de la mañana, sonó la campanita del teléfono de Bárbara que le alertaba de que tenía un nuevo wasap.

Convencida de que era su prometido, agarró el móvil y se encerró en el cuarto de baño para leerlo.

Aunque Gustavo estaba dormido como un tronco y no se enteraba de nada...

Pero prefirió estar a solas para leerlo...

Si bien, el mensaje no era de Alex.

Barbi, ¿no estarás despierta? Es que estoy fatal. Mira las horas que son y aún no me duermo. La angustia me está devorando.

Bárbara respondió al instante:

Tranquila. Estoy aquí. Te llamo...

Y la llamó con videollamada, sentada en la taza del váter porque intuía que aquello iba a ser para largo.

—Tía, ¿qué hacías? ¿Pis? —le preguntó Laura en cuanto descolgó el teléfono.

—Estaba durmiendo, me ha despertado tu wasap y me he encerrado aquí para hablar contigo.

Laura arrugó el ceño y preguntó muy mosqueada:

—Pero ese no es tu baño. ¿Dónde estás? ¡Y con esa camiseta de tío que llevas puesta! ¡Uy, uy, uy!

Bárbara se llevó la mano a la cara nerviosa y le pidió:

—Mejor no quieras saber...

Laura puso los ojos como platos de curiosidad extrema y replicó:

—Jo, ¿cómo qué no? ¡Lo quiero saber todo! ¿Te has tirado a Gustavo?

—¿Pero tú no estabas tan angustiada y tan mal?

—Sí, pero lo tuyo también. Tela. ¿Y ahora qué vas a hacer? Porque a ti siempre te ha gustado Gustavo, siempre. Yo creo que es tu gran amor...

—*Shhhhhhhhh*. ¡Calla, por Dios! Calla.

—No puedo callar, es que necesito saber ¿cómo coño has acabado en su casa? —preguntó bajando el tono de voz.

Como Bárbara sabía que su amiga no iba a parar hasta que lo supiera todo, le contó:

—Cuando salía de la clínica, me lo encontré en la esquina esperando a que se abriera el semáforo. Llovía a mares, no llevaba paraguas, iba en camisa, y le dije que subiera... Le traje hasta aquí y en el coche...

—Te lo tiraste...

—En el coche nos liamos algo... Luego, seguimos en su dormitorio y acabamos de rematar toda la faena completa en la mesa del comedor.

Laura se llevó la mano al pecho y musitó alucinada:

—¡Madre mía, madre mía, madre mía! ¿Y qué vas a hacer?

—Después de lo que pasó en su dormitorio, me llamó Alex. No pensaba contarle nada, pero en cuanto le vi me sentí tremendamente culpable y le conté lo que acababa de pasar.

Laura que estaba ya que no podía con la perplejidad que tenía encima, le exclamó:

—¿Y habéis roto o qué?

—¡Qué va! Yo le dije que había sido algo sin importancia y replicó que lo entendía perfectamente porque, como no le basta con las pajas para sobrellevar mi ausencia, se acuesta cuando quiere con unas y con otras... Pero solo piel... Sexo por el sexo...

Laura se revolvió el pelo con la mano y sin entender nada, habló nerviosa:

—¿Pero tú no sabías que tenías una relación abierta. O sí?

—¡Yo no tenía ni idea! Me he enterado esta noche. Supuse que los dos practicábamos la exclusividad sexual... Pero no...

—¿Entonces qué vas a hacer, tía? ¿Casarte con Alex y seguir triscándote a Gustavo cada vez que vengas a España? Porque eso de que con Gustavo es solo piel, no te lo crees ni tú... Tú sigues pillada... Vamos, que lo tuyo es un poliamor como la copa de un pino.

—No creo. A ver, con Gustavo es que tengo un lío en la cabeza tremendo. Al principio, pensé que era sexo y ya está, pero a medida que avanzó la noche se fue sincerando y la cosa cambió. Por primera vez reconoció que tenía un trastornazo de pánico que no podía con él. Incluso ha recibido terapia, pero nada... Lo único que ha funcionado ha sido mi compromiso con Alex: la idea de que me va a perder le ha hecho desbloquearse. Y de qué manera... no veas cómo me dice que ama... se me ha removido todo.

—¡Dios mío, lo tuyo es mucho peor que lo mío!

—¿Y qué es lo tuyo?

‘Laura se mordió los labios, puso una cara de angustia terrible y respondió:

—Anoche me llamó Rufus para decirme que a las doce de la mañana llega a Madrid para quedarse.

—Diría que es genial, pero viendo tu cara la verdad es que no sé qué decir.

—A mi abuela le ha faltado tiempo para reservarme una noche en el Palace.

—Jajajajajaja. Perdona que me ría, pero tu abuela es de lo que no hay.

—No me entiende, nadie me entiende. Pero esto no es para mí. Me muero por verle, me gusta muchísimo; sin embargo, solo de pensar en lo que puede venir después, es que me pongo malísima. No puedo conciliar el sueño y ya no sé las veces que he ido al baño.

—Vete a poco a poco, no te proyectes tan a largo plazo... Vive el momento.

Laura se dio un tirón a la sudadera del pijama y reconoció ansiosa:

—No puedo, solo puedo pensar en lo que pasará después...y me aterroriza.

En otro momento, Bárbara habría pensado que su amiga era una exagerada, pero después de la conversación que había mantenido con Gustavo, estaba viéndolo desde otro punto de vista:

—El otro día te dije que eras como Gustavo, sin embargo ahora que conozco por todo lo que ha pasado, me preocupa que tú estés padeciendo algo parecido.

—A mí me han pasado cosas, pero he preferido comérmelas sola.

—Y esas cosas son las que te impiden disfrutar de este momento. De verdad, que lo lamento muchísimo. Rufus es un buen tío...

Laura asintió, bajó más el tono de voz y confesó:

—Claro que lo es. Pero yo también tengo un trauma guapo.

Bárbara se abrazó a sí misma, porque no se le ocurrió nada mejor que hacer y musitó:

—Te abrazo. Lo siento mucho.

Laura respiró hondo y, sintiendo ese abrazo verdadero, cuchicheó:

—No lo sabe nadie. Y con lo cotorra que soy, que lo casco todo... Sin embargo, esto tan fue doloroso que decidí guardármelo para mí. Fue cuando yo tenía veinte años y me quedé embarazada de mi primer novio por un fallo mío al tomarme la píldora. Estaba enamoradísima de este tío, le quería muchísimo, pero en cuanto le conté lo que había pasado: me dejó. Imagina el palo, estaba destrozada. No obstante, saqué fuerzas para sacar adelante mi embarazo, porque yo quería tener a ese niño. A mi familia de momento no le dije nada. En esa época estaba en la facultad por la mañana y tenía un trabajo de mierda por las tardes. Si bien, estaba convencida de que saldríamos adelante mi bebé y yo. Pero el bebé no llegó, tuve un aborto natural a las pocas semanas. Y lo pasé todo sola... —Laura respiró hondo y a pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para evitarlo, dos lagrimones le recorrieron el rostro—. Jo, perdona,

por este numerito. ¡Qué patética soy!

—Eres estupenda y ahora lo entiendo todo...

Laura se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y siguió hablando:

—Desde entonces, no he vuelto a confiar en nadie... Cuando la cosa empieza a ponerse seria, me agobio tanto que me transformo en una tía insoportable y todos se piran... Como lo hará Rufus.

Bárbara negó con la cabeza, convencida de lo que iba a decir:

—Rufus no se va a ir.

—Eso dice él, pero todos se acaban yendo... Ya me encargo yo de que lo hagan.

—Pero esta vez es distinto, porque él te gusta de verdad. Rufus no es como los otros...

Laura volvió y a llorar y confesó:

—Por eso tengo más miedo que nunca...

Capítulo 26

Bárbara, loca por ayudar a su amiga a superar ese trance, le dijo:

—Vete a la cama y mañana te llevo al aeropuerto. Entiendo que estés aterrada, pero ya te toca ser feliz.

—No creo que pueda serlo nunca, el miedo va a ser siempre más fuerte que yo. Me puede, y con Rufus no será diferente... Eso lo sé.

—No lo sabes porque jamás has conocido a un tío como él. Por mucho que te esfuerces en estropearlo todo, este no se va a ir. De momento, has hecho de todo para disuadirle, y ya lo tienes aquí.

—Y no te figuras lo que me agobia que haya dejado atrás su vida en Belfast por mí. Porque ¿si sale todo mal, qué? Él dice que su sueño de siempre ha sido vivir aquí, que está harto de la lluvia y demás... Pero yo qué sé, no quiero hacerle daño...

—¿Daño con qué? ¿Depilándole sus partes con cera ardiendo? —bromeó para quitarle hierro al asunto.

Si bien, Laura estaba en bucle...

—Tú no me conoces de lo que soy capaz cuando estoy aterrada. Soy lo peor.

—Creo que deberías hablar con él y contarle lo que te pasa como acabas de hacerlo conmigo. Y ya verás cómo te entiende y te ayuda... Te lo digo porque si a mí Gustavo me hubiera hablado con la sinceridad que lo ha hecho esta noche, las cosas entre nosotros habrían sido muy diferentes.

—Pero todavía estás a tiempo de lo que sean.

Bárbara resopló porque la verdad era que no tenía ni idea, estaba muy confundida:

—Lo que ha pasado esta noche ha sido de lo más inesperado. No estaba en mis planes, me ha descolocado por completo. Pero no soy poliamorosa...

A Laura le cambió la cara, de imaginarse otra vez a su amiga y a su jefe juntos:

—O sea que te quedas con tu jefe... —dijo con una sonrisa enorme.

—Lo que digo es que esto de estar con dos a la vez acaba aquí. Mi prometido podrá tener sexo por el sexo, pero yo no. No, porque yo con Gustavo siento cosas... Yo pensaba que no, pero sí... Y más ahora que me ha dicho que me ama de una forma tan intensa que me ha dejado temblando como una hoja el muy cabrón.

—Porque le quieres.

Bárbara se mordió los labios de pura ansiedad y reconoció:

—Solo sé que esto es una faena tremenda. ¿Y sabes que me ha sido fiel durante todos estos meses? Esto es de traca. Tengo un ex que me es fiel y un prometido que se lo monta con la primera que pasa. No, si lo que no me ocurra a mí...

—A mí es que lo de la relación abierta no me va nada... —aseguró Laura.

—Alex dice que valora más la lealtad y el compromiso.

—¿Y tú qué dices?

—Solo sé que tengo que salir de aquí antes de que volvamos a hacerlo y me confunda más todavía.

—Porque tú quieres a Gustavo y perdona que me ponga pesada.

—Sí que te estás poniendo sí...

—Es solo para ayudarte... Como tampoco puedo dejar de recordarte que Alex se va a liar con unas y con otras siempre que pueda. ¿A ti te va a ese rollo?

—A mí no. Ya te digo que no puedo. He intentado tener sexo por el sexo con este, y me ha dado un estremecimiento cuando me ha dicho que me ama que

por poco no me ha dado algo... Yo no valgo... Yo acabo poniendo toda la carne en el asador, pero este tío por lo visto sí. Folla como quien hace *crochet*... Yo que sé...

—¿No te ha sentado fatal enterarte de que se lo estaba follando todo?

—Pues como me he enterado justo cuando venía de comerme lo que no debía, hasta he podido entender que lo hiciera.

Laura comprobó el estado de su manicura y luego opinó, porque si no lo decía reventaba:

—Tú te has liado con tu jefe porque estás enamorada de él y este se lía con otras porque no te ama tanto como dice.

Bárbara negó con la cabeza porque el asunto verdaderamente importante, a su juicio, era otro:

—Lo mío con Gustavo es tremendamente complicado... Y en cuanto a Alex, es alguien que tiene la facultad de separar sexo y amor. Yo no la tengo, pero él sí... Puede follar sin sentir nada... Así que yo creo que sí, que me ama cuanto dice, la cuestión es si yo lo hago igual... Porque en mi caso, que soy una monógama de lo más aburrida y convencional: ¿qué hago teniendo sexo con mi jefe? ¿No será que la que no ama lo suficiente a Alex soy yo?

Laura sonrió, porque ya veía a su amiga y a su jefe, vestidos de novios a punto de entrar en el altar, y opinó:

—Tía, no le des más vueltas. ¡Es eso! Yo que me quedaría con Gustavo, te estremece y te es fiel... ¡No me jodas, es ideal!

Bárbara pensó en algo que no podía quitarse de la cabeza y se lo dijo:

—¿Y quién me asegura que no le van a entrar los miedos otra vez? Y yo quiero algo serio, quiero formar una familia, tener hijos... Y este está muy trastornado, le puede dar el yuyu de nuevo.

—Pero te ha dicho que se ha *reseteado*...

—¡Vete a saber!

—Yo creo que sí, nunca te había dicho que te amaba y está luchando por ti.

—Jamás pensé que saldría con esto, ya te digo que tengo la cabeza loca. Por eso, me piro: antes de que me confunda más.

—Pero a lo mejor lo que tienes que hacer es confundirte del todo para tomar la decisión más adecuada.

—Como folle otra vez con Gustavo te digo yo que pierdo la lucidez por completo. ¡Quita, quita! Me voy que necesito tener la cabeza bien fría para aclararme. Dime a qué hora paso a por ti...

A Laura se le demudó el semblante y reconoció casi encogida:

—¡Calla que voy a tener que cortarte que estoy poniéndome fatal!

—Dime la hora, solo tienes que responder eso.

—A ninguna. ¡No doy un céntimo por mí! A Gustavo le veo completamente curado, pero lo mío no tiene arreglo. Estoy tan herida y tan traumatizada que a este hombre le voy a volver loco de remate y no se lo merece. Creo que lo mejor es que tú vayas a Barajas y le cuentes cómo es tener una relación con un trastornado como nosotros. Pero ni se te ocurra chivarle que Gustavo se ha recuperado, no vaya a ser que piense que para mí también hay esperanza. Porque no la hay, para mí te juro que no la hay...

—Bueno, lo de Gustavo está por ver...

—Te digo yo que sí, que lo padezco. Si te ha dicho que te ama, así a bocajarro, y mientras te folla salvajemente: tía, no lo dudes. Este se ha curado. Yo no puedo hacer eso. Vamos, ¡ni borracha! Hazme caso que sé de lo que hablo.

Bárbara se puso de pie, porque si algo tenía claro era que tenía que marcharse de allí cuanto antes y le preguntó a su amiga:

—¿Y a ti te apetece hacerlo salvajemente con Rufus?

—¡Joder, claro! Si me corro de solo pensar en sus ojazos verdes, su cuerpo de armario y su voz rasposa.

—Es que no tienes que pensar en nada más. Mañana nos vamos a recogerlo, os dejo en el Palace y tú solo tienes que centrarte en eso.

—Ya, pero no me voy a pasar el día entero follando. Querrá hablar... Y ahí es cuando de pensarlo hiperventilo.

—Pero hablas todas las noches con él y no hiperventilas. Es lo mismo pero mejor porque tienes los cinco sentidos.

—Jo y ¡cómo huele! Huele a irlandés *sexy*, vamos, no he olido a más irlandeses que él, pero huele a lluvia, a musgo, a leña, a mar...

Laura suspiró solo de recordarlo y Bárbara sonrió:

—A las once paso a recogerte. Vete a la cama, anda. Y no le des más vueltas.

—Es que mi problema es ese, que no puedo parar de dar vueltas y pensar en infinitas desdichas...

—De momento, tú solo piensa en la desdicha de su cuerpo de armario empotrándote.

Laura resopló, medio sonrió y luego masculló:

—Lo intentaré...

Capítulo 27

Laura no pegó ojo en toda la noche y, a pesar de las tres tilas que le preparó su abuela, los dos lexatines y la musiquita relajante que Bárbara puso en el coche, estaba de los nervios.

Cómo no sería la cosa, que Bárbara tuvo que arrastrarla para que fueran a recibir a Rufus, mientras ella no paraba de repetir que aquello solo podía salir fatal.

Tan fatal que en cuanto le vio aparecer, Laura se lanzó al cuello de Rufus y no dejaron de besarse, ni de abrazarse, como si todavía no creyeran que aquello pudiera ser cierto.

Pero lo era.

Nada podía remediarlo y Bárbara les llevó, encantada de verles tan felices, hasta la puerta del hotel Palace...

—¡Pues hemos llegado! —les dijo mientras miraba de reojo por el espejo cómo seguían besándose.

Laura que con la emoción del momento, y los besos y los abrazos, había dado esquinazo al pánico, al percatarse de que había llegado el momento de quedarse a solas con Rufus, sintió tal vértigo que le pidió a su amiga con una cara de susto tremenda:

—Aparca y te quedas a comer con nosotros.

Bárbara negó con la cabeza y repuso porque era la verdad:

—No puedo, tengo muchas cosas que hacer...

Bueno, más que hacer tenía demasiadas cosas en las que pensar después de todo lo que había pasado con Gustavo.

—Ya quedaremos otro día. ¡Muchas gracias por todo, Bárbara! —exclamó

Rufus que le pareció a Bárbara mucho más guapo que en las fotos y mucho más todo, porque la verdad que ese tío era para llevárselo a casa.

—Claro que sí...

—¡Fenomenal! Voy a coger mis maletas...

Rufus se bajó del coche y mientras sacaba el equipaje del maletero, Laura le apretó fuerte el hombro a su amiga y le suplicó muerta de la ansiedad:

—Por favor, Barbi, no nos dejes solos. ¡Te necesitamos!

—Solo me faltaba ya ponerme a hacer tríos, con la que tengo encima — bromeó Bárbara entre dientes.

Laura se acercó más a ella todavía y le cuchicheó al oído:

—No te vayas por Dios, que creo que me gusta demasiado...

—No me extraña, está buenísimo y el tío es total. Es divertido, cariñoso, atento, inteligente... ¡Como para que no te guste!

—Me gusta pero estoy hiperventilada y con un dolor de tripa que me cago. Aparte de con unas ganas de huir que ni imaginas... ¡Dime que soy una acojonada, una cobarde, una mierda de ser humano! ¡Es que no merezco otra cosa!

Bárbara cogió a su amiga fuerte de la mano y le habló convencida:

—¡Eres una tía valiente y te admiro muchísimo por lo que estás haciendo!

—¡Venga ya! ¡No me vaciles! ¡Qué mérito el mío, encerrarme en un hotel de ensueño con un cañonazo de tío! ¡Qué valor más grande tengo!

—Pues sí, has vencido tus temores y estás aquí. Ahora tienes que dejarte llevar, como has hecho cuando le has visto que te ha faltado tiempo para pegarle un supermorreo... Sigue así. Y ya está. No tienes que hacer nada más que dejarte llevar. No pienses en mañana, ni en pasado, ni en nada más que hoy. Ábrete y confía.

Laura arqueó las cejas y reconoció con una sonrisa traviesa:

—Si yo para abrirme con este no tengo problemas... ¿Tú has visto cómo

está? Yo no recordaba que estuviera tan bueno...

—Digo que le cuentes lo que te pasa, que le expliques por qué tienes esos miedos paralizantes...

—Tengo pavor a que lo que piense de mí, a que me juzgue, a que le resulte ridícula, a que...

—A que nada. Créeme que es lo mejor, él no va a hacer nada de eso, él no es así. Y está enamorado de ti, no hay más que ver cómo te mira...

—Calla, que me clava la mirada de una manera que me teletransporta a un planeta lejano donde floto de puro éxtasis.

Bárbara no pudo replicar nada porque Rufus apareció con una sonrisa enorme cargado con las maletas y le dio de nuevo las gracias:

—Un placer conocerte y muchas gracias por cuidar de ella.

Laura que seguía sentada detrás cuchicheó:

—¡Ay madre, dice eso de cuidar de mí como si fuera tu amiga la panoli!

Bárbara sacó la mano por la ventanilla y le dijo a Rufus:

—Igualmente, ahora te toca a ti cargar con esto... —bromeó Bárbara, y Rufus soltó una maleta para cogerle la mano, estrecharla y luego darle un beso en la mejilla.

—¡Resignación, ya no queda otra cosa! —repuso Rufus, siguiéndole el rollo a Bárbara.

—Si queréis me voy y seguís aquí de bromitas hasta mañana —intervino Laura cruzándose de brazos.

Bárbara se giró y le dijo a su amiga divertida:

—No, tú te bajas y disfrutas del hotel, que tu abuela ha hecho un esfuerzo considerable... Y no es por meterte presión...

—Se ha empeñado en que esto es una vez en la vida y ha tirado la casa por la ventana: habitación Premium con vistas a la ciudad y cama extragrande —le contó Laura.

—¡Es terrible, tía! —replicó Bárbara muerta de risa.

—Pues sí que lo es, porque se está tomando esto como si fuera la noche de bodas o qué sé yo...

—Pues casi... —dijo Bárbara.

—No seas zorrasca que me voy a poner más nerviosa todavía...

—¡Venga, vete de una vez! ¡Mucha suerte, amiga!

Laura agarró a su amiga por el cuello, le plantó un beso en la mejilla y le dijo:

—A ti también. Espero que mi ejemplo te sirva al menos para entender un poco más a Gustavo. De verdad que se pasa fatal cuando uno tiene tanto pánico... Créeme que sí...

—Que sí, que te creo... Y os entiendo. Pero han pasado demasiadas cosas entre Gustavo y yo.

—Creo que todavía estáis a tiempo.

—La que lo está eres tú, así que vete de una vez...

Laura salió al fin del coche, agarró una de las maletas de Rufus y esperaron a que Bárbara arrancara y se marchara para entrar por fin en el hotel.

Luego se registraron y ya en el ascensor, Laura confesó:

—Estoy muerta de los nervios, si no llega a ser por Bárbara te juro que no estaría aquí.

—Ya imagino —replicó él, como si fuera lo más normal del mundo.

Luego la estrechó contra él, la besó en la boca, intenso y profundo, y ella casi sin aliento musitó:

—Es que de verdad que te prometo que estoy ansiosa perdida...

Rufus le lamió los labios con unas ganas infinitas de devorárselo todo y, como si no tuviera ninguna importancia, reconoció:

—Yo también...

Laura sintiendo la erección durísima de ese tío que la miraba con una cara

de vicio que hasta que le estaban doliendo los pezones, reconoció:

—Ya pero lo mío es más fuerte, me he tenido que tomar tres tilas, dos lexatines y Bárbara ponerme en el coche la música de los monjes tibetanos. Pero nada... Estoy que me muero de los nervios... Mira, toca cómo tengo el corazón...

Rufus colocó la mano en los pechos redondos y de tamaño perfecto y los apretó de tal forma que ella gimió.

—¿Cómo quieres tener el corazón Lau, si llevamos tanto tiempo esperando este momento?

Luego se besaron otra vez, restregándose el uno contra el otro, hasta que el ascensor se abrió... y apareció una familia de holandeses.

Así que no les quedó más remedio que separarse, saludaron, cogieron el equipaje y se dirigieron a la habitación mientras Bárbara le explicaba sin parar de hablar:

—Ya sé que llevamos tiempo esperando este momento, pero mis nervios además son debidos a mi condición de panicosa del amor.

—¿Panicosa del amor? —preguntó él, con el ceño fruncido, ya parado frente a la puerta de la habitación y tras dejar las maletas en el suelo.

—Sí, tengo un miedo que se me va de madre y que no puedo controlar, por algo que me sucedió en el pasado —soltó Laura, así del tirón, y sin anestesia.

Rufus abrió la puerta, sonrió y le dijo mostrándose de lo más comprensivo:

—Ahora me lo cuentas tranquilamente...

—Tranquila no creo, porque mira lo hiperventilada que voy, pero te lo tengo que contar para que entiendas porque estoy así y actúes en consecuencia... Yo creo que no tengo arreglo, vaya que lo mío no tiene remedio, y cuanto antes lo sepas mejor...

Rufus se encogió de hombros y dijo su verdad, la única que tenía:

—Lo mío contigo sí que no tiene remedio, Laura.

Capítulo 28

Pasaron a la habitación, dejaron las maletas junto al armario y se quedaron alucinados con la maravilla que estaba ante sus ojos:

—Estaré toda la vida agradecido a Saturia por esto... —comentó Rufus, emocionado.

—Ha pagado la habitación con parte del dinero que tenía ahorrado para la reforma del cuarto de baño. Yo le he dicho que no se gastara la pasta en esto como ochocientas veces, pero es muy terca.

Rufus se acercó a Laura, la agarró por la cintura, la estrechó contra él y afirmó:

—Yo le regalaré el cuarto de baño nuevo.

—¿Qué? ¿Tú sabes lo que cuesta?

—Tengo ahorros, me paso el día currando en el bar, tampoco es que gaste mucho y es lo menos que puedo hacer por procurarnos este momento.

—La verdad es que es una pasada... —dijo Laura, apartándose de él y yéndose hacia el ventanal para contemplar las vistas—. Mira, ven a ver esto...

Rufus se acercó hasta ella, se quedó fascinado con la ciudad y luego suspiró y confesó:

—Siento que he llegado a casa.

Laura lo abrazó emocionada y le dijo risueña con los ojos brillantes:

—La verdad es que no estaría nada mal vivir en el Palace como dos millonetas.

—Te lo digo en serio, yo estando a tu lado: siento que por fin estoy en casa.

Laura se abrazó más fuerte a él, le olió porque se moría por hacerlo, olía tan bien y luego susurró:

—Estoy encantada de que estés aquí, a pesar de mis neuras.

Rufus la tomó de la barbilla para que le mirara a los ojos y le dijo:

—No sé qué te habrá sucedido en el pasado, pero yo quiero hacerte feliz.

Laura se mordió los labios y, con unas ganas de llorar tremendas, habló:

—A lo mejor es un error estropear este momento con un mal recuerdo...

—No, si ese recuerdo es lo que te impide sentir y disfrutar de esto... Tienes que contármelo...

—No lo sabe nadie. A Bárbara se lo conté anoche porque estaba tan asustada que acabé largando como no lo había hecho nunca. Después, de conocer mi historia me aconsejó que te lo contara para que me entendieras. Su ex es otro panicoso y ella ha sufrido muchísimo con eso... tanto que se va a casar con otro, cuando yo creo que está enamorada de su nuestro jefe. Anoche estuvieron juntos y él se abrió en canal...

Rufus que conocía la historia de Bárbara porque Laura le tenía al día, exclamó:

—¡Pobre Bárbara! ¿Y ahora qué va a hacer?

—Tiene una encima... El viernes se lió con Gustavo, luego se lo confesó a su ex y cuál no fue su sorpresa cuando este le dice que no pasa nada, que él folla cuando le place, porque con las pajas no le basta.

—¡Ah, pues a mí sí que me han bastado! Yo te he sido fiel todo el tiempo...

Laura sonrió feliz al escuchar aquello y confesó también:

—Y yo. Es que no tengo cabeza para nadie más que tú. Y en cuanto a Bárbara, después de hablar con Alex: volvió a liarse con su ex y él le confesó que estaba muerto de pánico por sus traumas... La ex se piró y le dejó con el niño... No es que él esquivara el compromiso porque no la quisiera lo suficiente, ni por egoísmo o inmadurez... Es el puto pánico que yo también tengo porque a mí me dejó mi primer novio en cuanto se enteró de que estaba embarazada y luego al poco tuve un aborto natural.

—¡Joder, Laura, lo siento! —susurró Rufus, abrazándola, perplejo por lo que acababa de escuchar.

Laura se abrazó a él, lloró, pero sintió un alivio tremendo después de haber podido soltar eso que la tenía lastrada por completo.

—Lo viví sola, no quise contárselo a nadie y desde entonces me veo incapacitada para tener una relación seria. No puedo...

Rufus sin dejar de abrazarla, y con los ojos llenos de lágrimas también le contó:

—No es que esto sea una competición al mejor drama, pero mi mejor amigo se fue con mi novia de toda la vida... Todo un clásico.

Laura se apartó un poco de él, se enjugó las lágrimas con los dedos y replicó:

—Ese detalle no me lo habías contado, solo que ella te dejó...

—Se fue con Liam, con mi mejor amigo... Y los perdí a los dos... Luego, tuve otras novias, pero con ninguna cuajó porque tenías que llegar tú.

—Uf. ¡Qué envidia me da escucharte! ¡Qué suerte ser un kamikaze y seguir creyendo en el amor! Yo es que no puedo...

—Kamikaze no. Es lo que siento, quiero estar contigo y es lo único que sé. Yo no voy a irme, yo estoy aquí y voy a seguir estando pase lo que pase. Si quieres...

—Claro que quiero, pero tengo pánico a que esto salga mal. Lo pasé fatal y no quiero sufrir. Me juré a mí misma que no lo haría...

—¿Y quién quiere hacerlo? Pero lo que sería triste es que dejaras de vivir esto por miedo...

—Ya lo sé que es triste. Y un maldito martirio...

Rufus la besó suave en los labios y le aseguró:

—¿Y si te prometo que va a salir todo bien?

—¿Has ido a una pitonisa o qué?

—No me hace falta. Es que siento que va a ser así. Y si te quedaras embarazada, te juro que haría el fiestón de mi vida.

—¿Y si no me llegara a quedar? ¿Y si me quedo y lo pierdo otra vez?

—Voy a estar a tu lado en todo, Laura. ¿No entiendes que me siento feliz de estar con la mujer más maravillosa del mundo?

—Sí, vaya maravilla, Lady Cagona, has tenido una suerte, tío. ¡Te felicito!

Rufus sonrió de oreja a oreja y le pidió:

—Vale, pero felicítame con un beso.

Laura le dio un beso fugaz en los labios y luego dijo risueña:

—Ya.

—¡Dámelo con más ganas que soy terriblemente afortunado!

—Desde luego, la cosa es mucho más terrible que afortunada. Pero trae para acá, que yo te felicito...

Laura le agarró por el cuello y le pegó un besazo en la boca, largo, húmedo y con mucha lengua que dio paso a otros más voraces, mientras se quitaban las ropas con ganas de todo.

Y ya medio desnudos, Rufus la cogió en brazos y ella rodeó el cuerpo de armario con las piernas...

—Si esto está yendo muy deprisa, dímelo y nos vamos a ver museos o al Retiro o a donde quieras. Tú exprésate. ¡No te quedes con nada dentro! —le pidió Rufus con la cara manchada del pintalabios rojo de Laura.

—No, si yo dentro lo que tengo son unas ganas, hijo mío... —reconoció Laura, limpiándole la boca con los dedos que él mordisqueaba sin cesar.

—Pues yo...

Laura movió un poco las caderas para restregarse contra la dureza de ese hombre que le comió la boca entera, la dejó sobre la cama y, tras romperle la ropa interior, le abrió las piernas y fue derecho a su sexo, para devorarla sin piedad.

Rufus era tan bueno haciendo eso, que Laura gritó, le tiró del pelo y le suplicó que no parara aferrada a las sábanas.

Y él obedeció, llevaba tanto tiempo deseando tenerla así, que lamió, chupó y mordisqueó, hasta que la notó tan excitada que le estimuló fuerte el clítoris y ella se corrió arañándole los hombros.

Luego, se tumbó a su lado, la besó en la boca desesperado y musitó:

—Te quiero, Laura. Te quiero.

Laura con el corazón a mil, y sintiendo demasiadas cosas, solo pudo farfullar...

—¡Ay Dios!

Rufus al advertir que el pánico volvía a la mirada de Laura quiso tranquilizarla:

—Tenía que decirlo, pero tú no te agobies. No pasa nada. Está todo bien.

—De verdad que lamento ser así, porque...

Rufus no le dejó terminar la frase, la besó otra vez y ella le devolvió el beso con más ganas todavía:

—Me encanta como eres. Así que no lamentes nada... —le pidió Rufus.

—¡Jo tú sí que me encantas! —replicó Laura, acariciándole la espalda enorme—. Me gusta todo... y lo que acabas de hacer: no recuerdo haber sentido nada parecido en la vida. O no me acuerdo.

—Si quieres repetir otra vez: tú mandas. Lo que quieras...

—Repetiría hasta la muerte... —confesó Laura con la vista clavada en esos ojazos verdes que la tenían loca.

—Estoy aquí para servirte...

Rufus que se moría por hacerlo, sonrió y sacó de la cartera que tenía en el bolsillo de atrás de los Dockers un preservativo.

Ella se lo arrebató de la mano y él se descalzó, se quitó el pantalón y los calzoncillos, mientras Laura lo abría.

Y ya desnudo, Laura agarró la erección con firmeza, la acarició y le enfundó el condón...

—Me muero por hacerlo... —confesó Laura, y sin dejar de mirarlo y con el corazón que se le iba a salir del pecho, se sentó encima de él a horcajadas.

Rufus gimió al sentir que se había hundido por completo dentro de ella y le acarició los pechos con la yema de los dedos a la vez que ella empezaba a mover las caderas.

Y de qué manera...

Lento y profundo, comenzaron a hacer el amor, hasta que aquello fue pidiendo más y Rufus la agarró por el cuello y la pegó contra su cuerpo para besarla con fuerza en la boca.

Luego se incorporó, se levantó cogiéndola en volandas, ella rodeó el cuerpazo con las piernas y así la llevó contra la pared de enfrente de la cama.

Laura al sentir el frío de la pared en la espalda, pensó que no podía tener más suerte.

Y sonrió feliz.

Rufus era un empotrador de verdad, de los que no presumen: ejecutan. Sin más...

Y ese era un regalo de la vida que iba a gozarlo, que ya tendría tiempo después para agobiarse.

Por lo que, con la mirada encendida de deseo, le pidió soez como requería la ocasión:

—¡A tomar viento el puto pánico de los cojones! ¡Fóllame, Rufus!
¡Destrózame!

Y Rufus lo hizo...

La penetró con contundencia, implacable, arrancándole jadeos escandalosos y procaces, a la vez que ella se aferraba a él.

Y es que aquello era una locura.

Rufus lo daba todo...

La agarraba con fuerza, jadeaba, la besaba sucio, la miraba con amor y la follaba tan duro que de la potente fruición ella sucumbió a un orgasmo brutal, que él sintió perfectamente.

Y ahí ya sí que Rufus no pudo más y orgasmó detrás de Laura, mientras no dejaba de gritar que la quería...

Capítulo 29

Exhaustos y sudorosos, se tumbaron en la cama y Rufus que se le iba a salir el corazón del pecho de tanto amor, la cogió de la mano y le dijo:

—He traído algo que me gustaría entregarte, pero tú tranquila... ¿De acuerdo?

Laura convencida de que sería un *souvenir* de Irlanda, un imán de frigorífico o una jarra de cerveza Guinness, sonrió y respondió todavía en la nube del post-orgasmo:

—Descuida que con lo que me has hecho estoy que floto por ocho galaxias...

—Genial, espera un momento entonces...

Rufus se levantó, cogió algo del bolsillo del pantalón y volvió a la cama con los ojos más que chispeantes:

—¿Uy qué será? —preguntó Laura, incorporándose un poco, y con la vista puesta en la cajita que Rufus sostenía con sus portentosos dedos.

Rufus abrió la cajita, apareció un anillo de oro blanco y diamantes y musitó emocionado:

—Espero que te guste.

Laura miró el anillo alucinada y preguntó segura de que estaba en lo cierto:

—¿Es del Museo del Titanic, verdad? Tiene pinta de réplica del anillo de alguna pasajera ilustre...

Rufus negó con la cabeza y le explicó intentando ser lo más suave posible:

—Es un anillo de pedida que he comprado para pedirte que te cases conmigo, pero no hay prisa ninguna... No tienes por qué responder ahora, yo solo quiero que sepas que quiero comprometerme, que estoy aquí para

quedarme y que tengo la firme decisión de amarte para siempre. Me habría puesto de rodillas, pero no quiero que entres en pánico...

Laura hiperventilando otra vez y, con la garganta seca, replicó:

—¡Ya estoy atacada! ¡Es horrible! ¡No haberme dicho lo que era! Madre mía, ¿pero cómo se te ocurre pedirme que me case contigo? Así... como si nada... De golpe y porrazo... Sin anestesia...

—Te lo pido justo después de haberte amado entregándote la vida, mi alma y mi corazón...

—Sí, bueno, me lo has comido y me has empotrado como un campeón, pero vamos...

—Te lo he dado todo, y por si acaso te ha quedado alguna duda de lo que siento por ti, aquí está el anillo para que sepas que quiero amarte hasta que me muera.

Laura se abanicó con la mano, intentó calmarse respirando lento y profundo, pero es que ni le entraba el aire de los nervios.

—¡Dios mío, Rufus! Ha sido un polvazo, tanto que si me muero ahora mismo de la ansiedad que tengo, me daría igual, porque pocas cosas en la vida pueden superar a lo que tú me acabas de hacer. Pero esto del anillo de verdad que no hacía falta...

—Claro que hace, tú lo necesitas, quiero que tengas la seguridad de que yo no me voy a ir. Y aquí está el anillo, cógelo que es tuyo...

Laura miró el anillo y, como si fuera el Anillo Único forjado por Sauron, exclamó horrorizada:

—¡No puedo! Es que no... ¡No puedo!

Rufus la vio tan angustiada que cerró la cajita y la guardó a toda prisa otra vez en el bolsillo del pantalón.

Luego volvió junto a ella, la abrazó fuerte y le susurró:

—Lo siento. Pensé que te haría sentir mejor.

—Perdóname tú, si es que estoy trastornadísima. Veo el anillo y me pongo a hiperventilar. Si es que el trauma me puede. Que te digo yo que no tengo remedio...

Rufus la besó en los labios y le dijo con una cara de enamorado que no podía con ella:

—Que sí, mujer, tú abrázate fuerte a mí y ya está.

Laura le abrazó, y le encantaba hacerlo porque no había nada que la hiciera sentir más segura que abrazarse a ese pedazo de hombre, y replicó:

—¿Cómo va a estar si tú quieres casarte conmigo y yo tengo fobia al compromiso?

Rufus le acarició el rostro con su pedazo de mano y le preguntó:

—¿Tú estás a gusto en mis brazos?

—¡Joder, Rufus, para no estarlo! Menudos brazacos que tienes y con lo que me ponen tus tatuajes...

—Quédate con eso, quédate pegada a mi pecho y ya está... —susurró acariciándola el pelo.

—¡Qué pesado con que está! Pues no está, tío, no está: tú quieres un compromiso y yo soy una puta loca.

Rufus descendió con la mano lento y fuerte por la espalda y cuando llegó al final, le agarró de las nalgas, le apretó contra él y le susurró:

—*Sssshhh*. Deja de hablar de ti así y siente, solo siente...

A la mañana siguiente, después de pasarse la noche entera sintiendo y solo sintiendo, Rufus le pidió a Laura, tras el desayuno que devoraron en la cama,

que fueran a misa de doce a la Basílica de Jesús de Medinaceli que estaba al lado.

—Es muy importante para mí. Tengo que dar gracias por tanto... Y pedir para que nos siga iluminando... —dijo él.

—Yo es que no voy a misa desde que dejé el colegio de monjas allá por el bachillerato. Pero el Cristo de Medinaceli hace milagros, igual conmigo también...

—Más milagros que el de estar juntos, es imposible.

—Sí, juntos, pero yo tengo mucho miedo Rufus, mucho....

—Sí, pero ya sabes lo que hay que hacer para combatirlo. ¿No has estado de maravilla todas estas horas que llevamos juntos?

—Sí, pero no nos vamos a pasar la vida entera a base de terapia de polvos. Así que de verdad que yo necesito un milagro...

—Pídelo... ¿O no recuerdas estos versículos del evangelio de san Mateo que dicen: “Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá”?

Laura se quedó mirando a su irlandés tan buenorro, con sus tatuajes y tan espiritual y pensó que a cada instante le gustaba más.

Luego, suspiró y a pesar de que no era una mujer de fe, decidió que no perdía nada por rogar por el milagro:

—Vale, pediré... Y luego, tendríamos que dejar las maletas en casa de tu amigo para no ir paseándolas por la ciudad.

—Yo es que me muero por conocer a Saturia... Había pensado en ir para allá en cuanto salgamos de misa.

Laura no pudo evitar partirse de risa porque desde luego que el plan era de lo más apetecible:

—Misa, mi abuela, ¿y lo siguiente qué es? ¿Jugar al dominó con los abueletes del bar de la esquina?

—De verdad que me hace muchísima ilusión que vayamos a ver a tu abuela,

almorzamos con ella y luego ya vemos lo que hacemos.

Laura se mordió los labios porque empezó a ponerse nerviosa de solo pensar que Rufus podía tener la ocurrencia de querer irse a vivir con ella y con su abuela...

—Tendremos que irnos a casa del amigo de tu amigo a dejar las maletas...
—insistió.

Rufus retiró las bandejas del desayuno, que dejó en el suelo y luego le dijo tan tranquilo:

—Me quedaré durmiendo en el sofá del chico este hasta que encuentre un alquiler en un sitio bonito para que vengas a verme cuando quieras... Y no hiperventiles por esto, que está todo bajo control.

Laura respiró un poco más aliviada y replicó:

—Está bien.

Rufus la miró feliz, la abrazó pegándola contra su cuerpazo y luego afirmó convencidísimo:

—Sé que llegará el día en que me dirás: “Rufus, devuélveme mi anillo de compromiso y pidamos cita en la parroquia donde nos casen antes. ¿Qué tal la semana que viene?”.

—Jajajajajajajajaja. Lo flipas, Rufusín.

—Y tendrás miedo, porque el miedo estará ahí siempre, pero tu amor será muchísimo más grande. Ya lo verás, ya...

Capítulo 30

Después de misa, cogieron un taxi, desde donde Laura avisó a su abuela de que iba para allá con Rufus.

Y Saturaia, como era normal, la regañó por no avisarla con más tiempo, porque ella era tremendamente coqueta.

Pero con todo, en cuanto les abrió la puerta de la casa apareció espectacular con un traje de punto de Escorpión y un chal de lana de cabra hilado con rueca en el que se embozó con mucho estilo.

Además se había pintado la raya del ojo en azul, a juego con su pelo que estaba divino porque esa noche había dormido con rulos, llevaba sus polvos de Maderas de Oriente en las mejillas y el pintalabios rosa de Guerlain con el que le pegó dos besazos a Rufus que le dejó con los carrillos manchados.

—¡Qué ilusión más grande que estés aquí, Rufo! ¡Pero qué ilusión! — exclamó Saturaia que no solo le pegó dos besazos, sino que después lo abrazó estrujándole con fuerza.

—Abuela que se llama Rufus... —le recordó Laura, porque siempre le llamaba Rufo.

—No pasa nada, me encanta... —dijo Rufus que seguía sin despegarse de Saturaia—. ¡Qué ganas tenía de abrazarla, doña Saturaia! ¡Es que de verdad que no lo imagina! En cuanto me enteré de que Laura tenía una abuela, me volví loco porque yo ya no tengo.

—Pues a partir de ahora ya tienes otra vez... Soy toda tuya. Y porque no me pillas con veinte años menos, que si no también me tendrías de pretendiente.

—Y yo feliz...

Rufus le pegó otros dos besos en las mejillas y luego ella le felicitó

diciendo:

—¡Así se habla! ¿Ves? Esto es un tío... —le dijo a su nieta—. ¿Qué tal en el Palace?

—No exagero si le digo que ha sido la mejor noche de mi vida. Y todo se lo debemos a usted, que le prometo que le voy a poner un baño de revista de decoración cara.

—No hace falta, hijo. Me hacía mucha ilusión regalaros esa noche especial. Ya me contaréis los detalles... Pero pasad de una vez...

Entraron en casa y Laura abrió la puerta de su habitación que estaba junto al descansillo para que Rufus dejara de momento su equipaje.

—Puedes ponerlo ahí... —dijo Laura señalando a los pies de la cama.

Y Rufus al pasar a esa habitación que conocía tan bien gracias a las videoconferencias se quedó fascinado:

—¡Sabía que olía así! ¡Justo así! A flores frescas, a vainilla, a frambuesa, a...

—A Mimosín Intenso Estallido de Pasión, es el suavizante para la ropa. Pero no le cuentes a nadie el secreto —confesó Satoria, alzando las cejas—. Y ya verás qué bien vas a dormir aquí, la habitación da un patio de lo más animado, nunca dejan de pasar cosas. Y la cama es de 1,35 ideal para enamorados.

Laura miró a su abuela horrorizada y negando la cabeza le recordó:

—Rufus no se va a quedar con nosotras, le esperan en la casa del amigo de su amigo.

Satoria miró a su nieta con cara de: “no digas más sandeces, hija mía” y luego afirmó:

—¿Cómo le va a esperar con más ansias ese señor que nosotras? Rufo se queda aquí y por mí no os preocupéis que me marchó a final de mes al pueblo. Soy la encargada de arreglar la ermita y un jardincillo que tenemos, organizo

un mercadillo con productos de la huerta, monto obras de teatro con cuatro chaladas como yo, dirijo el coro rociero y no hago más cosas porque no me siguen el rollo. Pero tengo la cabeza llena de ideas para hacer de mi pueblo algo muy grande... Y aparte de esto, tengo que ver cómo está mi casa, quiero pintarme un par de habitaciones, plantar unos arbolillos, restaurar unos muebles... En fin, que estoy muy liada.

Rufus, que estaba fascinado escuchando a esa mujer con tanta energía, aseguró:

—Quiero ir, tengo que conocer su pueblo. Y la ermita... ¿allí se casa la gente?

Saturia le miró con la misma admiración con la que él la estaba mirando y respondió:

—Ya sabía yo que los tenías buen puestos. ¡Pues claro que sí! ¡Allí te organizamos un señor bodón cuando quieras!

Rufus se quitó la chaqueta de cuero que llevaba y se quedó en camiseta casi a punto de reventar.

—Por mí, doña Saturia, mañana mismo...

Saturia le cogió por el brazo tatuado, lo apretó con cariño y exclamó:

—Tutéame, si hay confianza... Pues anda que no hay noches que te he estado viendo sin que tú te dieras cuenta. Y yo le decía a esta: “píllalo, que este es de los buenos”. Pero es que en directo estás más bueno todavía, Rufo...

Rufus colocó con cariño la mano encima de la de Saturia y repuso encantado:

—Gracias por este recibimiento tan cariñoso, de verdad que me siento como en casa.

Y Laura que lo estaba pasando fatal, aprovechó para insistir porque ella no estaba dispuesta a que Rufus se quedara con ellas:

—Ya, pero es que el amigo de tu amigo te espera... Y creo que lo mejor va

a ser que te vayas para allá.

Saturia dio un manotazo al aire, sacó la lengua y luego exclamó:

—¡Ni caso! Mi nieta es una buena chica, tiene grandes valores, pero como te conté si yo no llego a centrarla aún seguiría empezando carreras absurdas y haciendo cursos más inútiles todavía. Menos mal que la metí en la senda del higienismo dental y encontró su sitio en el mundo. Lo mismo que le digo ahora contigo, Rufo. Es que en cuanto te vi, me percaté de qué pasta estás hecho. ¡Qué ganas tenía de que mi nieta conociera al fin un hombre de verdad! ¡Lo que le he rezado a la virgen, madre mía! Porque mi Laura no es no como yo, que estoy feliz sola. Yo me quedé viuda hace años y no quiero más parejas. Mis hijas y mis nietos viven fuera, si bien Laurita quiso quedarse en Madrid y se vino conmigo con la excusa de hacerme compañía y de que los alquileres son caros: pero la verdad es que no sabe estar sola.

—Saber sé, pero no me gusta. Lo ideal es compartir... —puntualizó Laura, loca porque su abuela se callara.

—Sí, pero yo no me voy a quedar aquí hasta el fin de los tiempos compartiendo contigo. Me encantaría que tuvieras una pareja, porque ese es tu deseo... Compartir. Por eso no paro de rezar por ti. Y mira qué regalito nos ha caído del cielo: un irlandés, con sus ojazos verdes, su cuerpo de estibador y sobre todo huevos, muchos huevos.

Al decir “huevos”, Saturia miró discretamente a la entepierna de Rufus y Laura ya sí que no supo donde meterse.

—Soy hombre enamorado, nada más que eso —dijo Rufus.

—Y romántico, si es que lo tienes todo. Que lo mismo le das a la guitarra que a la mandanga y todo bien... ¡Muy bien hecho! Que se ve que no eres de dejar nada a medias... Y es justo lo que necesita mi Laura... Un tío que esté ahí, con un par, para lo bueno y para lo malo.

—Sí, yo estoy aquí para eso.

—Pues muy bien, Rufo, porque esta chica es que nos salió de natural dispersa y necesita un tío que esté ahí inasequible al desaliento, porque te advierto que es muy cansina. Pero los irlandeses sois como robles, sois fuertes y podéis con todo... Vamos, yo es que solo conozco a los de Benidorm que se pasan desde la mañana bebiendo cerveza y a las once de la noche sigue ahí, de pie... como rocas.

—Sí, bueno... Yo soy muy roca, sí.

Saturia le puso entonces la mano en los pectorales y dijo admirada:

—Ya veo ya, estás de un duro que da gusto, hijo mío.

—Voy al gimnasio, pero es genético, en mi familia somos grandotes.

Saturia que seguía palpándole le dijo achinando los ojos:

—Pues mira que bien, porque mi marido era un esmirriado, así que nos va a venir de maravilla mezclarnos con gente grande. ¡Oy si le hicieras a mi Laurita un Rufito así como tú, tan fortachón, tan guapo y tan todo! Porque mira que te han hecho bien tus padres, Rufo... Se nota que en tu familia tiene que haber mucho amor.

—Sí, somos una piña. La familia es muy importante para mí. Nos gusta estar juntos, compartir momentos, pero ahora siento que mi vida está aquí... que Laura es mi familia. Y tú también, Saturia, por supuesto.

Saturia sonrió feliz, se frotó las manos y habló:

—Ya verás qué boda tan bonita vamos a organizar. Y con Laurita tú tranquilo y mucha paciencia, que otra cosa que tiene buena es que siempre acaba entrando en razón. Le cuesta un poco, pero entra...

—No hay prisa, será todo como Laura disponga...

Capítulo 31

A las cinco de la mañana, Laura se encerró en el cuarto de baño con su teléfono móvil, porque ya no podía más.

Y es que después de ir a cenar al Ñeru con la abuela y de quedarse con ella de tertulia hasta casi la una de la mañana, regresaron a casa.

Laura y Rufus se fueron a la cama y terminaron haciendo el amor, despacito, para no hacer escándalo, cosa que fue horrible porque al hacerlo de esa forma, fue mucho más intenso y más profundo.

Piel, tripas, corazón, cabeza...

Todo junto y mezclado en una fusión tan perfecta que Laura perdió la noción de quién era, de dónde empezaba ella y dónde terminaba él.

Todo era equilibrio, fusión perfecta, un polvo divino que la fundió con el universo entero y que la hizo sentir que todo era posible.

Porque no era ella.

Pero luego volvió a su piel y toda la magia se esfumó de repente.

Ya era ella. Y como siempre, los putos miedos regresaron...

Y aunque a cada instante estaba sintiendo más por Rufus, le gustaba, le ponía, le admiraba, le sacaba de quicio... Lo tenía todo.

El miedo le impedía decirle: “te quiero” porque tenía pavor a que justo en el instante en que pronunciara esas palabras todo se fuera a la mierda.

Era como si esas dos palabras fueran una suerte de maleficio que pudiera echarlo a perder todo.

Y prefería callar...

¿Pero Rufus se merecía eso?

Un tío como él, que lo daba todo, que había dejado todo atrás por ella y al

que le había faltado tiempo para adoptar a su abuela, no se merecía una novia que no tuviera agallas para abrir su corazón.

Pues no. No se lo merecía... Por eso, decidió que lo mejor que podía hacer por él, era alejarse aunque doliera.

Y le dolía demasiado porque en la vida había sentido nada parecido por nadie y nadie la había querido como él lo hacía.

Pero no podía ser...

Los miedos iban a ganar siempre la batalla y lo mejor que podía hacer por Rufus era marcharse muy lejos.

Tan lejos como Perth...

De pronto ese lugar le pareció la mejor opción y a esas horas de la madrugada, mientras escuchaba a la lluvia caer con fuerza a través de la ventana, buscó el correo electrónico donde Bárbara le había reenviado feliz el comprobante de compra su pasaje, tomó nota del vuelo y del asiento, y se metió en la página de la compañía aérea donde su amiga iba a viajar.

Y tuvo suerte, porque justo el asiento de al lado aún estaba libre, lo seleccionó y luego pinchó en: "Comprar".

A continuación, dejó el teléfono sobre el borde de la bañera, regresó a su habitación para buscar el pasaporte y la tarjeta de crédito y regresó con ellos otra vez al cuarto de baño.

Convencida de que eso era lo mejor, dispuesta a fundirse todos sus ahorros en ese maldito billete, terminó de rellenar el formulario y sin pensarlo dos veces, cerró la operación.

Ya tenía billete a Perth.

Y ya se buscaría la vida en Australia...

Se apuntaría a un curso de idiomas y luego...

Ya vería...

De momento tenía un billete para librar al bueno de Rufus de la pesadilla

que era amar a una mujer tan cobarde como ella.

Luego, redactó una carta de baja voluntaria para la clínica y volvió a la cama junto a Rufus sin dejar de repetirse que estaba haciendo lo correcto, a pesar de que sintiera unas ganas infinitas de llorar y a pesar de que estaba loca por despertarlo, para abrazarlo, para besarlo, para volver a hacer el amor y suplicarle que, por favor por nada del mundo, la dejara marchar...

A las diez de la mañana en punto, en cuanto su jefe llegó a la clínica, Laura se plantó en su despacho con la carta firmada y unas ojeras que le llegaban a los pies:

—Solo espero que no estés huyendo... —le dijo Gustavo, tras leer la carta—. Laura se fue de casa el sábado dejándome una nota donde decía que te iba a llevar al aeropuerto para ir a buscar a tu irlandés...

A Laura se le llenaron los ojos de lágrimas y confesó tras morderse los labios:

—Huyo. No puedo hacer otra cosa, Gustavo. Rufus es demasiado perfecto. Y estoy aterrada... Yo también tengo mi trauma, me dejó mi primer novio en cuanto se enteró que estaba preñada y no lo supero. Tal vez tuve que ir a terapia o algo, pero decidí zampármelo sola y así estoy: hecha una loca. Acabo de pasar la noche con un hombre maravilloso, que folla como nadie y que me quiere de verdad y yo me compré un billete a Perth.

Gustavo al escuchar ese lugar se quedó de piedra....

—¿Cómo que a Perth?

—Sentí que tenía que irme muy lejos y qué mejor sitio que a Australia.

Además así me voy con Bárbara, no quiero irme a un sitio sola, me comería demasiado la cabeza, me tengo demasiado miedo a mí misma. Allí al menos la tendré a ella...

—No sé yo. Porque voy a hacer todo lo posible para que no coja ese avión. Y llevo la cosa bastante avanzada...

—Estoy al tanto, pero me temo que no cree en tu “conversión”. Yo le he asegurado que si has sido capaz de decirle que la amas es que estás curado, pero ella desconfía.

—Entiendo que lo haga... No obstante, lo que vivimos el viernes fue demasiado fuerte, por eso se fue... Ahora es ella la que tiene miedo...

—No me extraña, con lo mal que lo ha pasado la pobre contigo. Pero sigue enamorada de ti...

Al escuchar aquello a Gustavo le dio un vuelco al corazón y preguntó:

—¿Te lo ha dicho ella o son suposiciones tuyas?

—Yo lo sé y ella está empezando a dudar de lo que siente por Alex tras haberse liado contigo. Ahora que tampoco te hagas muchas ilusiones, porque no lo tienes nada fácil: te va a costar muchísimo convencerla de que has cambiado.

—Pues lo he hecho...

—Ya me podrías dar unas cuantas lecciones a mí...

Gustavo se quedó mirándola apenado porque sabía perfectamente por lo que estaba pasando y le preguntó:

—¿Tú quieres a ese chico?

Laura se revolvió en el asiento y sentada frente a su jefe no le quedó más remedio que asentir y reconocer:

—Pero se me quedan los “te quiero” atascados aquí, en la maldita garganta.

Gustavo resopló porque de eso también sabía un rato y luego le confesó:

—A mí lo único que me funcionó fue saber que se iba a casar con ese tío,

que la iba a perder definitivamente. Y ahora me salen los “te quiero” a borbotones, los que tenía guardados y todos los nuevos.

—¡Jo qué suerte!

—Me siento como nunca de bien; solo espero que todavía esté a tiempo.

—Te lo vas a tener que trabajar muchísimo, pero Bárbara está loca por ti...

—Y yo por ella. Lo único que necesito es que me mire a los ojos de verdad y sienta lo que ruge en mi pecho. Y en cuanto a ti...

—Lo único que quiero es poner tierra de por medio y que todo pase —le interrumpió Laura—. Es lo mejor que puedo hacer por él, un hombre como Rufus se merece algo mejor que una tía cagada de miedo.

Y tras decir esto, a Laura le empezó a temblar la barbilla, dos lagrimones recorrieron su rostro y luego rompió a llorar.

Gustavo cogió unos pañuelos de papel que tenía en una caja, se levantó para dárselos, la abrazó cariñoso, le dio un beso en la mejilla y exclamó:

—¡Que no, tía, que no! Que si he salido yo de esto que era un caso perdido, ¿cómo no vas a salir tú?

Laura le cogió los pañuelos, se enjugó las lágrimas y replicó:

—Yo no sé, pero tú... ¿Desde cuándo eres tierno y amoroso?

—Si yo puedo, tú puedes... Dame los datos del vuelo, que se me está ocurriendo algo.

Capítulo 32

A última hora de la mañana, cuando Gustavo estaba aflojando el diente de Paspasia con el elevador que acababa de entregarle Laura, le informó:

—La compañía en la que habéis hecho las reservas admite el cambio de titularidad hasta cuatro horas antes del vuelo.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —preguntó Laura al tiempo que miraba cómo su jefe forcejeaba con el diente de esa pobre mujer.

—Que si se ponen las cosas muy feas, yo volaría en tu lugar... Cambiamos el titular, me saco la visa de turista por Internet, que te la dan al momento, y listo.

Laura le miró perpleja porque esperaba cualquier respuesta menos esa:

—Ni de coña. ¡Yo me subo en ese avión como sea! Necesito pirarme a Australia...

Paspasia puso los ojos como platos al escuchar que la auxiliar iba a irse a Australia y Gustavo le aseguró:

—Vamos a trabajar muy duro para que no tengas que marcharte.

—¿Cómo que trabajar duro?

—Tenemos que encontrar algo que te provoque el clic. Como a mí lo me provocó el Moños. Y para eso tenemos que emplearnos a fondo. Tú tranquila que lo vamos a encontrar.

—¿Qué clic voy a tener si estoy dispuesta a pirarme a Australia y a perder a Rufus para siempre?

—Seguro que tienes una clavija... Yo la encontraré y seré el que finalmente se suba al avión, si es que al final Bárbara no cede.

—Esto es de traca, primero me encuentras a mí la clavija y luego la

convences a ella en el avión de que no se case con el Moños.

—Exacto. Y una vez en Perth, nos damos un paseíto, nos bañamos entre tiburones y a los tres días: de vuelta a casa para ser felices.

—Por favor, no digas chorradas.

—¿Más chorrada que marchase a Australia huyendo del amor del tío al que amas?

—Y que se quiere casar conmigo ya mismo en la ermita del pueblo... ¡Quita, quita! Yo me subo al avión con Bárbara que esto no lo resisto.

Paspasia alucinó más todavía con lo que estaba escuchando, justo en el instante en el que el diente cedió y el doctor lo retiró con los fórceps que Laura acababa de pasarle.

—Ya está, Paspasia, uno más para la colección. Con este ya tenemos el rosario —Paspasia hizo una mueca graciosa y Gustavo después de ver cómo había quedado el área consideró que—: Ahora voy a alisar y a remodelar el hueso un poco... Y ya termino...

El doctor procedió, mientras Laura le contaba sus planes:

—Siempre he querido mejorar mi inglés y esta es la ocasión perfecta. Viviré con lo que me des de finiquito acoplada en casa de Barbi y Alex y luego ya iré viendo, a lo mejor necesitan una auxiliar en la clínica donde va a trabajar nuestra amiga.

—Esa clínica me da más mala espina...

—Yo la he visto por Internet y tiene una pinta estupenda —dijo Laura mientras le ayudaba con el aspirador.

—Yo lo único que sé es que necesito volver a tener a Bárbara entre mis brazos y que me sienta, pero claro a ver cómo... Porque lleva todo el día esquivándome...

—Lleva desde el sábado de reflexión, si me entero de algo ya te contaré. Y si al final decide quedarse contigo. *Mmmm....* Pues... le pasaré su billete a mi

abuela.

Paspasia que no salía de su asombro se agarró con fuerza a la silla y abrió más los ojos:

—¿Todo bien Paspasia? —preguntó el doctor que de repente la notó sobresaltada—. Paspasia levantó un pulgar hacia arriba y Gustavo siguió hablando: —No tiene otra cosa que hacer tu abuela que irse a la aventura a Australia. En fin... Yo te pondré en el camino correcto.

Y Gustavo siguió remodelando la zona hasta que después de un rato acabó y decidió cerrar con una pequeña sutura...

—¡Ya hemos acabado por hoy, Paspasia! Enjuágate un poquito, por favor.

Laura ayudó a Paspasia a incorporarse despacio, le pasó el vasito de plástico con el enjuague y luego le ayudó a limpiarse con la servilleta:

—¡Madre mía qué extracción! —exclamó Paspasia, llevándose la mano a la frente.

—¿Todo bien, Paspasia? —le preguntó el doctor, sin saber a qué se refería porque la extracción había ido perfectamente.

—Sí, con el diente bien, pero me teníais loca con la conversación. ¡Cómo se os ocurre hablar de estos temas y yo sin poder meter baza! Sois muy crueles. Pero mucho, mucho...

—Perdona, es que eres la última paciente del día y nos destensamos hablando...

—Si me lo he pasado de rechupete. ¡Menudos enredos que tenéis! Pero la que más envidia me da es la abuela, si es que al final le sale la carambola de subirse al avión. Y es que el sueño de mi vida es conocer Australia. De hecho el otro día le decía a mi hija, que acaba de jubilarse, que por qué no nos hacemos un viaje hasta allá, antes de que los tratamientos dentales se lleven hasta el último céntimo de mis ahorros.

—Ya queda poco, vas a terminar con una sonrisa divina —le aseguró el

doctor mientras Laura le quitaba a Paspasia el babero dental.

Después, Paspasia miró al doctor con una cara de guasa tremenda y le pidió:

—Dame la mano, anda, y ayúdame a levantarme que quiero sentirte con esos abrazos tan buenos que dices que das.

Gustavo le tendió la mano gentil, Laura le ayudó .por el otro lado y tras poner los pies los pies en el suelo, aquel se excusó:

—Perdóname, Paspasia, pero es que solo puede sentirme de esta manera tan especial la doctora Bárbara. Soy un hombre fiel, pero si ella no estuviera en mi corazón no dudes de que te daría gustoso un abrazo de los míos...

Paspasia le miró divertida, le retorció los carrillos con ganas y luego, tras darle un par de bofetoncitos, habló:

—Estaba de broma, doctor. No me gustan los jóvenes...

Gustavo con los carrillos ardiendo, se encogió de hombros y replicó:

—Vaya, es una pena.

Paspasia levantó el mentón, se retocó el peinado con las manos y repuso:

—Pues sí, porque yo soy un caramelito. Pero la doctora es una monería de chica, muy competente, que si ha sido capaz de arreglar el apiñamiento dental de mi nieto el mayor, seguro que también puede con lo tuyo.

—Me ha enderezado por completo, pero todavía no se ha percatado. Es lo que nos falta para que por fin acabemos juntos —explicó el doctor.

—Y es lo que piensas arreglar con el abrazo ese mágico.

—Exacto.

Paspasia echó las manos a volar y aseguró negando con la cabeza:

—Pues lo tienes claro, doctor.

—¿Y eso? —preguntó Gustavo, muy intrigado.

—Porque un enredo como el que tienes solo se resuelve con un gran golpe de efecto.

—¿Cómo qué? —repuso el doctor sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

—Pues como un anillo que te cueste un ojo de la cara, con el que hiques la rodilla en el suelo y le pidas que se case contigo. Lo demás son fruslerías que no te van a servir de nada. Por muy bien que... abrases, ella necesita gestos potentes. ¿Lo pillas, doctor?

Gustavo que estaba boquiabierto, masculló:

—Perfectamente.

—Si quieres peces, hay que mojarse el culo. Ya sabes... Y en cuanto a Laura, te diré que por mucho que huyas tu problema siempre irá contigo.

Laura se encogió de hombros, suspiró y musitó lánguida:

—Lo sé. Pero al menos no haré daño a ese pobre chico. No se merece tener una novia como yo... Tengo pánico al compromiso, sobredimensiono la realidad, anticipo todo tipo de dramas.... Lo mejor es que salga de su vida lo antes posible...

—Te repito que da igual adónde vayas, porque tu problema, o sea él, siempre va a estar ahí. Lo que tienes que hacer no es sacarlo de tu vida, sino cambiarlo de ubicación en tu corazón y ponerlo en la parte soleada...

Capítulo 33

A la hora del almuerzo, Laura quedó con Bárbara y Óscar en un bareto que estaba a diez minutos de la clínica dental para dar esquinazo al resto de compañeros y contarles la decisión que había tomado.

Y claro estos le dijeron lo que era obvio:

—¡Tía, tú estás fatal! —le reprendió Bárbara en cuanto Laura soltó la bomba a los postres.

—¿Pero qué ha hecho ese tiaco para merecer ese castigo? A lo mejor te folló desganao porque venía agotado de la mudanza... ¿Quién no tiene una mala tarde? —sugirió Óscar.

—Rufus. Con ese hombre no existen ni los malos polvos, ni las malas tardes ni nada de nada. Es un dios del sexo. Y encima me ama.

—¿Y lo vas a dejar suelto en Madrid? Te lo van a quitar en treinta y siete segundos —afirmó Óscar.

—¿Qué voy a hacer? No puedo tener nada serio con él, porque tengo un trauma horrible por algo que me ocurrió en el pasado. A Bárbara se lo conté el otro día, me dejó mi primer novio al enterarse que estaba embarazada y perdí el bebé. No me he repuesto aún del golpe...

—¡Joder tía, lo siento! —musitó Óscar, agarrándole de la mano.

—Me lo mamé sola, no quise compartir mi drama con nadie, y bueno... desde entonces no he vuelto a tener nada serio.

—Tía, pero ¿qué prefieres: superar un trauma con un dios del sexo que te ama o con un terapeuta que te cobra doscientos euros por sesión?

—Prefiero huir. Tenía ese dinero guardado para hacerme un viaje a Pompeya este verano, que ya sabéis lo que me pone a mí una catástrofe, y lo he

empleado en comprarme el billete a Perth. Además, así no te dejo sola, Barbi...

—Si te sientes mejor pensando eso... —comentó Bárbara dando un mordisco a la manzana.

—Me siento una mierda en general, pero mi idea es marcharme contigo con el dinero del finiquito, apuntarme a cursos de inglés y vivir con vosotros.

—Jajajajajaja. Laura que yo todavía no sé si me voy a pirar... —reconoció Bárbara para asombro de su amigos.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó Óscar devorando unas natillas.

—Han pasado demasiadas cosas este fin de semana, para hacértelo corto: me encontré a Gustavo sin paraguas y muerto de frío el viernes, en el semáforo de la esquina, lo subí a mi coche para llevarlo a casa y acabamos viendo fuegos artificiales.

Óscar a punto de atragantarse con las natillas solo pudo balbucear:

—No.

—Sí, superpolvazos cósmicos y entre medias una llamada de Alex. Acababa de hacer algo impropio con Gustavo y me entró una culpa tremenda. Me sentí fatal y como detesto las mentiras: le conté lo que había pasado.

Y Óscar, que acababa de terminarse las natillas de la ansiedad que tenía por saber cómo acababa la historia, supuso divertido:

—Y no solo le moló sino que te pidió detalles, mientras se tocaba duro y fuerte.

—Me dio detalles pero de otro tipo: que el tío folla cuando le apetece porque con el autoerotismo no le es suficiente para soportar mi ausencia. Vamos, que tenemos una relación abierta y yo no lo sabía. Me quedé alucinada y luego... acabé otra vez con Gustavo, pero esta vez ya fuimos para adelante con todo.

Y a Óscar eso le pareció lo más normal...

—A ver ¿qué vas a hacer cuando tienes una relación abierta? Pues aprovechar. Es lo lógico. Él no va a estar comiendo a dos carrillos y tú a dieta severa. Nada, Barbi, has hecho muy bien.

—Ya, pero es que Gustavo me pone al borde del abismo...

—¿Eso qué es: sexo anal? —preguntó Óscar que lo quería saber todo.

—No, hablo de sentimientos. Gustavo me hace sentir demasiado y yo tengo un lío tremendo. Porque como le dije a Laura: si lo que tengo con Alex fuera como tiene que ser, yo no habría caído en los brazos de Gustavo.

—En eso tienes razón, yo antes de Pedro caí en todo tipo de brazos: peludos, depilados, blancuzcos, amarillos, chocolates negros, flácidos, musculados... Pero llegó él y se me quitó el hambre... ya solo pecho con mi hombre.

—Es lo que me reconcome y no dejo de darle vueltas y más vueltas... Así que por eso te digo que yo no sé si me subiré al avión... Lo que no significa que vaya a volver con Gustavo. Y digo volver por decir algo, porque como tenía ese pánico tan tremendo, nunca tuvimos nada serio... El viernes me confesó que estuvo en terapia para superar su fobia al compromiso. Que no es que fuera un egoísta y un cerdo, como yo pensaba... Solo era un tío herido y asustado. Está muy tocado por lo de su ex, pero dice que al enterarse de que me iba a casar, algo dentro le hizo clic, sus miedos se hicieron trizas y se supone que se ha curado.

—He estado hablando con él y de verdad que lo ha hecho... Lo de los “te quiero” es muy sintomático —apuntó Laura.

—Sí, antes los tenía atravesados en el píloro y ahora los suelta como quien dice: pásame la sal —comentó Bárbara con sorna.

Laura que se había pedido una tarta de frutas del bosque que aún no había empezado, probó un par de trocitos y desembuchó:

—Está enamoradísimo de ti y está convencido de que si logra que estés otra

vez entre sus brazos y sientas la fuerza de su amor: te quedarás con él.

—¿Pero que tiene ese tío entre las piernas para que vaya tan seguro? ¿Un Kalashnikov? —preguntó Óscar con suma curiosidad.

Laura se echó a reír y luego aclaró mientras se comía su postre:

—Hablaba sin pudor de sus sentimientos, dice que en cuanto le mires profundamente a los ojos sentirás todo lo que tiene dentro o algo así... Pero Paspasia le ha aconsejado que sea más contundente y que te pida en matrimonio con un buen anillo y un buen rodillazo en el suelo.

—Tiene toda la razón. La Paspasia esta es un pozo de sabiduría —comentó Óscar.

—No quiero ni saber por qué Paspasia está al tanto de todo, pero os aseguro que Gustavo jamás me pedirá que me case con él... Ojo, que no quiero que me lo pida... Pero ya os digo yo que no me lo pediría ni de coña. Tal vez se haya curado para soltar los “te amo”, pero de ahí no va a pasar. Y esperad a que no le dé el arrebató otra vez y vuelva a las andadas en breve. No me fío.

Y Laura por supuesto que siguió largando:

—Pues el tío va tan en serio que hasta se ha enterado de que la compañía aérea permite el cambio de titularidad hasta cuatro horas antes del vuelo y tiene pensado comprarme el billete, si es que llegas a viajar, para convencerte en el trayecto de que no te cases... Luego dice que os bañareis entre tiburones, pasaréis por Perth y que a los tres días os volveréis para casita a ser felices y a comeros enteros.

Bárbara soltó una carcajada y luego exclamó:

—¡Este tío se ha vuelto loco!

—Lo que sé es que yo no le voy a vender mi billete y si tú al final decides no subir: le diré a mi abuela que te lo compre con lo que tiene ahorrado para la reforma del cuarto de baño.

—Se te está yendo la pinza de una manera, que al final va a ser peor el remedio que la enfermedad —habló Bárbara.

—Es lo que hay. Y a Rufus por supuesto que no voy a contarle nada hasta que le llame desde Perth y le confiese que lo nuestro no puede ser —aseguró Laura, con un nudo en la garganta.

—Perdona que te diga pero lo que estás haciendo me parece una soberana estupidez. ¡Y encima arrastrando a tu pobre abuela! —exclamó Óscar.

—Tranquilo que Saturia sabe lo que hace, no se va a dejar arrastrar —comentó Bárbara dando un manotazo al aire.

—Es que por mucho que huyas, Lau, ni así te vas a librar de ese pobre hombre —le dijo Óscar, tras apurar su copa de vino.

—Paspasia me ha dicho algo parecido —contó Laura—, y me ha aconsejado que lo que tengo que hacer es ponerlo la parte soleada de mi corazón, o algo así.

—Tiene razón la buena mujer —aseguró Óscar.

—Ya, pero ella no sabe que por culpa de mi puto trauma tengo el corazón gris y mohoso —reconoció Laura mordiéndose los labios de la angustia.

—Como Irlanda, ahora entiendo por qué el dios del sexo se ha pillado por ti —comentó Óscar con guasa para que su amiga se riera.

Bárbara buscó entonces algo en su teléfono y se lo mostró a los dos:

—Pero es que está mintiendo como una bellaca... Esta tía que canta y baila como una loca en el concierto de Bruno Mars no tiene el corazón como una mandarina pocha. ¡No me jodas!

Laura se quedó mirando el video, no pudo evitar partirse de risa, pero luego reconoció:

—Soy una payasa, que oculta dentro una gran tristeza. Es lo típico de los payasos que están todos trastornados...

—Chica, pues yo insisto en lo de superar el trastorno triscando con ese

maromazo...

Laura se encogió de hombros, suspiró y luego reconoció:

—Ojalá, pero lo mío no tiene remedio. De verdad que no.

Capítulo 34

Los días siguieron pasando y Bárbara cada vez que hablaba con su prometido se sentía más y más confundida.

Y no precisamente por haber descubierto que tenían una relación abierta, sino porque no podía dejar de pensar en Gustavo cada vez que conversaba con su prometido.

Realmente, lo cierto era que no podía sacarse a su jefe a ninguna hora de su cabeza, y eso que hacía todo lo posible por esquivarlo y desde el viernes no se habían vuelto a cruzar más de tres frases seguidas.

Y relacionadas con el trabajo...

Pero es que el tío la miraba, le hablaba, la escuchaba, la sentía y hasta la olía de una forma tan intensa y tan cerda que tenía que salir por piernas cada vez que se encontraba con él para evitar cualquier tipo de tentación.

La derretía... Enterita.

Hiciera lo que hiciera, tenía un poder sobre ella, que para nada tenía su prometido que ni la miraba, ni la escuchaba, ni la sentía, ni nada de nada como su maldito jefe.

Al que el viernes decidió por fin plantar cara para romper con esa situación de raíz...

Y es que sucedió que Rufus acudió a buscar a Laura a última hora de la tarde, cuando también estaban a punto de salir Bárbara y Gustavo y los invitó a que fueran al bar donde trabajaba.

A Gustavo le faltó tiempo para aceptar porque estaba loco por volver a hablar con Laura y dando por sentado que Bárbara iba a declinar la invitación.

Sin embargo, cuál no fue su sorpresa cuando Bárbara preguntó:

—¿Quedamos a eso de las diez?

Y si por si acaso ella no se había enterado de que él también iba, Gustavo insistió:

—Pero yo voy, vamos que he dicho que sí. Que me apunto...

Bárbara le miró con desdén unos instantes, le retiró la mirada rápido, porque como se la mantuviera se delataba: y no era plan y replicó:

—Lo sé. Quiero hablar contigo.

A Gustavo le dio un vuelco al corazón, se le encendió la mirada y luego dijo:

—¡Dios mío, gracias! Gracias de todo corazón.

Bárbara le vio tan ilusionado que no le quedó más remedio que decirle:

—No vayas con muchas expectativas, que lo que te voy a decir no te va a gustar.

Gustavo se lo temía, pero en ese instante le dio lo mismo: lo único que sabía era que era viernes y que tenía una cita en un bareto irlandés con la mujer de su vida.

Y aunque fuera para mandarle a la mierda, era una cita... Cosa que le puso hasta duro.

—No importa. Lo soportaré —le dijo con una sonrisa enorme.

Una jodida sonrisa que a Bárbara le provocó un suspiro de lo más absurdo, que intentó disimular fingiendo un bostezo.

—Pues quedamos a las diez... —replicó Bárbara y se marchó a toda prisa de allí, antes de que acabara haciendo más tonterías.

Luego, se fue a casa, se duchó y estuvo como dos horas probándose distintos modelitos hasta que recibió la llamada de Alex.

Alex...

Joder, se había olvidado completamente de él.

—¡Hola! ¡Hola! Perdona, es que se me ha ido el santo al cielo... —se

excusó tras descolgar, y en bragas.

Alex estaba en la cama y parecía que acababa de despertarse:

—Anoche salí y me he despertado ahora mismo... ¿Todo bien?

Bárbara pensó que estaba todo tan bien que llevaba dos horas buscando un estilismo para quedar con su ex.

Un estilismo con el que quería estar *sexy* y dejarle claro a la vez que lo del viernes pasado no podía volver a repetirse.

Ni lo del viernes, ni las miraditas, ni nada de nada...

Aunque hubiera una atracción brutal entre ellos.

Pero que no.

Que no podía ser.

No hasta que lo aclarara todo con el tío tenía enfrente, que le daba lo mismo que estuviera en bragas y que no tenía ni el más mínimo interés en saber adónde iba.

—Sí, sí... Todo muy bien —farfulló Bárbara, mientras seguía dándole vueltas a lo de su atuendo.

—Estoy agotado. Anoche estuve una fiesta y la cosa se complicó... Acabamos ocho en una piscina, con ganas de pasarlo muy bien, y fue una locura... ¿Tú lo has probado?

Al mencionar lo de la piscina, Bárbara recordó que tenía un bañador con un escote de rejilla que pasaba perfectamente por un *body*, que podía quedar fenomenal con una chaqueta fucsia y una falda satinada a juego.

—¿Por qué no? —pensó Bárbara en voz alta.

Alex sonrió encantado y replicó sintiéndose un tío muy afortunado:

—Me encanta que seas abierta.

Bárbara que estaba haciendo memoria para intentar recordar dónde había guardado el bañador, preguntó sin saber de qué estaba hablando:

—¿Abierta?

—Sí, por lo de la piscina, me gusta mucho que estés abierta a explorar otras cosas.

Bárbara, que lo único que estaba dispuesta a experimentar era a usar un bañador como un *body*, masculló:

—Ah, esa exploración... Pues no...

Alex entonces frunció el ceño y preguntó porque se estaba perdiendo:

—¿No te pone la idea de hacerlo con más gente?

Bárbara negó con la cabeza y respondió con la verdad porque ya no tenía sentido decir otra cosa:

—Solo pienso en hacerlo con mi jefe.

Alex respiró hondo, se apartó detrás de las orejas unos mechones que le caían por el rostro y repuso:

—Las fantasías sexuales son muy libres, ¿es solo fantasía o es algo más?

Bárbara se sentó en el borde de la cama, le miró y dijo la verdad:

—Siento hacia él una atracción brutal que jamás he conocido por nadie.

—A mí también me atraen personas con las que tengo sexo y ya está, pero contigo es con quien quiero tener un proyecto de vida, hijos y demás... ¿Tú quieres eso conmigo o con él?

Bárbara arqueó las cejas y después intentó responder a la preguntita...

—Hasta hace poco estaba convencida de que Gustavo era un egoísta que estaba incapacitado para comprometerse, si bien resulta que lo que tenía era un trastorno de pánico provocado por lo que vivió con su ex. Está muy herido, pero desde que se enteró de que me iba a casar contigo, se ha dado cuenta de que lo peor que puede pasarle es perderme. Y... ha cambiado. O eso parece...

—A mí lo que le pase a ese tío me la bufa. Tú límitate a responderme. ¿Quieres estar con él o no?

—Siempre quiero estar con él, pero desconfío de lo que dice. No sé si de verdad está preparado para un compromiso serio.

—¿Pero le amas todavía?

Bárbara que jamás se había atrevido a verbalizarlo, se sorprendió a sí misma respondiendo:

—Sí, es un desastre. Para mí el sexo es importante y solo lo hago con amor. Lo mío no son las relaciones abiertas, no sé cómo no lo hablamos antes...

—Tal vez porque en Formentera te pasabas el día hablando de él, como en Navidad cuando fui a verte... Yo pensaba que estabas un poco obsesionada con tu ex, pero que acabaría pasando. Lo importante era que deseabas lo mismo que yo. He vivido mucho, tengo una vida sexual muy activa, pero me falta algo y tú eres perfecta para dármelo: eres inteligente, guapa, independiente, universitaria, trabajadora, sin antecedentes familiares de alcoholismo, trastornos mentales, obesidad mórbida o enfermedades graves...

Bárbara se quedó alucinada ante las palabras de ese tío que en realidad de quien estaba enamorado era de las supuestas bondades de sus ovocitos. Pero además de eso que era asqueroso, había algo mucho peor:

—Ya, pero yo no puedo tener todo eso contigo cuando tengo a Gustavo demasiado dentro.

—Pero tú misma has dicho que no tienes la certeza de que él pueda darte todo lo que yo estoy dispuesto a ofrecerte. Y tú deseas formar una familia, quieres tener hijos... Ese tío está demasiado trastornado, si te quedas a su lado posiblemente tendrás que renunciar a algo que deseas con todas tus fuerzas.

Bárbara sabía perfectamente que eso podía suceder, pero es que de repente vio más claro que nunca que:

—Sé que Gustavo podría no cambiar nunca, como también sé que no puedo casarme contigo. Soy demasiado convencional como para formar una familia contigo, cuando realmente amo a otra persona.

—Respeto tu decisión, pero te vas a arrepentir. Jamás vas a encontrar un

padre para tus hijos mejor que yo. Ese tío jamás estará a la altura, si es que logras que te haga un hijo... Que lo dudo... Como no le engañes... Y mejor que no porque como el nene te salga al padre, tendrías que cargar con un hijo pelele y cobarde toda la vida. Y sé que tú no quieres eso... Tú deseas reproducirte con una estirpe de guerreros y ganadores como la mía. Yo soy de fiar, tengo una genética envidiable y estoy ansioso por cumplir tu sueño más deseado. Así que antes de que tomes la peor decisión de tu vida, piénsatelo. Eres inteligente y sé que sabrás hacer lo correcto. No hace falta que hablemos más, yo te espero en Perth...

Capítulo 35

Cuando Bárbara llegó a la cervecería irlandesa, saludó a Laura que estaba junto a la barra que Rufus atendía...

—Gustavo está sentado en aquella mesa, está loco por verte —se chivó Laura.

Bárbara le vio, le saludó con la mano y luego le dijo a su amiga:

—Ahora voy a hablar con él, pero vengo con un cabreo monumental. He tenido una conversación con Alex que me ha dejado muerta del asco y de la estupefacción. Estaba en la cama porque anoche estuvo de orgía, y la verdad que me da lo mismo, lo repugnante es que solo le intereso porque considera que mis genes son dignos de mezclarse con los suyos. Y encima está convencido de que me está haciendo una propuesta irrechazable porque jamás voy a encontrar un padre como él.

—Puaj. ¡Qué tío más egocéntrico!

—Lo único bueno de la conversación es que he reconocido que no me puedo casar con él, porque tengo a Gustavo dentro.

Laura se quedó alucinada y le preguntó bajando el tono de voz:

—¿Te quedas con Gustavo entonces?

—Solo he dicho que no me caso con el otro. Lo de Gustavo... ya se verá. Tengo que hablar con él ahora... Y tú ¿qué tal? Se te ve muy bien con él...

—Demasiado, cada vez mejor. Y mi abuela está con Rufus que ni te cuento, parece su novio: a las nueve de la mañana ya está pintada como una puerta, como para decirle que lo deje todo para venirse conmigo a Australia. Te digo yo que elige quedarse con él. Le adora. Así que tal y como se están poniendo las cosas me da que me voy a tener que ir sola.

—¿Sigues empeñada en irte?

Rufus se acercó hasta donde estaban ellas, Laura forzó la sonrisa y asintió.

—¡Hola Bárbara! ¡Qué alegría me da verte! Pero seguro que no tanto como a Gustavo que el pobre está tan nervioso que le he tenido que servir una tila. Se ha sentado en aquella mesa para esperarte...

Bárbara le miró discretamente y comprobó que estaba muy nervioso aferrado a una taza blanca.

—¡Madre mía, qué pena me da verlo! Ponme una cerveza, por favor, y me voy para allá con él.

Rufus le tiró una pinta de Guinness con un virtuosismo total, ella le dio las gracias y antes de que se marchara le dijo:

—He hablado un poco con él y está enamorado de ti.

—¡No metas más presión a mi amiga, Rufus! ¡No enredes! —le regañó Laura, nerviosa.

—Tranquila, no pasa nada —replicó Bárbara.

—Solo quiero ayudarla, así tiene otra opinión —propuso Rufus encogiéndose de hombros.

—Ya, pero es que no te la ha pedido —le cortó Laura.

Sin embargo, Rufus negó con la cabeza y le explicó a Laura:

—Pero puedo entender perfectamente por lo que está pasando. Y créeme que a veces se necesita escuchar estas cosas que además son verdad. Paso muchas horas detrás de esta barra y conozco algo a la gente. Lo suficiente como para saber que ese tío está enamorado de ella hasta el tuétano.

Bárbara agradeció las palabras de Rufus y no se le ocurrió mejor forma de devolverle el favor que preguntar:

—¿Y a mi amiga la ves enamorada?

Laura fulminó con la mirada a su amiga y le pidió:

—¡A mí que no me vea nada!

Rufus se echó a reír y luego respondió mientras limpiaba con un trapo húmedo la barra:

—El amor no puede disimularse.

Y Rufus se marchó a atender a un cliente a la otra punta de la barra, mientras Laura refunfuñaba:

—¡Mira que hacerle esa preguntita! ¡Qué cabrona!

—Qué menos después del empujón que me acaba de dar.

—Tú no necesitas empujones, sabes perfectamente que Gustavo está loco por ti.

—Sí, como tú por Rufus. Uf. Como huyas a Australia, no te lo voy a perdonar.

Laura se llevó el dedo índice a los labios y le exigió:

—¡Calla! Lo mío es distinto. Yo no tengo arreglo, pero tu doctor sí... ¡Así que vete con él, antes de que acabes liándome alguna!

—Dudo que sea más gorda que las que tú te lías a ti misma —repuso Bárbara cogiendo su cerveza.

—A veces es mejor un bonito recuerdo que una gran cagada.

—Dudo que haya una cagada mayor que la de pirarte a Australia. Te dejo con esa reflexión...

Laura bufó y Bárbara se dirigió hasta la mesa donde Gustavo la estaba esperando con un dolor de tripa enorme:

—¡Buenas noches, doctor! —le saludó Bárbara sentándose en el taburete de madera contiguo.

—¡Buenas noches, doctora! —replicó Gustavo—. Y perdona mi careto pero es que tengo una ansiedad de adolescente en celo y enamorado, sobre todo enamorado, bueno y en celo también, que es insoportable. Lo que se sufre con esto...

Y puso una mueca tan graciosa que Bárbara no pudo evitar partirse de risa:

—Jajajajajaja. Perdona pero jajajajajajaajaja.

—¡Ríete todo lo que quieras! Lo merezco. Lo merezco todo. Tú risa, tu odio, tu desdén, tu frialdad...

—Anda, déjalo, te he estado evitando estos días porque antes tenía que solucionar lo de Alex... Y ya está apañado: ahora mismo vengo de finiquitarlo.

Gustavo se revolvió en la silla, apuró la tila, le pidió con gestos a Rufus una cerveza y le preguntó con los ojos llenos de expectación y ansiedad:

—Finiquitan, tan, tan... ¿De que no hay viaje a Australia, ni boda, ni niños con moños?

—No me hables de niños, que ese de lo único que estaba enamorado era de mi carga genética. A mí me extrañaba que me preguntara cosas como si había obesos mórbidos en mi familia, o borrachines o ludópatas o suicidas... Mira si soy tonta... Y resulta que esta tarde me dice que soy perfecta para reproducirme con él, mientras él le da a las orgías piscineras...

Y tras escuchar aquello el que se rió fue Gustavo:

—Jojojojojojojo. Y eso que no sabe que tu tía Pili ve muertos, que tu abuelo Enrique tenía un humor terrible de gotoso, que tu bisabuela Encarna se emborrachaba con pacharán porque no soportaba al cafre de su marido, o que tu padre que le da demasiado al dominó y a los milhojas de nata de tres pisos.

—¡Calla, por favor, que no sé ni cómo retienes esos datos!

Gustavo suspiró y solo pudo responder la verdad:

—Porque me importas. Por cierto, estás guapísima...

—Vengo con el estilismo a medias, porque pensaba ponerme un bañador de rejilla para matarte de la impresión y no lo he encontrado. Me he puesto esta camiseta traperera y el resultado deja mucho que desear.

—¡Qué va, me matas igual! Por cierto me siento muy honrado de que quieras matarme...

—También venía a decirte que lo del viernes no se podía volver a repetir, pero ahora que me he quitado al petardo ese de encima: he cambiado de opinión.

Gustavo con el corazón a mil y sin dar crédito, se revolvió el pelo de los nervios y preguntó:

—¿Me estás vacilando o me hablas en serio? Y espera que voy a por la cerveza, porque esto es demasiado fuerte para mí.

Gustavo se marchó a la barra, cogió la cerveza y regresó con ella, todavía alucinado:

—Que sí, que lo he dejado con Alex... Él todavía no lo sabe, en teoría me ha dejado reflexionando sobre lo maravilloso que sería reproducirme con él y ya no hace falta ni que hablemos... Me espera en Perth, porque claro, muy tonta sería si dejara pasar semejante oportunidad.

—Yo también me postulo a hacerte los nenes, con un poco de suerte nos pasa como con Lucas y no se parecen nada a mí.

—Alex me dijo algo parecido, primero que no ibas a atreverte y luego que si lograba engañarte lo que pariría sería un cobarde y un pelele.

—Como yo, claro...

—Me ha dado una rabia cuando me ha dicho eso. Será cretino, tú eres un padre maravilloso. Ya quisiera él tener tu generosidad, tu entrega, tu pasión, tus ganas... Y lo principal: ya quisiera tener un hijo como Lucas.

Gustavo se bebió media pinta del tirón y exclamó perplejo:

—¡Joder, Bárbara voy a pensar que hasta me quieres!

Bárbara sonrió y dijo asintiendo con la cabeza:

—Algo de cariño te tengo...

Capítulo 36

Gustavo se echó a reír aliviado porque al menos algo de cariño había y luego le confesó:

—Lo del viernes pasado fue maravilloso y de verdad que lo que te dije lo siento en lo más profundo de mi alma. Te amo. Y te lo digo así a bocajarro y en medio de esta taberna, para que no pienses que solo soy capaz de soltarlo en la euforia del polvazo.

Bárbara dio un sorbo a su cerveza, porque de repente se le secó la garganta y dijo:

—Quién te ha visto y quién te ve...

—Lo he pasado fatal estos días, no podía concebir la vida sin ti. Ni puedo. A ver, que sí que podría pero sería una mierda, porque sin ti es todo más feo, más aburrido, más triste. Y yo soy mucho peor... Contigo soy mi versión mejorada, contigo todo es posible, contigo me siento en casa. Y ¿ves? Ya no tengo miedo a abrirme y a mostrarte lo que siento, lo que hay dentro de mí —aseguró Gustavo llevándose la mano al pecho—, aquí estoy y dispuesto a dártelo todo.

Bárbara se abanicó con la mano porque aquello era demasiado...

—Parece que te hubieran dado un golpe en la cabeza. Con lo que te costaba hablar de tus sentimientos... Vamos, que no decías ni mu...

—Ese tío ya no existe, ahora soy el que siempre quisiste que fuera.

—De momento, porque ahora que Alex ya no es una amenaza, lo mismo vuelves a las andadas.

Gustavo negó con la cabeza y luego le preguntó con un punto de tristeza:

—¿Es ese tu temor?

—Sí. No dudo de que sientas cosas por mí, de que me quieras, pero lo del compromiso no sé si será siempre tu asignatura pendiente.

—He aprendido tan bien la lección estos días que te aseguro que no.

Bárbara suspiró, dio un sorbo a su cerveza y luego masculló:

—Ojalá...

—Tendrás que confiar en mí, si quieres... Si me das la oportunidad...

Bárbara no pudo replicar nada, porque apareció Laura para contarles que en un rato actuaría una banda y que Rufus iba a hacer las pruebas de sonido tocando un par de temas.

—Así que le vais a poder escuchar cantando... ¡Es buenísimo! —exclamó Laura emocionada.

Y Gustavo más emocionado todavía le ofreció su asiento para que se sentara y se excusó sin dar más explicación que:

—Tengo que hablar con Rufus una cosita... Disculpadme.

Ellas no le dieron ninguna importancia, pero cuál no fue su sorpresa que al rato se plantaron ambos en el escenario, se sentaron en sendas banquetas, Rufus a la guitarra y Gustavo con el micrófono y empezaron a sonar primeros los acordes de “Sorry seems to be the hardest word” de Elton John.

—No, no se va a atrever, Gustavo canta fatal —dijo Bárbara convencida—. Se habrá puesto ahí para tocarle las palmas o qué sé yo... Pero cantar... ¡Ni de coña!

Sin embargo, Gustavo sintiendo que se estaba jugando su felicidad presente y futura, carraspeó un poco, se acercó el micrófono a la boca y habló mirando solo a Bárbara:

—Buenas noches, esta es para ti...

—¡Ay madre, qué vergüenza! —exclamó Bárbara porque a esas horas ya el bar estaba lleno.

—Tía, es muy romántico. Y lo hace por ti y solo para ti. Para que veas de lo

que es capaz de hacer por amor —comentó Laura, llevándose las manos al pecho.

—El ridículo, el más absoluto ridículo, ¿pero tú sabes lo mal que canta?

Laura lo supo al momento porque Gustavo comenzó a berrear la primera estrofa, con mucho sentimiento eso sí... Más sentimiento era imposible, pero voz... La verdad era que cantaba peor que mal:

—*What have I got to do to make you love me...*

—¡Pobrecito mío! —exclamó Laura—. Si con esto no te convences, más no puede hacer. Se le ve tan desesperado, que dan ganas de abrazarlo. Tía, no seas cruel y dile algo ya...

Bárbara miró a su amiga y le dijo molesta:

—Te podías aplicar el cuento, porque no hay más que ver la cara de amor con la que te está mirando Rufus.

—Lo mío es distinto. Yo estoy pirada y tú no.

Rufus entonces agarró otro micrófono y se puso también a cantar: “¿Qué tengo que hacer para que ames?” a dúo con Gustavo que estaba al borde de las lágrimas.

—¡Madre mía! Pero si Gustavo va a llorar... Con lo que era este tío y para lo que ha quedado —comentó Bárbara echándose las manos a la cara.

—Está enamorado sin remedio —concluyó Laura sin poder dejar de mirar a Rufus.

—¡Vaya estampa! —exclamó Bárbara.

—¡Y qué buenos están! Míralos, si es que están para comérselos ahí mismo... Yo me pido a mi Rufus, claro. ¡Ay cómo me gusta, el cabrón! ¡Y qué mal estoy de la cabeza!

—Es que esto es para perderla —musitó Bárbara que todavía le costaba creer que Gustavo estuviera haciendo eso.

—Se me rompe el corazón, que qué tiene que hacer para que le ame,

pregunta. Pues nada, porque ha tenido la mala suerte de enamorarse de quien menos le conviene... —comentó Laura suspirando—. Criatura, ¡qué tristeza!

—Que no te dé tanta pena porque mira, tiene a cuarenta enfrente dispuestas a consolarle.

—¡Barbi no seas mala! Que estoy sufriendo como jamás en mi vida y encima nadie me entiende.

—Yo te entiendo y respeto todo lo que te pasa, pero la realidad está ahí.

—Sí, como la de tu doctor que no puede estar ya más arrepentido. ¡Uy, si es que mira, mira, cómo está gritando ahora, es como si se abriera y te dijera: “fui un capullo, pero ya solo quiero amarte”!

Gustavo que se estaba desgañitando con la vena del cuello a punto de estallar, miró a Bárbara esperando una respuesta y ella le dijo a su amiga:

—Sí, eso parece sí. Tengo que hablar con él, antes de que le dé por hacer más estupideces.

—¡Pero esta estupidez es muy bonita! Cuando acabe la canción lánzate a sus brazos y dile que no tiene que hacer nada porque ya le amas con todo tu corazón —le sugirió Laura, pestañeando muy deprisa.

—Mejor nos plantamos en el escenario las dos, en plan novias celosas, a marcar territorio, a colgarnos de sus cuellos y a decir a todas esas: “¡Os jodéis que son nuestros!” —bromeó Bárbara.

—Oye, pues yo si no llego a tener mi pedazo de trauma, lo habría hecho sin problemas... Pero ahora... ¡Soy la novia del miedo! ¡Ese será mi amante más fiel de por vida!

—Pues a ese tío le tienes loco —le dijo señalando a Rufus con la cabeza.

—Ya, ¡es más mono! Él no ha tenido ninguna suerte conmigo, pero yo en cambio la he tenido toda. ¡Qué pedazo de tío! ¡No le falta de nada!

—A mi doctor tampoco, está para llevárselo a casa: así, tal cual.

Y las dos se quedaron en silencio escuchando el resto de la canción, hasta

que terminaron y el público les aplaudió divertido.

Luego, Gustavo regresó junto a Bárbara, Laura se marchó al instante para dejarlos solos, y él se justificó:

—Perdona, ya sé que he hecho el ridículo pero sentía que tenía que hacer algo especial para ti.

Gustavo estaba tan emocionado que Bárbara sintió también un cosquilleo en el estómago de verle así.

—Cantas como el culo, pero ha sido... muy impactante —reconoció Bárbara sonriendo.

—Es la verdad que habita en mi pecho... ¡Joder, qué cosas digo! Con la fobia que tenía yo a la pornografía sentimental. Y aquí estoy desnudando mi corazón entero para ti. Y desde luego que no dudes de que si pudiera hacer algo para que me amaras, aunque fuera algo muy difícil, muy complicado, muy extremo, muy peligroso, lo que fuera: te juro que lo haría...

Bárbara sonrió feliz porque sabía que estaba diciendo la verdad, no había más que mirarle a los ojos para saberlo, y luego negando con la cabeza, fue también sincera, porque a pesar de que le había detestado como a nadie, en ese justo instante también se percató de que:

—No hace falta que hagas nada, porque ya te amo, doctor. Es más, creo que nunca he dejado de hacerlo...

Capítulo 37

Después de pegarse un morreo de impresión, decidieron que lo mejor era irse a casa de Bárbara, pues en la de Gustavo estaban sus padres con Lucas.

—Les dije que se quedaran en casa porque no sabía lo que se iba a alargar la fiesta. Mi madre me dijo que aprovechara y me metió esta estampa de María Auxiliadora en el bolsillo de la chaqueta para ver si lográbamos que se obrara el milagro —confesó mientras le mostraba la estampaba, cuando iban en un taxi de camino a la casa de Bárbara—. Ella siempre ha sido una incondicional tuya y me ha animado a que luche hasta el último segundo, pero sin ser plasta. Espero no haberlo sido...

—Si hubieras cantando tres canciones más, lo habrías sido... Pero con una te ha quedado todo perfecto —habló risueña.

Gustavo besó la estampa de la virgen, se la guardó otra vez en el bolsillo y confesó:

—Yo es que no puedo creer aún que esté pasando esto... Que hayas anulado tu boda, que no viajes a Australia y que asegures que me amas. ¿De verdad que esto está pasando o me han echado algo en la tila?

—Lo es. Y para mí es tan inesperado y sorprendente como para ti, es cierto que llevaba días dándole vueltas a mi relación con Alex. Sobre todo al hecho de que si había sucedido lo del viernes pasado era porque no sentía por él todo lo que había que sentir cuando una relación funciona. Sin embargo, jamás pensé que las cosas iban a precipitarse de esta manera. Pero es que la conversación que hemos tenido hoy no me ha dejado otra opción. No quiero absolutamente nada con él...

—Creo que habría muerto de pena si te hubieras ido... —confesó Gustavo

entrelazando la mano de Bárbara.

—No exageres, además la que se hubiera muerto de pena y de asco, te juro que habría sido yo. Verás, creo que cuando rompimos estaba tan triste y sentía tal vacío que me aferré a la relación con Alex como el naufrago a la tabla. Y me empeñé en que tenía que salir bien, en que por fin iba a tener una pareja, una estabilidad, una familia... Pero me equivoqué totalmente: yo no estaba enamorada y él solo me quería por mi supuesta genética impecable.

—Mejor —dijo Gustavo con una sonrisa enorme—. O sea quiero decir que lo lamento, pero que me alegro de que no estés con él.

—No lamentes nada. Si es que realmente es lo mejor. Tenía que haberte hecho un duelo en condiciones, en soledad, sin liarme con nadie, pero no pude. Formentera, el verano, un tío con moño subido a una tabla... era todo demasiado tentador. Y piqué.

—Es humano, yo también hubiera caído...

Bárbara se echó a reír y luego le dijo convencida:

—Lo bueno es que por fin he abierto los ojos...

—Si le llegas a contar lo de tu tía Isidora, la binguera fumetas, habríamos acabado antes con esta pesadilla.

Bárbara arrugó el ceño y luego le preguntó atónita:

—¿Pero cómo puede ser que recuerdes todo lo que te cuento?

—Porque a pesar de mi pánico al compromiso siempre te he querido. Aunque no te lo dijera, aunque me comportara como un cretino, siempre me has importado, todo lo tuyo me concierne, siempre te he llevado en mi corazón.

—Y yo. De hecho, antes Alex me ha reprochado lo mucho que hablaba de ti, pero pensó que la obsesión se me pasaría...

—¡Sabrá ese imbécil lo que es un amor de verdad!

Bárbara sonrió y, mientras esperaban a que se abriera el semáforo del cruce

de Gran Vía con Alcalá, preguntó convencida de que la respuesta iba a ser un sí:

—¿Tú crees que lo nuestro va a ser amor de verdad?

Gustavo la miró derretido de amor, le acarició el rostro y respondió convencido:

—Lo mío sí. Tú si necesitas un tiempo para hacerle el duelo al Moños, para aclarar tus sentimientos, porque estás confundida o porque...

Bárbara le puso el dedo índice en los labios y le pidió loca por besarlo y por todo lo demás:

—Calla, anda, que no necesito ni un segundo para saber qué es lo que siento...

Luego, se besaron apasionadamente hasta que el taxista paró frente al portal de Bárbara y tuvieron que despegarse, despeinados y sin aliento.

Si bien los besos continuaron en el ascensor, besos tan húmedos y tan intensos, y con las manos volando por todas partes, que a Bárbara no le quedó más remedio que pulsar en el botón de “Stop” y decirle a Gustavo:

—No puedo esperar a llegar a casa y por unos minutitos que esté parado el ascensor no pasa nada... Además a esta hora están todos durmiendo...

Gustavo que se moría de las mismas ganas que ella, sacó un condón de la cartera del pantalón, mientras Bárbara se quitaba las braguitas que guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Después, con una mezcla de deseo, pasión, morbo, locura y amor, sobre todo amor, ella le desabrochó el pantalón, le arrebató el preservativo, lo abrió, se lo puso, él la agarró por las caderas, ella le rodeó con las piernas y la empujó contra la pared clavándose entero dentro de ella.

Bárbara al sentirle con esa contundencia se excitó más todavía, pero la cosa ya fue el delirio cuando él comenzó hacérselo con tal urgencia y voracidad, sin dejar de besarse, de morderse, de lamerse, de penetrarla de una forma tan

implacable y dura, que se corrió de la mera fricción.

Gustavo entonces al sentir perfectamente el orgasmo, la apretó más contra él, agarrándola más fuerte aún de las caderas, y así siguió haciéndoselo desesperado, silenciándose los gemidos y los jadeos a lengüetazos, hasta que sucumbió a un orgasmo increíble que le dejó exhausto.

—¡Madre mía, estamos locos! ¡Qué maravilla! —le dijo Bárbara tras dejarla en el suelo.

—Te amo —replicó Gustavo abrazándola muy fuerte.

—Y yo —musitó ella apoyando la cabeza en el pecho duro de Gustavo.

—Y como el contrato de alquiler te vence en un par de meses y lo tienes todo empacado, podrías venirte a vivir con nosotros. Has pasado fines de semana en casa, y sabes lo que hay. Tampoco te vas a asustar...

Bárbara alzó la cabeza, le miró con una sonrisa enorme y exclamó:

—¡Tío lo tuyo es... también recuerdas que el contrato me vence en un par de meses!

—Ya sabes que sí, que recuerdo todo lo que tiene que ver contigo... Pero dime, no me des largas... ¿Te vienes a vivir con nosotros? Lucas te adora, le darías un alegrón y yo te idolatro, te juro que me iba a dejar la vida entera para hacerte feliz.

Bárbara se quedó mirándole perpleja y replicó con total sinceridad:

—¿Tú sabes el tiempo que llevaba deseando escuchar algo parecido y me lo sueltas así? ¿De repente? ¿En un ascensor?

Gustavo, sintiendo que la había cagado por completo, replicó:

—Lo siento. Te lo tenía que haber pedido en un restaurante mono con velitas, pero es que tenía las mismas ganas de empotrarte que de abrirte mi corazón. ¿Es malo?

Bárbara sonrió y musitó, sin dejar de mirarlo:

—¡Flipo contigo!

De lo que Gustavo dedujo, sintiéndose de pronto fatal:

—Es malo. La he pifiado pero bien...

Bárbara le agarró por el cuello, le comió la boca y luego susurró con los labios pegados a los suyos:

—Está todo bien. Lo que pasa es que me cuesta creerlo. Entiéndelo. ¡No estoy acostumbrada a que te abras así!

Gustavo le acarició el rostro y, con el alma de nuevo en el cuerpo, replicó:

—Pobrecilla. ¡Qué mal te lo he hecho pasar! Y encima por huir de mí, caes en los brazos de ese obseso de la excelencia genética, que no conoce más diversión que la pesca del salmonete y el folleteo a mansalva. Todavía no sé ni cómo me miras a la cara...

—Porque te quiero, ¿por qué va a ser? Y para mí sería un sueño irme a vivir con vosotros. Bueno, contigo a ratos sería una pesadilla... —bromeó feliz.

—Que no, que ya verás cómo no. Si vieras cómo he dejado el garaje de ordenado... Y en cuanto a las emociones, ya lo ves: ¡estoy de un impúdico que doy asco!

—La verdad es que me tienes anonadada. Y en cuanto a Lucas, qué te voy a decir, si es que le adoro. Para mí es como si fuera de mi familia.

Gustavo la besó en los labios y luego afirmó sintiendo un orgullo que no le cabía en el pecho:

—Es tu familia. Es lo que somos los tres...

Capítulo 38

Al día siguiente, después de pasar la noche en casa de Bárbara, Gustavo fue a recoger a su hijo que jugaba un partido de baloncesto.

Y lo esperó fuera en el coche, porque desde el episodio en el que tuvo el encontronazo con el entrenador y quiso sacar lo mejor de él, Lucas prefería que su padre no pisara la cancha.

Y Gustavo pensó que era lo mejor, porque difícilmente iba a quedarse de brazos cruzados mientras el sin sangre del entrenador les conducía a una derrota tras otra.

Así que le esperó en el coche y en cuanto subió le preguntó lo de siempre:

—¿Por cuánto habéis perdido hoy?

—Solo por veintitrés —respondió feliz, arrojando la mochila a la parte de atrás del coche.

—¡Qué bueno! Al paso que vais en tres o cuatro años empezareis a ganar algún partido —comentó Gustavo también feliz.

Y Lucas al momento se percató de que algo le pasaba a su padre, porque tenía un brillo en los ojos que no era normal.

—El que parece que está empezando a ganar partidos es otro —insinuó divertido.

Gustavo sonrió, se le iluminó la mirada y confesó:

—Ha ocurrido un milagro. Entre la estampa de la virgen que me dio tu abuela y que yo estoy abriéndome que solo me falta hacerme *selfies* haciendo un corazón con las manos y poner de etiqueta: #goodmood, #goodvives, #atopeconlavida, #inlove, #flipao, #enamoraofull... ¡Ha sucedido! ¡Bárbara se viene a vivir con nosotros!

Lucas miró a su padre alucinado y preguntó revolviéndose en el asiento:

—¿Qué?

—Lo mismo digo yo, que todavía no me lo creo... Pero sí, anoche estuvimos hablando en el bareto irlandés donde trabaja el novio de Laura, es un tío majo, ya te lo presentaré, creo que vamos a ser buenos amigos, y después de cantarle una canción de Elton John...

Lucas soltó una carcajada y haciendo el gesto de que se arañaba la cara le dijo:

—¿Pero cómo se te ocurre? Tú no cantas, torturas.

—Imagino que con los nervios, eso sería el canto ensordecedor del gallo Kiriko, sin embargo había tanto de aquí —dijo llevándose la mano al corazón—, que logré que mi verdad traspasara.

—¿Traspasará el qué? ¿Los umbrales de tolerancia acústica de la gente?

—¡Qué pesadito, hijo! Te estoy diciendo que funcionó. Primero me confesó que no aguantaba más al tío del moño. Para empezar, tiene unas aficiones soporíferas...

—Pero si practica todo tipo de deportes, incluidos los de riesgo...

—Ya, bueno, a Bárbara eso le aburre. Ella es más de exposiciones, conciertos, teatros, cines...

—A mí me iba a llevar al Prado antes de que se fuera, pero ¿entonces no se va a Australia?

—Es lo que te estoy contando, se ha dado cuenta de que ese tío no le conviene, es un petardo, un plasta y además solo estaba interesado en reproducirse con ella.

—¿Y eso qué tiene de malo? Es normal, ¿no?

—La quería como madre de sus hijos, mientras él seguía divirtiéndose con cientos de amiguitas.

—Pobre Bárbara, tiene un imán para atraer a lo peor de cada casa.

Gustavo fulminó a su hijo con la mirada y le reprochó:

—¡A mí no me compares con ese!

—No, tú eres peor —le replicó Lucas—. Este al menos quería reproducirse, pero tú ni eso...

—Yo estaba con unos bloqueos tremendos que me impedían amarla como hay que hacerlo.

—O sea que tenía razón y estabas *pallá* por culpa de lo que te pasó con mi madre —dijo Lucas achinando los ojos.

—Sí, aquello fue un palo tremendo para mí, y mi respuesta fue blindarme por dentro, hasta que apareció Bárbara y todo cambió.

—No, perdona, el que te lo ha cambiado todo es el tío del moño. Porque si no llega a aparecer, tú no espabilas.

—Gracias, hijo, por la confianza que tienes en mí —ironizó Gustavo.

—No, si yo de lo que me alegro es de que por fin te hayas curado, aunque sea gracias a este tío... Porque por lo que dices parece que ya puedes querer a Bárbara como una persona normal... o casi.

—¿Quién hay normal? Nadie. Que no te engañen... El caso es que estuvimos hablando, ella me dijo que me quería y le pedí que se viniera a vivir con nosotros.

Lucas puso una cara de espanto tremenda, se llevó las manos a la cabeza y preguntó:

—¿Le pediste que se viniera a vivir con nosotros sin más?

—Bueno, antes pasaron otras cosas... Nos besamos y eso...

—Puuaj. ¡Qué asco! Eso no quiero saberlo. Digo que si solo le pediste que se viniera a casa a vivir con nosotros y punto.

—Claro. ¿Qué más quieres que le pidiera, que le ponga *brackets* al abuelo? Lucas resopló y batiendo las manos respondió a su padre:

—Jolín, papá, hay que explicártelo todo: después de lo mal que lo ha

pasado Bárbara contigo, lo mínimo que se merece es que le pidas que se case contigo con un anillaco de impresión.

Gustavo se revolvió el pelo con la mano de los nervios y le reprochó a su hijo:

—Me das los mismos consejos que Paspasia una paciente que tengo con mil años...

—Si me estás llamando niño viejo no me ofendes... La abuela dice que soy un alma antigua, que ha vivido mucho... Más que tú que no puedes ser más lerdo para las cosas estas del amor y te lo digo con muchísimo cariño.

—¿Y tú qué coño sabes del amor?

—Pues eso, de otras vidas, de algo de esta y porque conozco tan bien a Bárbara que puedo asegurarte que es lo que esperaba que hicieras. Pero una vez más la has decepcionado...

A Gustavo se le cerró tanto la garganta de los nervios, que se giró para coger la botella de agua que Lucas llevaba en la mochila, dio un buen trago y luego se explicó:

—Sucedió todo muy deprisa, me enteré de repente que había roto con el otro, luego vinieron los besos, me confesó que me quería y yo estaba tan feliz que le propuse que se viniera a casa, porque somos una familia. No hay nada más grande que eso...

—Somos una familia, pero con tu trayectoria necesitas el anillo para que ella sienta que lo tuyo es un compromiso firme. Que la has rayado mogollón, papá... Que hasta hace tres tardes de tu boca no salía ni una palabra bonita hacia ella —le recordó Lucas.

—Me provocaba rechazo la palabrería barata y cursi, pero era por lo de mi bloqueo; ahora puedo sacar todo lo que tengo dentro sin el más mínimo sonrojo.

—Pero te acojona lo de la boda...

—¡Habla bien! —le exigió Gustavo, reprendiéndole.

—Te acongoja matrimoniar...

Gustavo negó con la cabeza y le confesó a su hijo:

—¿Cómo me va a acongojar si quiero a Bárbara con todo mi corazón?

Lucas se puso el cinturón y le dijo a su padre feliz de verle tan determinado:

—¡Así sí! Arranca y vamos a una joyería buena, necesitamos el anillo cuanto antes, no vaya a ser que se arrepienta.

—Espero que no... —farfulló Gustavo resoplando.

Luego, arrancó y mientras su padre conducía de camino a la joyería, Lucas le confesó:

—Yo también quiero mucho a Bárbara, no como tú, obvio, pero la quiero mucho. Me conoce mejor que mi madre, siempre adivina lo que pienso y siempre sabe lo que quiero.

—No como yo, que tengo la sensibilidad de un geranio de plástico...

—Pues sí. Pero con ella tengo una relación muy especial y sabe que lo que más deseo es que estéis juntos. Así que, que te quede claro que si casa contigo, es por complacerme a mí, que me adora.

—Lo sé —dijo Gustavo emocionado.

—Por eso vamos a comprarle el anillo más bonito del mundo y a empezar a ganar partidos importantes de una vez, que ya te toca, tío.

Capítulo 39

A la misma hora en que Gustavo estaba con su hijo, Bárbara llamó a Laura para contarle lo que había pasado.

Si bien, le tuvo que hacer un resumen rápido porque Laura tenía que ir a la peluquería de una amiga que estaba en la otra punta de la ciudad, en Cuatro Vientos, y ya iba tarde...

—Me alegro tanto por vosotros, si es que ya te lo decía yo, Gustavo va sin frenos... ¡Qué maravilla! —exclamó Laura—. ¡Ya me gustaría a mí que me pasara eso! Pero me temo que no. Lo mío es un caso perdido. Por eso, voy a aprovechar para peluquearme, porque en Australia no sé qué es lo que me espera a nivel pelos. Bueno, te dejo que es muy tarde, luego me cuentas la versión larga. Rufus quería acompañarme, pero para qué se va a chupar una hora de metro a la ida y otra a la vuelta, más la espera mientras me hacen lo mío. Es absurdo, pero él insistía... ¡Chica, es una cosa lo suyo! Que me cantó a eso de las cuatro de la mañana el “Te estoy amando locamenti, y no sé cómo lo voy decir”. Una flipada. ¡Pobre mío, qué mala suerte ha tenido conmigo! ¡Me da una penita! Pero no puedo luchar contra el demonio que llevo dentro. Total, que le he pedido que se quede en casa esperándome con su verdadero amor. Porque lo de mi abuela y Rufus ha sido un flechazo total, se aman *locamenti*, también... Bueno, te dejo, hablamos...

Bárbara colgó, sintiendo que tenía que hacer algo por su amiga, que no podía dar la batalla por perdida, y menos con un tío como Rufus.

Además, le entendía tanto... Conocía tan bien por lo que estaba pasando que, solo de imaginarse que ese pobre hombre se iba a despertar una mañana y le iba a tocar desayunarse la noticia de que la otra estaba en Perth, se puso con

tan mal cuerpo que sintió que tenía que hacer algo.

Aunque Laura pusiera el grito en el cielo y se cabreara de por vida con ella.

Pero no podía dejar que esa historia de amor terminara de esa forma tan abrupta y tan fea.

Así que se vistió a toda prisa, paró el primer taxi que pasó y pidió que la llevaran por la calle de Alcalá hasta la casa de Saturia en Quintana.

Una vez allí, se encontró el portal abierto, así que entró y subió hasta el segundo piso, donde le abrió ella misma que estaba limpiándose las manos en un trapo:

—¡Buenos días, Bárbara! ¡Qué sorpresa tan agradable verte, pero si vienes a ver la niña no está! Se ha ido a la *pelu*...

Bárbara le dio dos besos mientras le explicaba:

—Por eso he venido, porque sé que no está. Necesito contaros algo muy importante antes de que regrese.

Saturia consultó su reloj y replicó muy intrigada por lo que Bárbara tuviera que contarles:

—Creo que todavía quedan como dos horas para que vuelva. Así que tranquila y pasa por favor, que estaba a punto de enseñarle a Rufo el secreto de mis croquetas.

Bárbara entró en la casa, cerró la puerta tras ella y acompañó a Saturia por el pasillo hasta llegar a la cocina, donde estaba Rufus con un delantal presto a recibir la clase magistral.

—¡Mira quién ha venido, Bárbara quiere hablar con nosotros! —le anunció Saturia a Rufus.

Bárbara saludó con dos besos a Rufus y le dijo entre nerviosa y angustiada:

—Necesito que sepáis algo relacionado con Laura, ella ignora que estoy aquí. Y sé que después de esto, podría perder su amistad, pero creo que debéis saber que tiene pensado marcharse a Australia en unos días...

Rufus sin entender absolutamente nada, preguntó encogiéndose de hombros:

—¿Se va contigo? Pero si tú le estabas comiendo los morros anoche a tu jefe...

Saturia sonrió satisfecha y luego, asintiendo con la cabeza, como dándole su aprobación, exclamó:

—¡Muy bien que haces, Bárbara! ¡Si es el que te gusta! Pues bien comidos que están esos morros. ¿Y con el otro qué vas a hacer? ¿A freír puñetas o hacer colección de novios?

—No, yo no soy coleccionista de nada. He descubierto que lo de mi prometido era un espejismo, pensé que estaba enamorada, pero realmente a quien siempre he tenido en mi corazón es a Gustavo.

—¡Qué malos son los espejismos, hija! Te piensas que te has pillado un príncipe y resulta que no llega ni a rana, que ni para croar te sirve... ¿Este croaba o tampoco?

—Croaba demasiado, allí donde veía una charca se ponía a croar en grupo. Pero lo peor es que solo me quería para reproducirse... En fin, ¡un espanto! Pero da lo mismo, aunque hubiera sido una maravilla de hombre, estoy enamorada de Gustavo. ¡Y me ha pedido que me vaya a vivir con él!

Saturia estrechó a Bárbara entre sus brazos y exclamó feliz:

—¡Ay niña cuánto me alegro! Después de lo mal que lo has pasado con los líos raros que tenía ese hombre en la cabeza.

—Es que lo pasó fatal cuando su ex les dejó y se trastornó... Pero ya está bien, que yo me fuera a casar con otro, le hizo abrir los ojos y darse cuenta de lo que quería. No ha sido un camino fácil, pero por fin vamos a poder estar juntos. Así que no, no vuelo a Australia, pero tenéis que saber, que para eso he venido, que Laura de puro pánico a tener una relación seria, se compró hace días un billete para volar en el asiento contiguo al mío. Y está empeñada en irse...

Saturia negó con la cabeza y, dejando el trapo sobre la encimera, repuso:

—¡Menos mal que nos has avisado! Es que mi Laura no está bien, le pasó algo en el pasado que la dejó aviada para los restos. Ella no sabe que yo lo sé, pero resulta que se quedó muy traumatizada cuando su primer novio salió por piernas en cuanto supo que estaba embarazada.

—Me lo contó hace poco... —reconoció Bárbara.

—Y a mí —musitó Rufus, apenado.

—Es una buena señal que os lo haya contado, porque lleva años rumiándolo sola. Yo es que le pillé el test de embarazo en la basura, pero no dije nada... Esperé a que me contara ella, pero nunca me habló... Y yo no quise decirle nada, ¿qué se puede decir en estos casos? Estuve a su lado, la acompañé, la abrazaba sin venir a cuento y ella me miraba asustada pensando que me estaba volviendo gagá, pero jamás lo hablamos... Cada vez que intentaba sacar el tema, ella se cerraba en banda. Y así hasta hoy que sigue arrastrando ese dolor y está dispuesta a subirse a un avión por miedo a que le rompan otra vez el corazón.

Saturia se llevó la mano a la boca, con los ojos llenos de lágrimas y Rufus la abrazó:

—Eso no va a pasar, Saturia, porque yo me voy a subir a ese avión y la voy a traer de vuelta a casa para hacerla muy feliz.

—Pero si acabas de empezar a trabajar, ¿cómo le vas a decir a tu jefe que te vas a coger unos días porque tu novia está como un cencerro?

—Le explicaré y lo entenderá...

—¿Y si lo que entiende es que tu novia no va a darte más que problemas y te echa? ¡No podemos correr ese riesgo! Me subiré yo a ese avión y en las alturas le haré entrar en razón. Porque hay que estar muy mal para querer huir de mi Rufo, que es un cañonazo y encima es más bueno que el pan con chocolate...

—Ella había barajado la idea, si yo finalmente decidía quedarme en España, de que tú la acompañaras... —comentó Bárbara—. Pero luego pensó que ibas a ser incapaz de dejar a Rufus... y ha decidido hacerlo sola. Laura está muy mal, ama a Rufus, pero el pánico la tiene contra las cuerdas. Hay que ayudarla, pero no sé cómo...

Saturia se quedó unos instantes callada y luego tras pellizcarse la barbilla, comentó:

—Creo que lo mejor va a ser la terapia de *shock* para que espabile, como le ha pasado a tu jefe que solo ha reaccionado cuando ha visto las orejas al lobo. Así que hay que inventar algo, y yo soy buena para esto, mi marido decía que podía haber trabajado en Hollywood haciendo guiones... A ver, por ejemplo, así a vuela pluma se me ocurre que podía llamarla para contarle que Rufo haciendo las croquetas se ha quemado entero y le tenemos agonizante en el salón, a puntito de palmarla.

—¡Dios, Saturia, eso es demasiado extremo! —comentó Bárbara, entre alucinada y muerta de risa.

—Lo sé, pero a grandes males, grandes remedios. Tras la noticia aciaga, se pondrá a llorar, se le pasarán por la cabeza miles de cosas, los recuerdos bonitos vividos junto a él, lo que ha gozado bajo sus brazos jamoneros que ya son puro chamusco y todo lo maravilloso que podían haber vivido y que ya ni va a catar, porque la vida es una mierda. Entonces, cuando lamente más que nunca lo tonta que ha sido, cuando se arrepienta en lo más profundo de no haberse rendido al amor de este pedazo de tío y entre por la puerta de casa rota de pena: zas, aparece Rufo, le pega el morreo padre y os aseguro que mi Laura se cura en un santiamén.

Rufus negó con la cabeza, sin saber si reír o llorar y dijo:

—A ver si al saberme casi muerto, le va a dar por lanzarse a las vías del metro y por evitar una tragedia, tenemos otra mayor. ¡Ojo, que podemos

montar un Romeo y Julieta sin pretenderlo!

—Tienes razón, Rufo. Hay que perfeccionar el guión... —comentó Saturaia con un gesto de contrariedad—. Vamos a ponernos con las croquetas, que a mí cocinando siempre se me ocurren cosas increíbles...

Capítulo 40

Mientras los tres se liaban a hacer croquetas para ver si así se les desataba la imaginación, Laura se subía en el vagón de metro de regreso a casa con su corte de pelo nuevo y pensando en lo mucho que le iba a gustar a Rufus.

Y es que cuando se vio otra vez en el reflejo de la ventana que tenía enfrente, con su media melena de surfera, romántica y loca, se gustó muchísimo.

Tanto que se alborotó un poco más el pelo con la mano y empezó a poner ridículos morritos, aprovechando que estaba sola en el vagón.

Y se encantó...

Sin duda, su amiga más que una peluquera era una maga.

Se encontraba divinísima, megafollable y con un subidón como si se hubiera chutado algo fuerte.

—¡Qué alucine, si llego a saber esto: me corto el pelo antes! —murmuró frente a su reflejo, sin dejar de poner caritas.

Y así estuvo, haciendo el tonto, hasta que en la siguiente estación se subieron varias personas y tuvo que contentarse con mirarse quietecita, mientras pensaba que qué pena que esa tía con esa pinta de surfera molona, tuviera que pirarse a Australia por puro pánico.

Y más cuando en ese instante lejos de sentir pánico de lo que tenía ganas era de llegar a casa, comerse a Rufus a besos y en cuanto su abuela se bajara a tomarse el vermú con las amigas, follárselo con tanta alegría como amor.

Porque le quería, es que eso que sentía por él que era tan grande que solo podía ser amor.

Amor o nada.

Y obviamente aquello no era nada, porque solo de pensar en él se ponía cachonda como una perra y moñas como corazón dibujado en el café con la espuma de la leche.

Así que era amor. A-M-O-R. Amor.

Laura probó a repetirlo unas cuantas veces, a ver si la ansiedad se le disparaba un poco en forma de respiración alterada, sudoración, palpitaciones, sequedad de boca...

Y nada.

Amor. Amor. Amor. Amor.

Nada.

Seguía tan pancha. Respirando profundo, sintiéndose de maravilla y sonriendo a su reflejo, a esa surfera buenorra que no tenía miedo a nada.

Que le vinieran todas las olas del mundo...

Chungas, cabronas, potentes, tuberas, largas... daba lo mismo.

Ahí estaba ella para surfeárselas todas.

Amor. Amor. Amor. Amor.

Pronunció de nuevo la palabra maldita y se sentía cada vez mejor.

Lo que hacía un corte de pelo nuevo.

Que le dieran a las benzodicepinas y a los asanas.

Porque Laura en la vida se había sentido así, tan flotando, tan en una nube, tan borrachita de amor que al puto demonio que llevaba dentro no le había quedado más remedio que cerrar el pico.

Pero es que hizo el traspaso en la Casa de Campo y luego se chupó la línea 5 hasta Quintana y siguió sintiéndose mejor todavía.

Cómo no sería la cosa, que cuando llegó a casa y Rufus abrió la puerta, ella se arrojó a sus brazos, le metió un morreo brutal y luego musitó casi sin aliento:

—Te amo, te amo, te amo...

Rufus, convencido de que Satoria había decidido seguir por su cuenta con el guión y le había mandado un wasap a su nieta diciéndole que él estaba a punto de espichar por culpa las croquetas, repuso mirándola muy serio para calmarla:

—Estoy bien, mi amor. No me he chamuscado ni un dedo con las croquetas... ¡Estoy vivo!

Laura le miró muerta de risa y, sintiéndose mejor que nunca, exclamó:

—¡Así me gusta, que no hagas locuras cocinando!

Rufus la abrazó con fuerza y, solo de pensar que la que podía haber cometido una locura era ella, replicó:

—¡Qué bien que estés en casa! Tenía tanto miedo a que tu respuesta al mensaje de tu abuela fuera trágica, siniestra o fatal que estoy que no me tengo en pie de alegría de tenerte conmigo.

Laura sin tener ni idea de lo que estaba hablando, le preguntó con el ceño fruncido:

—Mi abuela no me ha mandado ningún mensaje. ¿De qué estás hablando?

Rufus sin saber dónde meterse, solo le ocurrió responder:

—De las croquetas. Que hemos hecho muchas, mogollón, como para ochenta personas.

—¡Ah, hijo, es que te has puesto tan solemne! Por esa tontería no me voy a cortar las venas. ¡Qué exagerado! Bueno, ¿no me dices nada de mi pelo? — preguntó ahuecándose la melena con las manos.

—Perdona, es que estaba muy nervioso con esto de las croquetas... ¡Pero claro que te digo! Joder, estás como para hacerte trillizos, pero que es un decir, que no quiero que te agobies... Que tú marcas el ritmo y yo respeto tus tiempos y...

—Calla, anda, calla...

Laura le empujó, cerró la puerta y le besó en el descansillo otra vez hasta

dejarlo seco.

—Tu abuela no está, ha ido a acompañar a Bárbara al metro y luego ha quedado con sus amigas... —le informó Rufus que con las ganas que tenía de hacerle de todo, metió la pata hasta el fondo, pues Bárbara le había pedido que Laura no se enterara de su visita.

—¿Bárbara ha venido a casa? ¡Qué raro! No me ha dicho nada...

Y Rufus que lo que quería era cambiar de tema como fuera, no se le ocurrió nada mejor que decir:

—La ha llamado tu abuela... Por las croquetas... Como hemos hecho tantas... Se las ha llevado en tres tarteras... Eran como unas cien o así.

—¿Qué pasa que os habéis vuelto locos o qué? —preguntó Laura muerta de risa.

—Pues algo parecido, sí...

—¡Yo sí que estoy loca por ti!

—Y me has dicho que me amas —le recordó por si se le había olvidado.

Laura sonrió con los ojos chispeantes y le confesó:

—Es que me ha pasado algo en el metro, me he mirado en el reflejo y, pensarás que soy imbécil, pero me ha entrado tal subidón de verme con estas pintas de surfera que se come el mundo, que estaba loca por volver a casa para hacerlo con amor. Y entonces he empezado a repetir la palabra amor, una vez y otra y otra y otra más, y me he sentido muy bien, cada vez mejor, sin el más mínimo rastro de ansiedad.

Rufus con los ojos llenos de lágrimas, porque ni podía creer que aquello que estaba escuchando fuera cierto replicó:

—¡Qué bueno! ¿Cómo voy a pensar que eres imbécil si esto que me estás contando es lo mejor que nos podía pasar?

—Mi amiga ha hecho la magia con su peinado...

Rufus solo pudo suspirar porque estaba derretido de escucharla hablar de

amor y musitó:

—Y tú lo haces con todo.

Laura le empujó hacia su habitación, abrió la puerta, le llevó de la mano hasta la cama, donde ella acabó cayendo sobre él...

—¡Te amo! —susurró Laura.

—Y yo —dijo Rufus convencido de que era un sueño.

—¿Lo ves? Puedo decirlo y estoy bien. Más que bien. ¡Te amo!

—¡Y yo! Aunque me despierte en un rato y yo.

—Que no, tío, que no. Que esto es real, que soy yo diciéndote que te amo y sintiéndome de puta madre. Perdona por la expresión...

—Estoy en éxtasis, todo lo que sale de tu boca me suena a música celestial.

—Joder, ¿habré hecho clic con el corte de pelo? Es que mira: te amo, te amo y te amo... Perdona, que sea pesada, pero es que estoy que lo flipo.

Rufus lo único que podía pensar en ese momento era en que ojalá ese clic le hiciera no subirse al avión rumbo a Australia, pero obviamente no se lo dijo para no delatar a su amiga, en su lugar replicó:

—¡Yo sí que deliro!

Y la besó muerto de amor...

Capítulo 41

El lunes a la hora del almuerzo, Laura quedó con Bárbara y Óscar para contarles lo ocurrido...

—Desde que me miré en el reflejo de ese vagón del metro, algo ha sucedido que siento que me estoy liberando de los bastardos de mis miedos. Vais a pensar que estoy muy loca, que lo estoy, pero es que fue verme y me dije que era imposible que esa tía huyera a Australia por puro pánico. La tía que tenía enfrente tenía agallas... Y quería estar con Rufus, quería follar con alegría y con amor... Y al pronunciar la palabra amor, algo se removió dentro de mí, porque lejos de sentir miedo, fui como llenándome de luz...

Óscar dio un sorbo a su copa de vino y concluyó con una rotundidad absoluta:

—¡Uy, eso tiene pinta de viaje! ¿Te dieron algo de beber en la *pelu*?

—Me tomé un café —respondió Laura encogiéndose de hombros.

—¿Y sentiste que formabas parte de un todo, perfecto y equilibrado? —preguntó Óscar entornando los ojos.

—Puede ser, sí...

—Te metieron una *pasti* de MDMA y lo flipaste en la línea 5. Es eso, no le des más vueltas... —sentenció Óscar, mientras seguía comiéndose su filete.

—¿Qué dices? Si mi amiga es muy aprensiva y no se toma nunca nada porque tiene pánico a los efectos secundarios de los medicamentos.

—Pues alguna clienta, que te escuchó tu drama vital y quiso que dejaras de sufrir por un rato...

—Que no, que yo no abrí el pico en la *pelu*... Que fue otra cosa. Una epifanía, una revelación que tuve de repente... Y completamente

inexplicable... Pero lo mejor vino cuando llegué a casa y le planté a Rufus un: “te amo” que me salió muy de dentro.

—Y tras “el te amo” te sobrevino el polvazo antológico. No me digas más —dedujo Óscar, trinchando el filete.

—Fue brutal. Mi abuela había salido a acompañar a Barbi que según me dijo Rufus había ido a casa a por croquetas.

—¿Croquetas? —replicó Bárbara que al momento se percató de que a Sauria o a Rufus se le había escapado lo de su visita y se habían inventado esa bobada. Así que improvisó—: Sí, fui a por ellas, y buenísimas. ¡Me las comí todas!

—¡Jo, Barbi eran casi cien! —replicó Laura alucinada, mientras quitaba las espinas de los costados del lenguado.

—Sí, pues todas... Todas... Es que mi *finde* también ha sido movidito y estaba ansiosa, mucho... ¡No podía parar de comer!

—¡Vaya dos! Entre una con las *pastis* y la otra con las croquetas... ¡Qué malos veo, nenas! —comentó Óscar divertido.

—¡Lo mío fue algo natural, porque los efectos me duran hasta hoy! Y tiene pinta de que esto va a más... Es que me siento liberada, como si me hubieran quitado una carga pesada que llevaba a mi espalda. ¡Y hasta respiro profundo! —Laura respiró profundo, soltó el aire y sonrió—: ¿Veis? Yo no respiraba así desde qué sé yo... ¡Ni lo recuerdo!

—Eso es por las lluvias de estos días que han reducido bastante la contaminación y debes tener algo de rinitis —le aseguró Óscar.

—¿Qué voy a tener rinitis? Que no, tío, que algo está pasando en mi interior que estoy mutando...

Óscar la miró muerto de risa y explicó apuntándola con el tenedor:

—Te pasa que te estás tirando a un empotrador de los que te hacen ver luces de colores.

—Pero es que no es solo sexo... Yo le quiero... ¿Veis? Puedo decir que le quiero y ni hiperventilo, ni sudo, ni tiemblo entera.

—Pues Rufus está como para ponerse a hiperventilar, porque el tiaco está mazo de bueno —observó Óscar.

—Lo está, pero vamos que ya no tengo ese pánico que era como una garra en la boca del estómago que me atenazaba. Algo me está pasando... —reconoció Laura, tras probar su lenguado.

—¿Y con todo eso que sientes, sigues pensando en pirarte a Australia? —le preguntó Bárbara, loca porque hubiera cambiado de opinión.

—Es que estoy viviendo el momento, voy día a día... Esto es tan nuevo para mí que me tiene desubicada perdida... A ver qué pasa esta semana y qué sé yo... Si esto va a más, quizá le pida matrimonio en dos domingos... —bromeó Laura.

Y Bárbara que estaba a punto de acabar con el filete, comentó divertida:

—Oye, pues estás como tu jefe... Que después de estar años con el maldito tapón, se descorchó por fin y el viernes me pidió que me fuera a vivir con él.

Laura y Óscar se quedaron alucinados y sin dar crédito preguntaron a la vez:

—¿Qué?

—Como lo oís... Después de que Alex enseñara la patita y me dejara bien claro que solo me quiere para perpetuar su larga estirpe de tíos cretinos, después de que decidiera mandarlo a la porra y después de que Gustavo me berreara la canción de Elton John, fuimos a mi casa, lo hicimos en el ascensor y todavía jadeantes: me lo pidió...

—¡Caray qué prisas lleva el doctor! —exclamó Óscar con los ojos como platos.

—Fíjate, con lo cerrado que estaba a la vida y ahora mira cómo lo da todo —comentó Laura alucinada, mientras devoraba el lenguado.

—Es que a lo mejor a ti te está pasando igual... Decías que no tenías

remedio y todo apunta a que lo tienes —opinó Bárbara.

—Prefiero no pensar por si se chafa, puede que me esté pasando eso o puede que sea una pequeña tregua antes de que llegue la madre de las tragedias —comentó Laura, con un mohín extraño.

—Tragedia la mía, que Pedro se fue a Palencia a ver sus padres y me he pasado el *finde* a dos velas, mientras vosotras menudos festines os habéis dado. ¡Cabronas! —refunfuñó Óscar, mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

Las dos chicas se echaron a reír y luego Laura le preguntó a Bárbara:

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te mudas ya a vivir con ellos?

—Todavía me quedan un par de meses de alquiler... No hay prisa...

—¿Pero le dijiste que sí? —preguntó Laura.

—Le dije que para mí era un sueño, que Lucas era como de mi familia. Y Gustavo replicó que eso era lo que éramos... Una familia.

Laura suspiró, pestañeó muy deprisa y canturreó:

—¡Oh qué bonito, Barbi! ¡Me muero de amor!

Óscar tras terminar su plato y cruzar los cubiertos en diagonal, puntualizó:

—Yo me habría muerto de amor, si después de la follada le hubiese pedido matrimonio, pero esto de irse a vivir juntos es bastante descafeinado.

—Perdona, pero estamos hablando de Gustavo, el hombre ostra... ¿Recuerdas? Demasiados avances ha hecho en estos días —repuso Bárbara algo molesta.

—Sí, pobrecillo. Yo que sé muy bien por lo que ha pasado, pienso como Barbi, tiene un mérito tremendo por haberle pedido que se vayan a vivir juntos —opinó Laura.

—¡Qué va, qué va! La escena la habría bordado si en el ascensor además de clavarle eso, le hubiese clavado la rodilla y le hubiese pedido después que se casara con él. Pero esto de: “vente a vivir conmigo, somos una familia...”. Me

sabe a poco y a ti también, Barbarita... Estás entre amigos, no hace falta que finjas que te conformas con el premio de consolación —comentó Óscar que tenía el día tocapelotas.

—El matrimonio tampoco es algo que me vuelva loca... —replicó Bárbara a la defensiva—. Quiero decir, que no soy como esas tías que llevan desde la niñez soñando con casarse ahogadas en tul y todo ese rollo...

—¡Joder, pues yo sí! Desde siempre he soñado con sepultarme en toneladas de tul... Y gracias a eso descubrí qué era lo que quería en la vida —recordó Óscar, tras dar un sorbo a su copa.

—Yo es que estoy tan asombrada todavía con todo lo que está pasando, Gustavo ha hecho tantos avances que lo de la boda sería pedirle demasiado. Están bien las cosas así...

—Después del calvario que te ha hecho pasar, te mereces que se comprometa hasta las cejas... —insistió Óscar.

Sin embargo, Bárbara parecía encantada...

—A mí lo que me parece es que ha llegado hasta el límite de donde le permitían sus miedos... Y ya es más que suficiente...

Capítulo 42

Lo que Bárbara no sabía era que desde el sábado, Gustavo iba con una cajita que le ardía en el bolsillo y que no encontraba momento ni lugar para entregársela.

Y eso que el martes la invitó a cenar a Fuego, un restaurante de lo más romántico y encantador, estilo campiña francesa decimonónica, de paredes azules, sofás blancos, lámparas preciosas y cuadros con grabados de plantas.

Un lugar perfecto para sacar el anillo, de no haber estado atacado de los nervios y no haberse bebido dos copas de más para contrarrestarlos.

Y es que lejos de infundirle valor y soltarle la lengua, las dos copas de más de Rioja lo único que hicieron fue acrecentar su pánico a decir algo inapropiado, a meter la pata y a pifiarla del todo.

Por lo que se pasó la cena haciéndose el meditabundo y asintiendo con monosílabos a todo lo que Bárbara decía...

Sí, exacto, así es, qué razón tienes...

Vamos, un coñazo de tío, que se levantó dos veces para ir a hacer pis, porque además del vino se bebió con los nervios dos botellas de agua, y no era plan sacar el anillo y preguntarle que si quería pasarse el resto de sus días junto a un meón tan aburrido.

Lo mejor era dejarlo para otra ocasión más propicia y para eso la invitó dos días después al musical West Side Story, el favorito de Bárbara.

Tan favorito que cuando salieron de la función, ella estaba tan feliz y tan eufórica, que le pareció de pésimo gusto estropearle el momento con la preguntita de que si quería pasar el resto de sus días junto a tío tan petardo que se había pasado el musical llorando a moco tendido.

Y es que no soportaba los finales tristes...

Ya no.

Ya no le daba el cuerpo...

Total, que decidió regresar a casa otra vez con el maldito anillo, y volverlo a intentar el viernes con un plan más tranquilo: un paseíto por el Retiro aprovechando que hacía un día tan soleado que parecía más de verano que de primavera.

Y allá que se fueron, agarrados de la mano, paseando por veredas y senderos, custodiados por unos plátanos de sombra cabrones que le provocaron tal reacción alérgica que: entre la tos, los estornudos y un lagrimeo que le dejaron los ojos como si acabara de salir de un *after*; una vez más optó por posponer la pedida para otro día porque Bárbara no se merecía eso.

¡Menudo cuadro!

Un tío hecho una ruina, con un clínex en una mano y un anillo en la otra, preguntándole entre tosidos, como si fuera un anuncio de Iniston, un jarabe expectorante, que si quería pasar los próximos ochenta años junto a él.

Quita, quita...

Sin duda, lo mejor era postergarlo para otra ocasión que seguro que las habría...

Claro que sí, pensó...

La que sí tuvo suerte con los plátanos del Retiro fue Laura...

Y es al que día siguiente, sábado, un sábado también caluroso y soleado, en el que estaba tumbada junto a Rufus bajo un plátano gigante, le confesó:

—Esto que me está pasando es tan grande que ni quiero detener el tiempo.

Rufus la miró feliz, se encogió de hombros y replicó:

—Pues no lo detengas...

—No, porque esto va a más... Temí que fuera una tregua antes de la tragedia, pero no. Lo tengo clarísimo. Y si lo paro hoy, sé que me perderé todo lo bueno que me espera mañana.

Rufus la miró con los ojos brillantes de la emoción, no de la alergia porque menos mal que a ellos no les afectaba, y exclamó:

—¡Ay Dios! Yo es que te prometo que últimamente no sé si sueño o si vivo.

Laura le besó en la boca y luego le susurró risueña:

—Es verdad. Es todo verdad. ¿Y sabes qué creo que me está pasando?

Rufus negó con la cabeza, expectante:

—¿Qué?

—Tengo una paciente que se llama Paspasia que me aconsejó que para que lo nuestro funcionara te pusiera en la parte soleada de mi corazón. Y no la oscura, donde habitan los miedos y todo lo feo...

Rufus se incorporó un poco, dobló el brazo para apoyar la cabeza en la mano y preguntó con el corazón que se le iba a escapar del pecho:

—¿Y me has puesto ahí?

Laura negó con la cabeza, sonrió y luego respondió feliz:

—Me ha pasado algo mucho mejor, es que desde que estás aquí es como si se me hubiera metido un sol dentro. Fíjate quién me lo iba a decir que me iba a traer el sol un irlandés, pero tu amor ha hecho que las zonas sombrías de mi corazón queden relegadas a un rincón. Un rincón donde siempre va a habitar el miedo, pero ya no me condiciona ni me amarga la existencia. Ya no manda en mí... Ahora manda la otra parte, la soleada que tú has hecho que sea mucho más grande y esa es la que me grita que no tengo que huir, que aquí está mi sitio, contigo, junto a ti... Esta es mi casa, tú eres mi casa...

Rufus con dos lagrimones corriendo por el resto, solo pudo farfullar:

—¡Joder, Laura, eres la tía más valiente que conozco!

Y la abrazó con fuerza, mientras Laura le decía con la cabeza apoyada en su pecho:

—¡Qué mentiroso!

Rufus le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos y replicó apartándose las lágrimas con el dorso de la mano:

—¡Digo la verdad! Hay que ser muy valiente para abrir el corazón, y más cuando lo tienes dañado, eso es lo más difícil. Y tú lo has logrado...

—No. Lo has logrado tú con tu amor: sola jamás lo habría conseguido.

—Fuiste tú la que decidiste salvar a la tía de los pelos de surfera que tenías frente a ti en el metro. Tú decidiste que no merecía salir huyendo rumbo a Australia y le diste un final diferente.

Laura se quedó perpleja al escuchar aquello y pestañeando muy deprisa, masculló:

—Barbi te lo chivó...

—El sábado pasado no vino a por croquetas, vino a avisarnos de que tenías un billete comprado y la intención de subirte a ese avión por miedo a que todo se fuera a la mierda.

—Pues sí, y sigo teniendo un billete de avión que no sé qué voy a hacer con él: cancelarlo, revenderlo, no tengo ni idea. Lo que sí sé es que yo me quedo contigo...

Rufus la agarró por el cuello, la besó con pasión, y le confesó después:

—Si seguías adelante con el plan, yo iba a comprarle el billete a Bárbara, a subirme a ese avión y a traerte de vuelta a casa en el vuelo siguiente...

—Eso también me lo dijo Paspasia: por mucho que huyera, tú siempre ibas a estar ahí. Y estás aquí, en mi corazón, estás tan dentro que no tiene sentido huir a ninguna parte, porque siempre estás conmigo.

Rufus la besó otra vez, emocionado, y luego susurró en su boca:

—Te amo... Y te admiro... Eres muy grande, Laura.

—Qué va. Solo sé que por fin he logrado empezar a romper las alambradas de espino que tenía en mi corazón y que todavía tengo mucho por delante... Pero contigo... Si tú quieres, vamos...

—¿Cómo no voy a querer, si es lo que más deseo en la vida?

Bárbara, con los ojos llenos de lágrimas, replicó:

—Y yo.

—Y me siento muy orgulloso de ti, y te amo infinito, y te estoy muy agradecido por todo lo que me das. Tu amor, tu alegría, tu fuerza... incluso una abuela. Gracias a ti he vuelto a tener una abuela y estoy tan feliz, que no puedo pedirle más a la vida.

—Ni yo...

—Bueno, tu abuela dice que soñó que teníamos un gato y un Rufito.

Laura arqueó las cejas, atónita, y preguntó con una mueca graciosa:

—¿Un gato y un Rufito? Me encantan los gatos, pero nunca he tenido uno y los niños igual, pero no sé si podré tenerlos. De todas formas, te advierto que mi abuela nunca ha tenido sueños premonitorios...

—Ya, eso me dijo ella. Pero vete a saber...

—Eso es cierto, mírame a mí, que estaba convencida de lo que mío no tenía arreglo y aquí estoy: debajo del plátano, diciéndote que te amo y que si vienen el gato y Rufusín, perfecto y si no...

Rufus la besó en la boca con todo el amor del mundo y susurró:

—Perfecto igual...

Laura se mordió los labios, sonrió y le pidió con un gesto de la mano:

—Pues nada, devuélveme el anillo ese que tienes por ahí, ¡que es mío!

Capítulo 43

Ese mismo sábado, Lucas y Gustavo habían quedado con Bárbara en el Museo de Prado y de camino a la cita, el niño preguntó:

—¿Te habrás traído el anillo, no?

—Desde que lo compré no me separo de él, pero no veo el momento de soltarlo. Siempre se complica por una cosa u otra... —respondió Gustavo cuando conducía por la calle Alfonso XII en dirección al parking de las Cortes.

—Pues hoy se lo das. Sin más. No lo hagas más largo que vas a acabar perdiéndolo. Y nos ha costado una pasta. —Gustavo miró a su hijo con cara de “te estás pasando”, y Lucas se justificó—; Siento hablarte en este tono, pero es que estás pidiendo a gritos un buen meneo.

—No necesito meneos, sino encontrar el momento propicio en el marco adecuado. Y créeme que no es fácil que coincidan ambos aspectos... Lo comentaba hace un rato con mi amigo Antonio, al que le ha hecho mucha ilusión saber que voy a formar parte del club de los casados...

—Uf. ¡Pues no sé yo, porque al paso que vas! —repuso Lucas encogiéndose de hombros.

—Es cuestión de días...

—¿Días? ¿Todavía tienen que pasar más días? —preguntó Lucas, sin dar crédito.

—Es que las cosas hay que hacerlas bien. Y más cuando es algo tan importante... Antonio me aconsejaba que subiera hoy mismo una foto de la cajita con un texto misterioso, tipo: “Esperando a mi dueña”.

Lucas miró a su padre horrorizado y le advirtió:

—¿Le vas a pedir la mano por capítulos? ¿Y en el Instagram de la clínica? Como hagas eso, tú no te casas. ¡Eso que lo sepas! —sentenció Lucas cruzándose de brazos.

—Era solo un consejo que me daba mi amigo, yo tengo mi estilo propio...

—Ya veo, guardarlo en el bolsillo hasta que lo cubra una capa enorme de pelusilla.

—¡No hagas dramas, por favor! —le pidió Gustavo, justo cuando llegaron al parking y acababan de pararse junto al expendedor para coger el ticket.

—No los hago, solo estoy viendo el futuro... —replicó Lucas, dejando la vista perdida.

Gustavo se guardó el ticket en la cartera y luego le aseguró antes de arrancar:

—Lo tengo todo controlado. Va a salir todo perfecto. Ya lo verás... Pero hoy lo que toca es disfrutar del museo.

Lucas miró a su padre con ganas de decirle de todo, pero prefirió callarse y entrar en acción...

Visto lo visto, no le dejaba más opciones porque ¿cómo iba a estar otro día más a la pobre Bárbara sin su anillo?

Dijera lo que dijera su padre, necesitaba un empujón y él iba a dárselo.

Además, de repente se le ocurrió un plan perfecto... Porque él sí que lo tenía todo controlado.

Pero obviamente no le dijo nada a su padre y caminó junto a él en silencio hasta el museo, cosa que a este le mosqueó:

—¿Qué te pasa que no dices nada?

—Estoy concentrado para disfrutar de la visita —respondió Lucas, con cara de circunstancias.

—¡Vaya si te lo has tomado en serio!

—Mucho, yo me lo tomo todo muy en serio...

Tan en serio que estaba seguro de que Bárbara ese día no se iba a ir a casa sin su anillo.

Si bien, no le dijo nada a su padre, se limitó a sonreír y luego a saludar a Bárbara con la mano en cuanto se percató de que ya estaba esperándoles en la puerta de Goya.

Luego, se abrazaron, compraron las entradas y pasaron al museo donde comenzaron la visita en la planta primera.

Después, tras recorrerse la pintura italiana y Rubens llegaron a la sala 12, en el centro del edificio, donde se exhiben *Las Meninas* y mientras Bárbara les contaba que Velázquez era un pintor de pintores y que todo lo que habían visto antes, convergía en esa obra, Lucas solo pudo pensar en que a esa chica tan lista y tan simpática, a la que quería como una madre, y que ese día estaba más guapa que nunca con un vestido de estampado floral y unas Converse blancas, solo le faltaba una cosa para estar radiante.

Y él se la iba a dar...

Por eso, en cuanto Bárbara finalizó con las explicaciones y frente a *Las Meninas*, Lucas decidió que había llegado el momento.

¿No quería su padre marco? Pues mejor que el que tenían en frente no lo iba a encontrar en su vida, marco y sobre todo pedazo de lienzo.

Así, mientras Bárbara y Gustavo estaban extasiados frente al cuadro y cogidos de la mano, él les informó:

—Disculpadme que tengo que ir al baño... Esperadme aquí, por favor, y mientras que mi padre te dé una cosita que ha traído para ti. La tiene en el bolsillo...

Gustavo miró a su hijo descompuesto y le exigió:

—¡Ni se te ocurra! ¡Yo te acompaño!

—Papá que no soy un bebé... —replicó.

Y cuando Lucas ya salía de la sala en dirección a los servicios, Gustavo le

cogió por la capucha de la sudadera y le cuchicheó:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Hacerte un favor. En tu vida vas a encontrar mejor marco que este y con *El Hermafrodito* de testigo. ¡Hazme caso, va a ser total! Y por la gente ni te preocupes que están todos abducidos por el arte. Tú como si no hubiera nadie... ¡Muchas suerte y al lío! —exclamó Lucas, levantando los pulgares.

Gustavo se revolvió el pelo con la mano, nervioso perdido y replicó:

—¡Lío en el que me has metido! ¡A ver como salgo de esta! ¡Vete de una vez al baño antes de que me dé por castigarte sacándote del equipo ese de paquetes con el que te lo pasas tan bien perdiendo!

—El que va a perder eres tú como no le des de una vez el anillo. Y tranquilo que es muy fácil, metes la mano en el bolsillo, lo sacas y le preguntas mirándole a los ojos con cara de idiota: ¿quieres arruinar la vida para siempre? —soltó Lucas muerto de la risa, luego le dio un beso a su padre y salió disparado hacia los servicios.

Gustavo más nervioso que nunca, regresó junto a Bárbara que le preguntó:

—¿Qué le pasa a Lucas? ¿Se encuentra bien?

—Sí, está bien... Lo que ocurre es que está en plena transición a la adolescencia y a veces se desubica un poco.

—Yo le veo muy centrado, por cierto ¿qué es eso que dice que tienes en el bolsillo?

Gustavo con una ansiedad tremenda, incapaz de declararse en medio de esa sala petada de gente, negó con la cabeza y contestó:

—Nada, pues lo que te decía, gansadas de preadolescente.

Bárbara clavó la vista en el bolsillo de la chaqueta y le dijo por si no se había dado cuenta:

—Pero es que tienes algo en el bolsillo... Como una cajita de chicles o algo parecido... ¡Oye que Lucas ha dicho que es para mí! ¡No te hagas el remolón!

Dame lo que es mío... —le exigió Bárbara risueña, con un gesto de la mano.

Gustavo con un tembleque general, sudando la gota gorda y con la garganta tan seca que ni podía tragar, se metió la mano en el bolsillo y balbuceó sin atreverse a sacar la caja:

—No son chicles...

—¿Grageas?

Gustavo hiperventilando, y sin saber cómo terminar con esa situación tan absurda, masculló sacando la mano del bolsillo:

—No. Es otra cosa... Una tontería... Nada... Ya otro día, si eso te lo doy...

—¿Y por qué estás tan nervioso si es una tontería? —preguntó Bárbara, con una sonrisita—. Venga, trae, como Lucas me ha dicho que es mío, lo cojo...

Y tras decir esto, Bárbara metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cajita que ponía Chaumet y se quedó petrificada:

—¡Ay madre! ¿Y esto?

Gustavo aterrado por la reacción de Bárbara, replicó encogiéndose de hombros:

—Las cosas de Lucas, lo que te decía antes...

—¿Esto es lo que es para mí? —preguntó Bárbara sosteniendo la cajita alucinada.

Gustavo con un mareo como si hubiera fumado algo, asintió con la cabeza y con un hilillo de voz contestó:

—Sí.

Bárbara, que estaba con el corazón que se le iba a salir de solo pensar en la posibilidad de que fuera un anillo de compromiso, preguntó:

—¿Lo puedo abrir?

Gustavo negó con la cabeza, le arrebató el anillo muy nervioso y le aclaró:

—Disculpa, pero creo que tengo que abrirla yo... Es la primera vez que hago esto y la última, porque no recuerdo haberlo pasado tan mal en la vida...

A ver... —carraspeó—, yo quería que esto sucediera en un lugar especial, íntimo y romántico. Lo de *Las Meninas* y los cincuenta japoneses rodeándonos no estaba en mis planes. Llevo con el anillo desde el sábado, buscando escenarios perfectos, pero yo los estropeo una y otra vez... Así que Lucas, para evitar que el anillo echara raíces en el bolsillo, me ha abocado a esto... Ha sido cosa de él elegir este marco... Espero que me perdones una vez más... Soy un desastre y lo he hecho fatal desde que te conozco... La pedida no iba a ser menos...

Bárbara, que no podía creer que Gustavo se hubiera armado de valor para dar ese paso, susurró:

—Es todo perfecto en su imperfección... Como tú. ¡Y este lugar me encanta!

Gustavo se mordió los labios de la ansiedad, respiró hondo y se lanzó porque ya no había vuelta atrás:

—Espero que esto que te voy a decir también... —Gustavo hizo una pausa dramática, abrió la caja sintiendo un vértigo brutal y, con el corazón a punto de salirse, continuó—: te quiero con toda mi alma, estoy enamorado de ti hasta los huesos y, apelando una vez más a tu generosidad y a tu amor, y por supuesto que para nada a tu inteligencia: porque como lo hagas, vas a salir por piernas; me gustaría pedirte, aunque no lo merezca, que te casaras conmigo...

Bárbara se quedó muerta, al ver un anillo de oro blanco con un diamante central en forma de corazón, y replicó:

—Si hace un mes me llegan a decir que tú ibas a ser capaz de algo así, habría dicho que era imposible.

—Y yo... Pero es lo que siento y es lo que deseo...

—¡No sabes cuánto valoro que estés dando este paso! Me siento muy orgullosa de ti y deja de decir que no mereces que te quiera. Lo mereces y con creces...

—No sé yo, pero ¿entonces tu respuesta es un sí? Uy, espera que se me ha

olvidado algo. —Y Gustavo, siguiendo los consejos de Paspasia, hincó la rodilla en el suelo.

Bárbara emocionada, tendió la mano y replicó mientras los visitantes les miraban curiosos:

—Sí. ¡Por supuesto que quiero casarme contigo!

Gustavo se quedó con la vista clavada en los ojos gatunos de la mujer que más había querido en la vida y sintió que no podía tener más suerte...

—¿Todavía estáis así? —preguntó Lucas, que acababa de regresar del baño —. ¡Venga, ponle el anillo de una vez! ¡Que mira que eres cansino!

Gustavo agarró la mano de Bárbara, le puso con cuidado el anillo que encajó a la perfección y le dijo con los ojos vidriosos:

—¡Te quiero!

—¡Y yo! —replicó Bárbara.

Luego Bárbara le cogió por las solapas, él se puso de pie, se dieron un beso de película, Lucas rompió a aplaudir y el resto de la sala hizo lo mismo.

Las Meninas y el Hermafrodito incluidos...

EPÍLOGO

Días después, Paspasia y su hija se subieron al avión rumbo a Perth.

Fue el regalo que Gustavo le hizo a su paciente favorita por haberle indicado el camino del rodillazo y el anillo.

Alex las recibió en el aeropuerto, con un ramo de flores que Paspasia aceptó encantada, tras comunicarle que Bárbara se había quedado en Madrid.

—Esto no me puede estar pasando... —musitó Alex, mientras Paspasia le pasaba el carrito con las maletas.

—Te ha dado plantón, majo. Pero, tranquilo que lo superarás... —le aseguró Paspasia, dándole unos golpecitos en la espalda de consolación.

—¡No se lo voy a perdonar nunca! Y hágame el favor de comunicarle, porque no pienso hablar con ella jamás, que se va a arrepentir toda su vida, y que no va a conocer a nadie mejor que yo, ¡ni en sueños!

Paspasia le cogió por un brazo, su hija le agarró por el otro y le aconsejó:

—¡Déjate de rencores, que vamos a ayudarte a sobrellevar la pena! Nosotras también somos mucho de acabar las fiestas en la piscina... —Y tras retorcerle la mejilla con un buen pellizco, Paspasia le empujó hacia la salida.

Y así comenzaron las vacaciones de su vida...

Mientras en Madrid, Bárbara y Laura brindaban con sus novios en el bareto irlandés, por haber mandado a Paspasia para Australia.

Estaban felices con la decisión que habían tomado, aunque semanas antes no habrían apostado ni un céntimo a que sus historias terminarían de esa manera.

Pero a veces las cosas son así y lo impensable: sucede.

Ese verano Laura y Rufus se casaron en la ermita del pueblo, adoptaron un gato panicoso que se encontraron una noche de luna llena y un año después

llegó Rufusín, que salió clavadito a su padre.

Vamos, que Saturia acertó de pleno...

Y Bárbara y Gustavo se casaron en diciembre, tuvieron un bodón por todo lo alto digno de un fóbico al compromiso rehabilitado y al cabo de tres años nacieron los mellizos por aquello de que si no quieres arroz, pues toma dos tazas.

Pero ellos se las tomaron muy a gusto...

Y a pesar de todo...

Fueron muy felices.